

---

---

LOUIS BOLLILOUD DE MERMET

*LA BIBLIOMANÍA  
Y EL ENSAYO SOBRE  
LA LECTURA*

BILUS

---

EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

SALAMANCA  
2021

---

---







LA BIBLIOMANÍA  
Y EL ENSAYO SOBRE LA LECTURA

BIBLIOTECA DE LA ILUSTRACIÓN

BILUS

*Dirigida por*

*María José Rodríguez Sánchez de León*

*Colaboración editorial*

*Miguel Amores Fúster*

*Consejo científico*

*Joaquín Álvarez Barrientos*

*Alain Bègue*

*Marieta Cantos Casenave*

*Jesús Cañas Murillo*

*María del Carmen García Cela*

*Fernando Durán López*

*Klaus-Dieter Ertler*

*David T. Gies*

*Emma Herrán Alonso*

*Miguel Ángel Lama Hernández*

*Antonio de Murcia Conesa*

*Laureano Núñez García*

*Franco Quinziano*

*María Ángeles Recio Ariza*

*Jacobo Sanz Hermida*

*La publicación de este volumen es resultado del Proyecto de investigación Teoría de la lectura y hermenéutica literaria en la Ilustración (1750-1808) y se ha realizado con financiación del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad y del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España (ref. FFI 2016-80168-P)*

LOUIS BOLLIOD DE MERMET

*LA BIBLIOMANÍA  
Y EL ENSAYO SOBRE  
LA LECTURA*

*con un apéndice con textos de  
D'Alembert, Rousseau y Voltaire*

---

*edición, introducción y notas  
María José Rodríguez Sánchez de León*

*traducción  
Antonio Jesús Martínez Pleguezuelos*

BILUS



Ediciones Universidad  
**Salamanca**

# BIBLIOTECA DE LA ILUSTRACIÓN, 1

© Ediciones Universidad de Salamanca y los autores

1ª edición: diciembre, 2021  
ISBN 978-84-1311-631-0 (PDF)  
DOI: <https://doi.org/10.14201/0BI0001>  
Ediciones Universidad de Salamanca Plaza San Benito s/n  
E-37002 Salamanca (España) <http://www.eusal.es> - [eusal@usal.es](mailto:eusal@usal.es)  
Hecho en UE-Made in EU


Realizado por:  
Jáser Proyectos Editoriales


Obra sometida a proceso de evaluación mediante sistema de doble ciego




Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Ediciones Universidad de Salamanca no revocará mientras cumpla con los términos:

 Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

 NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

 SinObraDerivada — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado.

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de la UNE  
Unión de Editoriales Universitarias Españolas [www.une.es](http://www.une.es)



Catalogación de editor en ONIX accesible en <https://www.dilve.es/>

---

# TABLA

---

LOUIS BOLLIOD DE MERMET, UN ACADÉMICO DE LYON  
[11-60]

LA BIBLIOMANÍA  
[61-103]

ENSAYO SOBRE LA LECTURA  
[107-158]

APÉNDICES DE D’ALEMBERT, VOLTAIRE Y ROUSSEAU

D’ALEMBERT  
BIBLIOMANÍA  
(1752)  
[161-162]

ROUSSEAU  
DE LA LECTURA  
(1764)  
[163-166]



TABLA

VOLTAIRE  
LIBERTAD DE IMPRENTA

(1764)

[167-170]

VOLTAIRE  
LIBROS

(1764)

[171-181]

VOLTAIRE  
DEL TERRIBLE PELIGRO DE LA LECTURA

(1765)

[183-186]



Pierre Antoine Baudoin, *La Lectura* (1761)



---

## LOUIS BOLLILOUD DE MERMET, UN ACADÉMICO DE LYON

**E**L MÚSICO Y ACADÉMICO FRANCÉS LOUIS BOLLILOUD-MERMET (1709-1773) nació y murió en la ciudad de Lyon cuando todavía ejercía de Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias y Bellas Letras, cargo que ocupó desde el año 1758<sup>1</sup>. Ingresó en esta última corporación en 1739, aunque con anterioridad fue miembro de la Academia de Bellas Artes a la que se incorporó el 12 de abril de 1736<sup>2</sup>. En el Registro de la Sociedad de Bellas Artes y de la Academia de Lyon se encuentran las actas y demás deliberaciones que dieron lugar a la unificación de las dos

1. Sobre la reunión en un único cuerpo de ambas academias, véase n. 3. En la *Historia de la Academia* de Dumas de la que se habla más adelante, se da como fecha de su muerte 1773. Sin embargo, otras fuentes establecen el año 1793. Es el caso de la biografía de Alexander Chalmers, *The General Biographical Dictionary: containing an historical and critical account of the lives and writings of the most eminent persons in every nation*, London: J. Nichols and son and cia., 1812, VI, p. 26. La misma fecha es recogida en *La France littéraire, ou Dictionnaire bibliographique des savants* por lo que parece claro que se trata de una errata.

2. Desde 1736 a 1758 esta academia destacó por su actividad científica. Entre los doce miembros fundadores se encuentra Bollioud que pertenecía al grupo de los más jóvenes. Sobre la historia de esta academia y el nombramiento de Bollioud, véase Jean-Baptiste Dumas, *Histoire de l'Académie Royale des Sciences, Belles-Lettres et Arts de Lyon*, Lyon: Giberton et Brun, 1839-1840, I, pp. 60-61 y Pierre Crépel, «Académies et encyclopédies: l'exemple méconnu d'une académie des sciences à Lyon (173-1758)», *Cahiers of Histoire*, 136 (2017), pp. 33-50.



instituciones. En esa decisión participó activamente Bollioud-Mermet, junto con los académicos Christin, la Tourette y Bory<sup>3</sup>.

La lyonesa Sociedad de Bellas Artes se estableció en 1713 y se dedicó de forma particular a la música, la pintura, el dibujo y las matemáticas. Fue precisamente en 1736 cuando, bajo la dirección de Camille Perrichon, caballero de la Orden del rey y destacado miembro de los comerciantes de Lyon, muy reconocido también por su gusto y afición a las artes y por su pasión bibliófila, se regularon estas reuniones y finalmente se acordó la fusión de los dos establecimientos mencionados<sup>4</sup>.

La dedicación de Bollioud Mermet a ambas instituciones fue extraordinaria. De hecho, se debe a su autoría un texto titulado *Athénée de Lyon rétablien* en el que recoge la historia de la Academia desde sus orígenes. No obstante, el relato más prolijo del cuerpo una vez refundado se debe a otro Secretario perpetuo, Jean Baptiste Dumas. En su documentada *Histoire de l'Académie royale des Sciences, Belles-Lettres et Arts de Lyon*, formada por dos grandes volúmenes (1839-1840)<sup>5</sup>, se informa de que Bollioud participaba asiduamente en las sesiones periódicas cumpliendo con sumo

3. Jacques-Annibal Claret de Fleurieu, señor de La Tourette, fue Secretario perpetuo de la sección de Bellas Letras hasta 1736 y padre del reconocido sabio La Tourette. Bory, fallecido en 1791, fue famoso por sus traducciones e imitaciones de Horacio y por los elogios dedicados a Fleurieu el año de su muerte en 1776.

4. Camille Perrichon (1678-1768) mantuvo relación de amistad con Rousseau quien en sus *Confesiones* lamenta no haberle prestado tanta atención como amabilidad demostró hacia él. Véase Maurice Cranston, *Jean-Jacques, The early life and work of Jean-Jacques Rousseau 1712-1754*, Chicago: University of Chicago Press, 1991, p. 146, de donde tomo la referencia. Según se recoge, poseyó una excelente biblioteca cuyo catálogo fue impreso por los hermanos Duplain en 1763. Véase Léonard Boitel y Aimé Vingtrinier, *Revue du Lyonnais*, Lyon/Paris: Aimé-Vingtrinier/Dumouli, 1876, III, p. 433.

5. El título completo es *Athénée de Lyon rétabli, contenant l'histoire de l'Académie depuis son origine jusqu'à nos jours* y estaba formada por tres volúmenes: la Historia cronológica de la Academia desde su fundación; la Historia cronológica de la Sociedad Real de Artes, que se incorporó a la Academia de Ciencias y Bellas Letras, y la Historia de la Academia tras la fusión en una sola en 1758. Más allá de las obras más conocidas, Bollioud de Mermet redactó elogios como el dedicado a François Dugas de Quinsonas en 1768, el escrito sobre Clapasson, o el que versa sobre Pestalozzi. Véase Ant Delandine, *Manuscrits de la bibliothèque de Lyon ou Notices sur leur ancienneté, leurs auteurs, les objets, qu'on y a traités, le caractère de leur écriture...*, Paris/Lyon: Renouard, Schoel, Lenormand/Bibliothèque publique, 1812, III, pp. 304, 315 y 317.

esmero sus funciones de Secretario de la sección de Bellas Letras y Artes (Dumas 1839: I, 110).

El propósito de la Academia era, como el de otras instituciones similares existentes en muchas ciudades europeas, resultar públicamente útil. Tal utilidad se cifra en contribuir al avance del conocimiento lo cual, en el caso de las Letras, implicaba defender su trascendencia en el desarrollo de las sociedades civiles y en la cultura de las naciones. No en vano estas son consideradas «ese fruto noble de la razón cultivada, el más bello adorno del trono y uno de los auxilios más fuertes del orden público y de la autoridad que se deben establecer» (Dumas 1839: I, x). En ese sentido, la importancia de la Academia de Lyon fue reconocida ya en su tiempo. El mismo Voltaire lo manifestó al valorar de forma particular el trabajo de esta última pues, como residente en Lyon, conoció su actividad. A propósito de esta y de otras academias de provincias y de su papel en pro de las Bellas Letras escribió:

en las provincias han producido ventajas señaladas. Han hecho nacer la emulación, forzado al trabajo, acostumbrado a los jóvenes a las buenas lecturas, disipado la ignorancia y los prejuicios de algunas ciudades, inspirado la educación y ahuyentado tanto como es posible el pedantismo (Dumas 1839: I, xv).

En el caso concreto de Bollioud de Mermet, sabemos que se cartió con Voltaire a propósito de haber recibido este último un ejemplar de su obra *De la corruption du goût dans la musique françoise*, cuya aprobación data del 4 de junio de 1746. En julio de ese mismo año el filósofo le decía lo siguiente: «Creo que Lyon será pronto más conocida en Europa por sus academias que por sus fábricas» (Dumas 1839: I, 44 y 255)<sup>6</sup>.

#### OBRA LITERARIA

La producción literaria de Bollioud de Mermet no es muy extensa. En general, son textos que denotan las preocupaciones de la institución a la

6. Véase Louis David, dir., *L'Académie des Sciences, Belles Lettres et Arts de Lyon, 1700-2000*, Lyon: Éditions Lyonnaises d'Art et d'Histoire, 2000, p. 365.

que dedicó su vida y dan muestra de cuáles fueron sus principales aficiones, la música y la literatura. Los textos impresos son solamente cinco:

1. *De la corruption du goût dans la musique française* (Lyon: Aime Delaroche, 1746)
2. *De la bibliomanie* (La Haye: s.i., 1761)
3. *Discours sur l'émulation* (Lyon: Les Frères Perisse, 1763)
4. *Essai sur la lecture et sur la bibliomanie* (Lyon: Duplain, 1765)<sup>7</sup>
5. *Discours sur la rénovation des engagements solennels, adressé à l'Académie de Lyon* (1786)<sup>8</sup>

A ellos cabe añadir otras obrillas que se conservan manuscritas:

1. *Vers à Mme. de Beaucharnais*
2. *De neuf dans les produits du génie*
3. *Cinq Mémoires sur la musique*
4. *Mémoire pour servir à l'histoire de l'Académie de Lyon*
5. *Épître à un ami doué du talent de bien lire* (Dumas 1839: I, 255)<sup>9</sup>.

#### DE LA CORRUPCIÓN DEL GUSTO EN LA MÚSICA FRANCESA<sup>10</sup>

El punto de partida de este breve libro recoge con claridad la visión de la literatura y de la cultura en general que presidió la actividad académica de Bollioud de Mermet: «No se puede decir, en verdad, que las artes

7. Esta edición reúne los dos textos.

8. Este discurso, conocido como *Rénovation des vœux littéraires*, se publicó en el *Journal de Lyon ou Annonces et variétés littéraires*, III (1786), n° 19 (10 de mayo), pp. 156-159, con el título de *Discours sur la rénovation des engagements solennels, adressé à l'Académie de Lyon*. Lo escribió con motivo del cincuentenario de su elección y en él un escritor ya anciano muestra su fidelidad y agradecimiento a la Academia <https://acares-archives.nakalona.fr/items/show/2477>.

9. «El autor, pidiendo a su amigo que lea una de sus obras en verso, celebra este arte de leer que, al variar sus tonos, procura al oído tanto encanto y hace que disfrute el espíritu de todos sus rasgos, la finura de sus pensamientos y de la energía de las expresiones que ha producido», Delandine, *Manuscrits de la bibliothèque de Lyon*, III, pp. 466-467.

10. Se publicó en Lyon: Delaroche, 1746 y fue reimpresso en New York: AMS Press, 1978.



hayan hecho después de dos siglos progresos considerables» (1746: 3)<sup>11</sup>. A su entender, las causas que lo explican son sencillas:

Los modernos pujan con los antiguos y nuestros famosos artistas no han sido menos brillantes en el perfeccionamiento de los descubrimientos de sus predecesores que cuando hicieron uso de sus propias ideas. De hecho, nunca antes habíamos visto tanto genio para la corrección, para la imitación, para la invención. Sin embargo, ¿de dónde viene que de tantos artistas haya tan pocos que se acerquen a la verdad y que el mayor número se aparten de ella? La razón es que están trabajando por el mismo propósito por caminos diferentes y que la mayoría de las veces, olvidándose de seguir el que lleva a ella, y con el fin de superar a los más hábiles, emprenden nuevos caminos en los que se desvían (1746: 3-4).

Esta situación –asegura– es muy frecuente en la música donde el gusto se encuentra en plena decadencia por no decir que ha desaparecido (1746: 5). De forma general, cree que el gusto se ha depravado. De ahí que considere necesario trabajar para evitar los abusos que denuncia entre los representantes de su época y sobre todo en aquellos que pretenden perfeccionar la música siguiendo su propio criterio. Piensa que los cambios que aprecia en los músicos e intérpretes contemporáneos no solo la degradan, sino que la hacen perder su razón de ser y la aprobación de los entendidos. Por ello su discurso se dirige a comparar el método de los músicos del día con el de los grandes maestros, sus medios con el fin que se proponen y los nuevos efectos que resultan de sus esfuerzos. Cree que de este modo se podrá valorar con rigor si en lugar de acercarse a la perfección del arte, se alejan de ella (1746: 7). Para Bollioud no hay otro método que permita descubrir las causas del error en el que estos músicos incurren, lo que permitirá a su vez descubrir la «inevitable decadencia de la música francesa» (1746: 7).

El texto se divide en dos partes: la primera se dedica a la corrupción del gusto en la composición de la música (1746: 7-21), mientras que la segunda versa sobre la corrupción del gusto durante su ejecución (1746: 22-53). Aunque la degeneración del gusto en la composición le parece

11. Las traducciones de la introducción son mías, salvo las correspondientes a los textos editados en este volumen.



muy significativa, para Boullioud de Mermet el mayor problema consiste en su decadencia en lo relativo a la interpretación musical. Encuentra la causa principal de esta situación en el hecho de que los músicos no se someten a ninguna otra ley que a su propio sentir. Según explica, no es que estos desconozcan las reglas por las que se rigen los compositores, sino que arbitrariamente se permiten todo tipo de libertades en el momento de la ejecución musical de las piezas. Esta clase de abuso, sumamente común en el siglo según declara, es que «introducen a su conveniencia e impunemente todas las variaciones que su capricho les sugiere» (1746: 23). Lo explica diciendo:

El verdadero gusto pide, sin embargo, que aquel que ejecuta siga a la letra la intención del compositor, que entre por su expresión en el espíritu de la pieza compuesta, donde todo el mérito depende de la manera con la cual es traducida. Es una especie de infidelidad que el oído sabio no perdona, que se añada, suprima, falsifique la música de otro y esto es lo que audazmente hacen la mayor parte de nuestros músicos (1746: 23).

Las alteraciones se producen sobre todo en la música instrumental, aunque tampoco los coros y solistas se libran de cometer similares libertades. Bollioud coincide con las opiniones de Rousseau en lo que a la necesidad de formación musical se refiere<sup>12</sup>. Por eso le parece necesario que el músico, como el compositor, no dejen al azar ni a su libre albedrío la ejecución de una pieza musical. El oyente desconoce la partitura y no puede juzgar al músico sino por las buenas o malas artes con que se interpreta. Lo grave, a su modo de ver, es que se introducen variaciones

12. Rousseau redactó los artículos sobre música de la *Encyclopédie* y con anterioridad había publicado la *Dissertation sur la musique moderne* (París: G. F. Quillau, 1743), donde planteaba un sistema novedoso basado en la sustitución de los sonidos por cifras. Ese proyecto, defendido ante la Academia de la Ciencias en 1742, fue rechazado por D'Alembert y Rameau. Continuó exponiendo sus críticas a Rameau e insistiendo en la idea de que la lengua francesa era poco propicia para la música. Véase su *Lettre sur la musique française*, [s. l., s. i.], 1753, que fue inmediatamente replicado por Baton en su *Examen de la lettre de M. Rousseau, sur la musique française. Dans lequel on expose le plan d'une bonne musique propre à notre langue*, [s. l., s. i.], 1754] y por René de Bonneval en la *Apologie de la musique et des musiciens français, contre les assertions peu mélodieuses, peu mesurés et mal fondées du Sieur Jean-Jacques Rousseau, ci-devant Citoyen de Genève* [s.i.t. [1754]. Es obra asimismo de Rousseau el *Dictionnaire de musique*, París: Duchesne, 1768.

a la medida del gusto, más o menos afortunado, del ejecutante, lo cual modifica la percepción del valor auténtico de la pieza en cuestión:

Las alteraciones que algunos artistas causan a nuestra música, le afectan, no interesan suficientemente al público [...]. Las revoluciones de las artes destinadas a los placeres de los hombres son un ligero prejuicio para la sociedad [...]. Pero el amor a la verdad, los encantos de la bella simplicidad, el grito de la naturaleza, la autoridad de los grandes maestros, la experiencia y el testimonio de los sentidos deben preservar la música de las vicisitudes que la degradan (1746: 38-39).

Los comportamientos de algunos músicos innovadores le parecen ridículos (1746: 39). Por eso cree necesario exponer las tres razones por las que esto sucede. La primera de ellas es la afición generalizada de la nación francesa a los cambios y las novedades; la segunda procede de entender que la ejecución es labor sencilla, como si la música no entrañara en sí misma suficientes dificultades, y la tercera se halla en el afán de muchos músicos de imitar a los extranjeros, en particular a los italianos, intención que, por definición, le resulta absurda (1746: 41-43). Cada pueblo –argumenta– trata las artes según su genio: «Dejemos a los italianos con sus maneras, sin admirarles mucho ni condenarles, y limitémonos a mantener, a perfeccionar el nuestro [genio]» (1746: 44).

Bollioud de Mermet es consciente de que su discurso puede suscitar críticas. Pero no por ello omite decir que dejarse seducir por un gusto extraño resulta un despropósito. Da igual que los franceses imiten a los italianos o que los italianos imiten a los franceses. Y se protege argumentando a aquellos que le dirán que los tiempos y los gustos cambian, que no es posible comparar los siglos y determinar en materia de gusto la superioridad de ninguno, que han de entender que cada pueblo tiene su genio y sus maneras y que, en consecuencia, no resulta natural el traslado de las formas propias de la identidad artística de una nación a otra. La justificación última de su discurso se encuentra en el convencimiento de que la teoría del arte ha alcanzado ya en el pasado un grado de perfección similar al de las ciencias más elevadas. Pero el punto que la arruina es la falta de gusto. Así pues, al ignorar la teoría del arte, se alejan cada vez más del reclamado buen gusto, pues se han empeñado en emprender nuevos caminos que impiden aproximarse a la perfección. El problema, no obstante, reside en la misma inmaterialidad del gusto:

El buen gusto es aquel que es conforme a la naturaleza, que es probado por la razón y no es afectado, que agrada a los sentidos y que seduce al corazón, que nos interesa y en el que no encontramos nada que nos extrañe, que nos indigne, el que universalmente han practicado los artistas famosos y el que estiman los verdaderos conocedores (1746: 48).

En consecuencia, lo contrario a lo que es admitido tradicionalmente por las leyes del arte y lo que la historia ha elevado a la categoría de bello no será sino expresión del mal gusto (1746: 48). La naturaleza ha establecido con certeza cuáles son las leyes del gusto y cualquier intento por forzarlas acaba por introducir cambios que no aportan ningún rédito artístico. Más bien consiguen lo contrario.

No obstante, Bollioud tampoco se reconoce un defensor a ultranza del siglo anterior. Conviene en que la música ha mejorado mucho desde entonces, aunque cree firmemente que no se avanzará hacia la perfección introduciendo novedades por doquier. A pesar de ello, no reniega de la llegada de estas. De lo que está convencido es de que resulta necesario trabajar para perfeccionar la música según el magisterio de los grandes autores. El capricho ocasiona que los músicos realicen variaciones fáciles que resultan aportaciones superficiales y a menudo afectadas, como lo son también las que se observan en el arte de la elocuencia, en la poesía o en la arquitectura. De ahí su queja contra lo que entiende ser un comportamiento abusivo al que las academias deben responder, por una parte, dejando constancia de la situación y, por otra, protegiendo los esfuerzos de los partidarios del buen gusto.

#### DISCURSO SOBRE LA EMULACIÓN

Tras redactar y escribir *De la bibliomanie*, Bollioud dirigió un discurso a la Real Sociedad de Ciencias y Bellas Letras de Nancy con motivo de su aceptación como socio. El tratadillo se dedica a la «emulación bien entendida y sabiamente reglada» (1763: 7). Pero ¿en qué consiste la emulación?

En términos generales, dice el autor que constituye un sentimiento que refuerza el espíritu y el gusto (1763: 8). El *Dictionnaire de l'Académie française* lo define como «un sentimiento noble que inclina a igualar o a superar a alguien en alguna cosa loable». Supone, por consiguiente, conocer los referentes en alguna arte o materia a los que uno pretende parecerse y, en



el mejor de los casos, aventajarlos. Luego ha de constituir una fuente de inspiración para los talentos, especialmente si son jóvenes, a los que ayuda a conocer no solo los méritos más admirables, sino también las virtudes morales que conviene tener siempre presentes. Sin embargo, descubrir el principio por el que debe regirse la emulación, los medios por los que se alcanza y cuáles constituyen sus principales caracteres requiere de una profunda reflexión. De ahí que comience precisando el significado que conviene darle al término:

La emulación, tal como yo la concibo, es un sentimiento noble que nos lleva a admirar las cosas bellas y que nos inclina a imitarlas. Es un celo vivo y puro que nos hace tender a la perfección y aspirar al conocimiento de la verdad.

Este celo es siempre inseparable de una sagacidad penetrante, de un discernimiento exquisito, de un gusto juicioso, que nos determina a elegir por modelo todo lo que es virtuoso y alabable. Este celo está atenuado por una inteligencia preclara, por un sentido recto, que nos enseña a juzgar sanamente de nuestra importancia, que nos preserva igualmente de la presunción y de la confianza herida de la pusilanimidad, que nos provee de los motivos de una esperanza razonable de tener éxito y que modera, no obstante, la estima que tenemos de nosotros mismos a la vista de los talentos y de los éxitos de otros. Paralelamente también es lo mismo capaz de levantar los corazones abatidos que de desconcertar los movimientos de la vanagloria, las pretensiones del orgullo y los proyectos de la temeridad (1763: 9-10).

De acuerdo con lo descrito, la emulación no constituye tanto un deseo de alcanzar la gloria de otros, como de ser conscientes de los méritos propios para, sobre la base de admirar y reconocer los que se advierten en los modelos, superar nuestras limitaciones. En este sentido, la emulación se asocia con el amor propio, como el autor también reconoce. Se convierte en una especial motivación de las acciones humanas porque genera los propósitos y determina la voluntad de conseguirlos. El amor propio constituye entonces una fuerza positiva que, de forma legítima, dirige al ser humano a la consecución de un objeto mediante el conocimiento racional y la sabiduría que se aprecia en la gloria ajena (1763: 10-11). El amor propio, junto con la emulación, se convierten así



en el contrapunto de la pasión, aunque, en la práctica, puedan provocar celos y hasta ira como explica Rousseau<sup>13</sup>.

En efecto, como determinación de la voluntad que es, el amor propio se opone a las pasiones desenfrenadas, a los prejuicios, a los errores, a los abusos y a los excesos. Se rige por el orden y la regla, la prudencia y la moderación (1763: 11-12). Coincide en su origen con la emulación, si bien esta procede de su depuración, perfección y ennoblecimiento. Mas este sentimiento universal resulta necesario en los hombres. Constituye un fundamento de la vida social y de la vida humana en general. La emulación, señala también Bollioud de Mermet, dirige la religión, condiciona la moral, genera héroes en las armas, busca el bien público en la vida civil y política para crear buenos ciudadanos y grandes patriotas y, en fin, determina el estudio de las letras y de las artes. Su relevancia en estas últimas es así expresada:

En el estudio de las letras y las artes es una dedicación al trabajo, una aplicación perseverante, un gusto delicado por la perfección, una curiosidad encomiable, una ingeniosa avidez por la búsqueda de conocimientos útiles, por la elección e imitación de los mejores modelos: ambición verdaderamente digna de alabanza que produce los sabios y los grandes artistas (1763: 14).

No hay otro camino para ser útil a la sociedad y sobre todo para mejorar y conducirse hasta la consecución de la perfección y el logro de la gloria (1763: 14). Luego el afán de emular tiene siempre un sentido positivo derivado de referenciar a la imitación de los modelos y, por consiguiente,

13. Rousseau lo entendía de la misma manera y lo explicaba reconociendo que el amor propio es un sentimiento que se satisface cuando consigue alcanzar lo que uno se propone. Pero cuando nos comparamos con otros no siempre lo logra porque supone reconocer los propios límites, lo cual ocasiona pasiones irascibles: «El amor propio, que solo nos mira a nosotros, es feliz cuando las verdaderas necesidades son satisfechas, pero el amor propio, que se compara consigo mismo, no está jamás contento porque este sentimiento, al preferirnos a los demás, exige también que los demás nos prefieran a nosotros, lo cual es imposible. Así es como las pasiones dulces y afectuosas nacen del amor a sí mismo y como las pasiones odiosas e irascibles nacen del amor propio. Así, lo que hace al hombre esencialmente bueno es tener pocas necesidades y compararse poco con otros; lo que le hace esencialmente ruín es tener muchas necesidades y aferrarse a la opinión de los demás», *Esprit, maximes et principes*, Neuchatel: Libraires Associés, 1764, p. 270.

a las obras y autores previamente sancionados en cada una de las artes. No puede implicar, en modo alguno, un desvío de aquello que conduce a la perfección y a la virtud. El ser humano debe consagrar su vida a superarse y a contribuir con su esfuerzo a la mejora de la sociedad. De hecho, todo aquello que no contenga la huella de la virtud y del bien público, no debería llamar su atención (1763: 16). La imitación de lo admirable incluye en sí la idea de alcanzar la belleza, lo bueno y la virtud para replicarla. No es concebible que se siga el proceder de quienes, por la ausencia de méritos artísticos o por estar desprovistos de cualidades morales, carecen de valores dignos de ser perpetuados.

Sin embargo, la emulación puede tener también un interés menos noble. Es la vanagloria. En este caso, no será sino avaricia, ambición, ceguera, vanidad, envidia, celos, mezquindad, odiosa malignidad, es decir, una virtud transformada en muchos vicios (1763: 17). Supone lo contrario de una ambición que admira sinceramente y que estudia para reproducir y transmitir con fidelidad los méritos y valores más encomiables. Mas la idea de fidelidad no se relaciona con la idea de copia en el sentido imitativo. Por el contrario, implica la existencia de un espíritu penetrante y de un gusto refinado, capaz de percibir y apreciar lo bueno y lo útil en la moral y de trasladarlo a una nueva creación igualmente loable (1763: 18). Implica entonces realizar un examen minucioso y observar las perfecciones que resultan dignas de conocerse para poder encontrar en las obras ajenas imágenes sublimes y prototipos de belleza de las que han surgido grandes obras. Solo sobre esta base es posible que se revivan en el emulador sensaciones capaces de generar en sus escritos otras emociones equivalentes con las que se rinde homenaje tanto a la naturaleza como al arte. En opinión de Bollioud, es a través del esfuerzo que a este respecto realiza el genio como el poeta entra en la carrera de los talentos que poseen los grandes maestros. La verdadera emulación consigue por este medio superar los logros alcanzados por aquellos poetas que la tradición ha calificado de eminentes, convirtiéndose ella misma en un instrumento para asegurar la gloria personal. Posee las cualidades que se detallan a continuación:

Iluminada y juiciosa, se apodera de lo bueno, aprecia lo bello; distingue lo verdadero de lo falso, lo excelente de lo mediocre. No hay nada defectuoso de lo que no se aproveche. Las faltas ajenas le sirven de lección y hace mejorar hábilmente las faltas y las perfecciones de otro.

Laboriosa y constante, no se rinde por lo que le disgusta o por los obstáculos. Ella extrae el arte de superarlos mediante la asiduidad en el estudio, en el uso habitual de las reflexiones. Consigue a menudo más éxito de la meditación y la experiencia que del trabajo impaciente y forzado. El tiempo, que se lo lleva todo, le hace avanzar hacia su objetivo sucesivamente y casi nunca pierde la ocasión de coronar la perseverancia y los esfuerzos valientes.

Justa y generosa, la emulación desaprueba cualquier interés particular. Rinde justicia al mérito, se apresura para darle a conocer y aplaude sus éxitos. Si busca adquirirlo, no pretende quitárselo a nadie. No aspira a ascender para hacer descender a sus rivales. Tiende a igualar, a superar incluso a su competidor, no tiene ni la injusticia de excluirlo ni la baja de quererlo menospreciar o de desacreditarlo.

Sabia y modesta, jamás está contenta con sus obras. Siempre encuentra otras superiores a la suya. Si este punto de vista le inspira su deseo de perfeccionarse, no se compara con los modelos más elevados de su ámbito. Su primer estudio consiste en medir el alcance de sus fuerzas, de evitar el peligro de abarcar demasiado y su único propósito consiste en conocer y cultivar el talento que le es propio. Para obtener un éxito más seguro en este loable proyecto, elige con prudencia las guías que debe seguir y los ejemplos que puede imitar.

En efecto, debe haber una suerte de conformidad proporcional, una especie de igualdad entre los contendientes, sea por su estado y sus funciones, sea por sus talentos y sus gustos. [...] De manera similar, los dones de los eminentes no causan otro efecto sobre los hombres mediocres que deslumbrarlos o desesperarlos. [...] Conviene que el imitador mantenga un poco de distancia respecto del modelo para que pueda obtener algo para nutrir su genio.

En fin, la perfecta emulación es desinteresada. No se propone en sus ensayos otro punto de vista que la ventaja de sobresalir. Nutrido de sentimientos filosóficos, ella sola muestra el falso resplandor de las riquezas para ascender hasta la cima de la sólida gloria (1763: 19-22).

Bollioud de Mermet sigue las teorías de Quintiliano respecto de la *emulatio*<sup>14</sup>. De acuerdo con los autores antiguos y el principio humanista

14. Véase G. W. Pigman, «Versions of imitation in the Renaissance», *Renaissance Quarterly*, 33/1 (1980), pp. 1-32 y Howard Mayer Brown, «Emulation, competition and homage: Imitation and theories of imitation in the Renaissance», *Journal of the American Musicological Society*, 35 (1982), pp. 1-48.



de la *emulatio*, que prescribe el uso de otros como modelos de imitación, se plantea la idea de que la emulación es un deseo de alcanzar el virtuosismo poético de los autores más renombrados mediante el estudio y el reconocimiento de sus méritos. Desde esta perspectiva, dista, como se ha señalado, de la mera imitación. Así pues, no se trata de seguir al dictado las cualidades que hicieron modélico a un autor, sino de superar la mediocridad poética proponiéndose alcanzar la excelencia por medio del estudio de otros y del uso del genio poético propio<sup>15</sup>. El referente se sitúa en obras y autores de singular mérito a los que el poeta desea parecerse, igualarse y, si es posible, superar. Las conquistas en las letras y en las ciencias generan un sentimiento de admiración que debe utilizarse para que los contemporáneos aspiren a alcanzar un reconocimiento histórico similar. La historia es la suma de los logros humanos y estos son la consecuencia de la continuidad en el tiempo de su actividad. Desde ese punto de vista, supone ambicionar el asimilarse a los autores más celebrados de otros tiempos, de forma que se creen obras igualmente asombrosas para la posteridad. Es un ser en la historia que sitúa al hombre del siglo XVIII en la línea de los más ilustres predecesores<sup>16</sup>.

De todo ello se deduce que la emulación supone el estudio metódico de los autores célebres, de forma que estos causan tan viva impresión que les incita a producir obras que podrán recibir la aprobación de los doctos pues, gracias a sus nuevos méritos personales, pueden compararse con aquellos. Cuando se frecuentan autores que resultan ser ejemplares,

15. Quintiliano, *De institutione oratoria*, libr. x: «conatur aliquid supra eos quos imitatur».

16. La utilización del concepto de *emulación*, por más que provenga de la antigüedad clásica, entraña la ambición de igualarse sobre la base de mantener la identidad propia y de legítimamente aspirar a ocupar un sitial privilegiado en el Parnaso. Implica, por otra parte, el propósito de alcanzar la gloria estableciendo criterios generales de evolución histórica en los que el referente clásico, de un lado, y el nacional, de otro, no se pierden. Responde a una voluntad de querer ser memorable, pero con la conciencia de que el sentimiento creador, la invención y la imaginación, así como otras dotes naturales del poeta, han de combinarse con la guía de los talentos superiores. Es una forma de encontrar referentes literarios y ético-morales, de comportamiento poético en definitiva, limitadores de los desmanes que en el mundo del arte pudieran producirse. Constituye, en definitiva, una forma de autocensura poética y moral que se presupone se autoimpone el poeta a la hora de crear. Véase lo manifestado por Jean-Alexis Borrelly, *Discours sur l'émulation, prononcé dans l'assemblée publique de l'Académie royale de gentils-hommes*, Berlín: Decker, 1774.



se puede alcanzar la recompensa de ver en la propia obra reflejados los verdaderos méritos del talento.

Para concluir su disertación, Bollioud de Mermet plantea la protección de los maestros. A fin de evitar su desprecio, sugiere que desde la monarquía se preserve a los artistas y los sabios para que los ciudadanos puedan aplicarse al descubrimiento de verdades útiles (1763: 37). En realidad, está haciendo valer la función de la propia academia y de otras instituciones similares y recabando la protección de la monarquía como, por lo demás, solían hacer todos estos centros:

Estos príncipes, protegiendo a los hombres de letras, han dado lustre a su reinado. Si se declaran partidarios celosos del estudio y del saber, amigos sinceros de la virtud, trabajan en su propia gloria. La fama inmortal publicará para siempre su grandeza de alma, su discernimiento, y su generosidad. Los suntuosos títulos de vencedores, de conquistadores, de legisladores incluso, no vivirán tanto tiempo en la memoria de los hombres como el de protectores de las ciencias y las artes. Los escritos célebres de los poetas, los oradores y los historiadores que han favorecido, serán los monumentos duraderos de su reputación (1763: 38).

Así pues, solo de esta manera se preserva su fama, aquella cuyo conocimiento, en definitiva, acerca a la perfección.

#### *LA BIBLIOMANIA*

El texto *De la Bibliomanie* apareció en un volumen anónimo publicado en La Haya en 1761<sup>17</sup>. En este discurso, Bollioud de Mermet disertaba acerca de una moda antigua, pero muy extendida en la sociedad de su tiempo, que consistía en acumular libros solo por vanidad o por lujo<sup>18</sup>. En el prólogo antepuesto a dicha obra afirmaba:

17. En 1765 se publicó conjuntamente con el *Ensayo sobre la lectura* en Lyon: Pierre Duplain. Recuérdese la importancia para Francia de las prensas holandesas en esta época, principalmente las ubicadas en La Haya y Amsterdam. El texto original está disponible en <https://www.bibliotecalectura18.net/bibliomanie>.

18. La fascinación por coleccionar libros existía en la antigüedad debiéndose distinguir entre *bibliófilos* y *bibliomanos*, es decir, entre quienes los reúnen por afición y culto al libro y los que los acumulan sin conocer su valor y sin tener intención alguna de leerlos. Entre los referentes de los primeros se encuentra Richard de Bury, obispo de

¿Quién podría creer que la lectura, el medio más acertado para nutrir el alma y formar las costumbres, solo logra producir, con muy poca frecuencia y de manera tenue, estos efectos felices y que, al mismo tiempo, el placer hacia los buenos libros, tan noble y útil cuando se usa con juicio, puede degenerar en una afección desordenada y convertirse en un objeto de una pasión fantasiosa? (1761: 8-9).

En su opinión, nada resulta más difícil que observar las reglas de la moderación porque el ser humano es insaciable por naturaleza. Y tal insatisfacción origina diversos abusos entre los que se encuentra el placer por atesorar libros que jamás serán leídos. Mas, a pesar de no resultar tan común como otros vicios o costumbres tildadas en la época de perniciosas, lo cierto es que el académico de Lyon denuncia que, habiendo cada vez más libros y más poseedores particulares de ellos, no se haya incrementado el número de lectores que sepan aprovecharse de sus ventajas:

Nunca antes habíamos visto tantos libros de todas las especies, de todas las formas, y nunca hemos visto tan pocos lectores cuyo estudio e instrucción sólida sea el auténtico propósito. Apenas se lee en el mundo solo por diversión. La lectura, destinada a servir de preservativo contra la ignorancia y error, es como mucho un antídoto contra el aburrimiento (1761: 9).

La mera acumulación de libros supone una perversión del uso a que están destinados. En consecuencia, «esta selección preciosa de las producciones del genio en otro tiempo consagrados a perpetuar los verdaderos principios de las ciencias, a inspirar el buen gusto de las letras, a facilitar el trabajo, a dirigir el juicio, a ejercitar la memoria, a hacer germinar el talento y las virtudes, son ahora el reducto de la pura curiosidad, que son comprados a grandes sumas, que se muestran con ostentación, que se guardan sin sacar ninguna utilidad» (Bollioud 1761: 9). La formación de

---

Durham, cuyo tratado *Philobiblon* constituye una obra mencionada repetidamente por su aportación a los libros y su conservación, aunque no carece de inexactitudes ni de comentarios exagerados. Véase la traducción española *Philobiblon. Tractatus pulcherrimus de amore librorum*, Madrid: Anaya, 1995. Para el caso español consúltese Manuel Sánchez Mariana, *Bibliófilos españoles. Desde sus orígenes hasta los albores del siglo xx*, Madrid: Biblioteca Nacional, 1993 y sobre los problemas y precios de los libros, puede verse un caso paradigmático en el libro de Robert Darnton, *El negocio de la Ilustración: historia editorial de la Encyclopédie (1775-1800)*, México: FCE, 2006.

bibliotecas ha de obedecer al criterio general de servir para adquirir las ventajas del estudio, tanto si se trata de colecciones públicas como de fondos privados. El británico Isaac Disraeli en su obra *Curiosities of literature*, cuyo primer tomo se publicó en 1791, expresaba con indignación en qué consistía esta mala costumbre:

La bibliomanía o el coleccionismo de un enorme montón de libros sin una curiosidad inteligente ha infectado, desde que existen las bibliotecas, a las mentes débiles, que imaginan que ellas mismas adquieren el conocimiento cuando lo guardan en sus estantes. Sus abigarradas bibliotecas han sido llamadas los «manicomios de la mente humana» y «la tumba de los libros» cuando el poseedor no los comunica y los confinan en los estuches de su biblioteca. [...] Algunos coleccionistas ponen toda su fama a la vista de una espléndida biblioteca donde los volúmenes, dispuestos con toda la pompa de las letras, los forros de seda, las triples bandas de oro y el cuero teñido, son encerrados en cajas fuertes y asegurados de las manos vulgares del mero lector, deslumbrando nuestros ojos como bellezas orientales que se asoman a través de sus celosías<sup>19</sup>.

El hecho de poseer una nutrida biblioteca que no será leída supone despreciar su valor e ignorar la función de la lectura:

[...] Tener una colección de libros con la incapacidad o la falta de voluntad de leerlos y estudiarlos es una extraña manía, una ciega

19. Disraeli (1766-1848), más conocido como crítico que como escritor, procedía de una familia de origen hebreo que se instaló en España y en Italia antes de afincarse en Londres. «La Bibliomanía» constituye el segundo ensayo de las *Curiosities of Literature*. El primero se dedica a las «Bibliotecas», por lo que la bibliomanía se describe como el contrapunto de la necesaria formación de estas. La idea de que la biblioteca ha de servir al estudioso para formarse y transmitir el pensamiento implica, en este y en otros de los autores citados aquí, un ataque contra cualquier uso restringido de las mismas. El texto fue muy editado a lo largo del siglo XIX. Cito por la edición de su hijo B. Disraeli, London: Frederick Warne and co., 1866, T. I, p. 9. En Inglaterra la bibliomanía se hallaba muy extendida alcanzando en la centuria siguiente sus más altas cotas. Es conocida la epístola en verso que John Ferriar escribió titulada *The Bibliomania, an epistle to Richard Heber*, London: T. Cadell y W. Davies, 1809. Véase Philip Connell, «Bibliomania, book collecting, cultural politics and the rise of literary heritage un Romantics Britain», *Representations*, 71 (2000), pp. 24-47 y un estudio de conjunto en Barbara M. Benedict, «Reading Collections: the Literary Discourse of Eighteenth-Century Librarians», en Ferris, I. y P. Keen, *Booksish Histories. Books, literature and commercial modernity (1700-1900)*, New York: Palgrave MacMillan, 2009, pp. 169-195.



ostentación. Amontonar pilas de volúmenes sin necesidad, sin discernimiento, es una absurda inutilidad, una vana superfluidad. Reunir todos aquellos que son valorados por su rareza, por la singular belleza de las ediciones, por la magnificencia de las encuadernaciones, es un exceso de lujo, un amor perturbado por lo maravilloso, una prodigalidad ruinosa. Preferir, en fin, aquellos cuyo único mérito consiste en la singularidad grotesca de las materias que contiene, o que no son de otra calidad que ser perniciosos para la buenas costumbres y contrarios a las máximas de la religión, es una bizarría, capricho, excentricidad y libertinaje (Bollioud 1761: 10-11).

Como se deduce de estas palabras liminares, Bollioud de Mermet plantea el doble propósito que inspira su discurso: por una parte, defender que la razón de ser de los libros y de su posesión es la lectura y, por otra, trasladar a la opinión pública la idea de que la selección de volúmenes ha de obedecer a motivos tan científicos o literarios como morales.

En su opinión, los libros se han convertido en un artículo que unos coleccionan por el mero placer de hacer ostentación de lo que poseen y otros acumulan sin saber cuáles resultan más adecuados para satisfacer sus necesidades lectoras. Quienes así proceden, los bibliómanos iletrados, por un lado, y las gentes menos doctas, por otro, no muestran ninguna curiosidad por su contenido o se han limitado a almacenar obras sin seguir principio organizador alguno. A los primeros, es decir, a los bibliómanos, la única intención que les guía es el deseo de exhibirlos en sus gabinetes; en cambio, los segundos se hallan perdidos en un océano de títulos que no saben discriminar. De ahí que oriente su discurso en ambas direcciones, es decir, por una parte, a criticar el comportamiento irracional de estos bibliómanos y, por otra, a establecer principios de preferencia para la formación de una biblioteca privada.

#### *Definición de la Bibliomanía*

La *bibliomanía* parece ser un término acuñado en el siglo xvii por Gui Patin (1601-1672), doctor de la Facultad de Medicina de París, que reconocía padecerla él mismo. En una de sus Cartas, remitida a M. Charles Spon y fechada en 1655, le pedía contactar con J. H. Hottingerus cuya parte quinta de la *Historiae ecclesiasticae* deseaba conseguir. Se disculpaba ante su amigo diciéndole:



Perdóneme tantas importunidades que le hago por mi bibliomanía. Es un mal del que no voy a sanar este año, porque me queda demasiado poco tiempo; puede ser que me cure el año que viene (Reveillé-Parise 1846: 144)<sup>20</sup>.

Este afán coleccionista consiste en el «furor de tener libros, de juntarlos», como explica D'Alembert en un artículo aparecido en la *Encyclopédie Méthodique* en 1752<sup>21</sup>. Más por extenso lo define Peignot, bibliotecario de la Alta Sajonia y miembro de la Sociedad libre de Emulación del Alto Rin, en su *Dictionnaire de Bibliographie* del año 1802, donde dice lo siguiente:

La bibliomanía es el furor de poseer libros, no tanto para instruirse como por tenerlos y deleitarse con su vista. El bibliómano no conoce generalmente los libros sino por su título, su frontispicio y su fecha. Da mucha importancia a las buenas ediciones y las persigue sea cual sea su título. La encuadernación le seduce, ya sea por su antigüedad o por su belleza. Esta pasión es muy cara y muy ridícula, ¿de qué sirve poseer un tesoro que no se ha tocado nunca? El amor a los libros es estimable cuando se sabe apreciarles por lo que valen, cuando se obtiene la quintaesencia de ellos y sobre todo cuando se tiene el placer de comunicarlos (Peignot 1802: I, 51).

Esta errónea utilización de los libros constituye un abuso porque desnaturaliza la afición a la creación de bibliotecas y la función misma de

20. Según se cuenta, a su muerte su biblioteca contaba con un total de 15.000 volúmenes, entre los que, al parecer, no se encontraban ni novelas ni otras obras literarias. La definición de la *bibliomanía* de Patin es recogida por Vigneul-Marville en sus *Mélanges d'Histoire et de Littérature* (Besogne: Rouen, 1699) calificándola como uno de los males del siglo. Parece ser que este fenómeno se manifestó por extenso en Francia en la segunda mitad del siglo XVII, lo cual supuso un incremento abusivo de los precios de los libros que continuó a lo largo del XVIII. Entre los autores acusados en el XVII de padecer el vicio de la bibliomanía se encuentra también David Ancillon, si bien fue en el siglo XIX cuando la moda se extendió como bien retrató Flaubert en su relato titulado precisamente *Bibliomanía*. Véase Neil Kenny, «Books in Space and Time: Bibliomania and Early Modern Histories of Learning and Literature in France», *Modern Language Quarterly*, 61.2 (2000), pp. 253-286 y Bernhard Metz, «Bibliomania and the folly of Reading», *Comparative Critical Studies*, 5/ 2-3 (2008), pp. 249-269.

21. Se publicó en el volumen segundo de la *Encyclopédie Méthodique*, 1752, p. 228. Con posterioridad fue reproducido en el *Journal de la lecture ou choix périodique de Littérature et de Morale*, Paris: 1775, T. III, Parte I, pp. 353-356.

la imprenta. D'Alembert, explica, a propósito de la lectura, lo siguiente tomando como referente las opiniones de Séneca y Descartes:

Tanta gente mediocre y tantos tontos incluso tienen escritos que normalmente se puede mirar una gran colección de libros, de cualquier género que sea, como una colección de memorias para servir a la historia de la ceguera y de la locura de los hombres y se podría poner encima de todas las grandes bibliotecas esta inscripción filosófica: «las pequeñas casas del espíritu humano» (1752: 228).

En manos de dueños iletrados, el libro se convierte en un bártulo carente de sentido cuando lo estimable se encuentra en su interior pues, según insiste en reivindicar Bollioud, sus páginas albergan la esencia del pensamiento. Así pues, en la estela de lo expresado por Petrarca en el siglo XIV, se reitera en el XVIII la idea de que esta abundancia de libros constituye un gusto literario propio de personas adineradas pero que, lejos de asegurarles la admiración pública, hace más visible su ignorancia. Los bibliómanos incultos ansían comprar el título de sabios mediante un uso mercantil de la literatura:

Este lujo literario no tiene nada de imponente más que para el vulgo. Solo sirve para hacer despreciables a aquellos a quienes les afecte. El medio más certero de alcanzar importancia gracias a los libros no es teniéndolos, sino conociéndolos y leyéndolos con provecho (Bollioud 1761: 19)<sup>22</sup>.

La loca pasión por los libros de la que se burló Ausonio en uno de sus epigramas y Luciano en una de sus reflexiones<sup>23</sup>, se convierte entonces

22. Entre los bibliómanos más conocidos del siglo XVIII se encuentra Antoine-Marie-Henri Boulard al que retrata Descuret en *La medicina de las pasiones, o las pasiones consideradas respecto a las enfermedades, las leyes y la religión*. Este bibliófilo, hombre culto e instruido, traductor de los idilios de Gessner, desarrolló tal pasión por los libros que se convirtió en un bibliómano que compraba compulsivamente hasta completar una biblioteca de 600.000 volúmenes o, al menos, así se relata (1849: 416-418). A su muerte los librerías Gaudet y Bleuet publicaron un extensísimo *Catalogue des livres de la bibliothèque de Mr. A. M. H. Boulard* (Paris: 1828). Véase Jean-Paul Fontaine, «Le cas Boulard, bibliophilie ou bibliomanie?», *Magazine du bibliophile*, 44 (2005).

23. «De verdad que lo que estás consiguiendo es lo contrario de lo que quieres. Tú crees que por comprar compulsivamente los mejores libros vas a parecer una persona con cultura, pero el asunto se te escapa de las manos y, en cierto modo, se convierte en

en un espectáculo ridículo caricaturizado por quienes hablan de él. Tal afición no constituye el entretenimiento del erudito, sino la enfermedad del necio. De nuevo en palabras de D'Alembert:

La pasión por tener libros es a veces impulsada por una avaricia muy sórdida. Una vez conocí a un loco que tenía una pasión extrema por todos los libros de Astronomía, aunque no sabía ni una palabra de esta ciencia. Los compró a un precio exorbitante y los encerró en una cámara sin verlos. [...] En general, la bibliomanía, con algunas excepciones, es como la pasión por las pinturas, las curiosidades, las casas... Los que las poseen no las disfrutan (1752: 228).

En *De librorum copia* recoge Petrarca la anécdota atribuida al rey Luis XI de Francia quien, al descubrir que un hombre iletrado poseía una amplia biblioteca, dijo: «He aquí el auténtico retrato de un jorobado, que carga a sus espaldas un bulto superfluo y sobre el que está fuera de lugar fijar la vista»<sup>24</sup>.

Para describir esta enfermedad y su posible cura el reverendo británico Thomas Frognall Dibdin (1776-1847), bibliómano declarado, publicó en 1809 un curioso texto titulado *La Bibliomania or Book Madness: a bibliographical romance in six parts* en el que, de forma entretenida como si de un diálogo se tratase, repasa la historia de los colectores de libros más conocidos, da cuenta de las ediciones que componen sus bibliotecas y describe los síntomas de esta enfermedad y los medios para curarla<sup>25</sup>. Resulta conveniente señalar, como se observa en las citas recogidas anteriormente, que

---

una prueba de tu incultura», Luciano, *El bibliomano ignorante*, Madrid: Errata Naturae, 2009. Juan de Zabaleta recuerda esta opinión. Véase José Manuel Prieto Bernabé, *Lectura y lectores: la cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro*, Cáceres: Editora Regional de Extremadura, 2004, I, p. 138.

24. El capítulo XLII del tratado *De remediis utriusque fortunae* es el titulado «De librorum copia». En él Petrarca se lamenta de que la sociedad de su tiempo sea tan indiferente ante las Letras, así como de la falta de formación de los escribas y el escaso cuidado que ponían los copistas. Véase la edición de Gianfranco Contini, *Mostra di codici petrarcheschi laurenziani*, Firenze: Olschki, 1974 y Armando Petrucci, *Libros, escrituras y bibliotecas*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2011, pp. 196-197.

25. Thomas Frognall Dibdin, *Bibliomania: or Book Madness: a bibliographical romance in six parts*, London: McCreery, Blackhorse-court, Fleet-street, 1811. El capítulo quinto se dedica a la historia de la bibliomanía y el sexto a los síntomas de la enfermedad y los medios para curarla.



la bibliomanía se trata como una patología, una locura fruto de una *pasión* descontrolada, con todas las connotaciones negativas que comporta el término, es decir, perturbación del ánimo, enajenación, impulsividad, irracionalidad, inclinación excesiva por alguna cosa, etc.<sup>26</sup>.

Por lo demás, su sintomatología es repetidamente descrita. El más común de los indicios de padecerla es el aprecio de los libros por su esplendor exterior. Los autores se estiman por la galanura de sus ediciones desconociéndose su excelencia intrínseca (Dibdin 1809: 735). Mas, en segundo lugar, tal enfermedad se manifiesta por un «ardiente deseo de coleccionar todas las ediciones que se han publicado de una obra» (Dibdin 1809: 728). Sin embargo, más relevante que relatar cómo se manifiesta esta extravagancia, lo interesante es el enfoque dado a sus remedios que terminarán por destacar la función ilustrada de la lectura y su instrumentalización social, moral y política.

A la hora de formar en la lectura, el siglo XVIII intenta dar respuesta a dos cuestiones fundamentales: la primera es enseñar los criterios con los que se debe crear una biblioteca propia, esto es, a mostrar, extensivamente hablando, qué títulos deben configurarla y cómo debe realizarse la selección de los volúmenes y ediciones que deben integrarla, y la segunda recomendación, de carácter intensivo, se dirige a enseñar la función ilustrada del libro y el modo en qué debe leerse para obtener el necesario provecho.

#### *Daños generales y particulares causados por la bibliomanía*

Boilloud de Mermet va desgranando en su discurso los perniciosos efectos de esta descontrolada afición. La organización del mismo en partes sucesivas le permite no solo desacreditar a los bibliómanos incultos, sino poner de relieve las consecuencias generales derivadas de su vicio acumulativo. Según ya señalamos, Bollioud, como antes hicieran los enciclopedistas, reivindica el valor del libro por su contenido y su importancia en la transmisión de las ideas. Sigue, en este sentido, el concepto ilustrado del libro que recogió la *Encyclopédie Méthodique*. En el artículo

26. La bibliomanía es también descrita como enfermedad vinculada a la manía de las colecciones por Carlos Nodier en *El bibliómano y subasta de mi biblioteca de Octavio Uzanne* (París: 1831), trad. María Brey, Valencia: Castalia, 1948, pp. 415-418.



correspondiente a este concepto, Voltaire lo define desde la primera línea diciendo que un libro es un:

Escrito compuesto por cualquier persona inteligente sobre cualquier asunto de ciencia para la instrucción y el deleite del lector. Se puede también definir un libro [como] una composición de un hombre de letras hecha para comunicar al público y a la posteridad cualquier cosa que ha inventado, visto, experimentado, meditado y que debe ser de una extensión lo bastante considerable para hacer un volumen (*Grammaire et Littérature* 1784, II, 479).

De acuerdo con esta concepción general, Bollioud se dirige a desmascarar a los bibliómanos que no conocen ni el verdadero valor del libro ni sus usos: «como si fuera lo mismo tener un libro en su gabinete que en la cabeza y la memoria» (Bollioud 1761: 13). Disponer de genio, de talento y de conocimiento no es una cuestión venal como sucede con la posesión de libros. Para el escritor francés esta afición constituye una auténtica usurpación porque adultera el sentido de las bibliotecas y el de la misma imprenta:

Es un espectáculo cómico ver a un bibliómano, dueño de su tiempo y su dinero, que, para entretenerse en su ociosidad y conseguir liberarse del cansancio de no hacer ni saber nada, se busca un lugar en las librerías, pasea su displicencia de una tienda a otra, asiste diariamente a la venta de libros, los examina todos sin quizá conocer ninguno y puja, no como un aficionado inteligente, sino como un hombre rico, dispuesto a comprar a peso de oro ejemplares con los que no tiene nada que hacer, al mismo tiempo que imposibilita la adquisición a un entendido que lo necesita. De vuelta a casa, este ávido pujador insaciable procura los mejores cuidados al buscar un lugar a los libros nuevos: quizá sea la última vez que los toca (1761: 16-17).

Bollioud, como otros críticos setecentistas, lamenta que la compra compulsiva de libros prive de su adquisición a los lectores entendidos. Los hombres de letras, gentes no siempre adineradas, han de competir con los ricos que los adquieren sin necesitarlos. Peor todavía, solo los utilizan para decorar los estantes, «como si una biblioteca fuese un tapiz» (1763: 21).

Este comportamiento, ya expresado en la antigüedad por Séneca<sup>27</sup>, se distingue de la adquisición de volúmenes por parte de príncipes, nobles o de ciertas comunidades religiosas. La formación de bibliotecas en estos casos constituye un bien público: «En estos refugios literarios la abundancia deja de ser un mal y la multiplicidad resulta necesaria. ¡Cuántos reyes han quedado immortalizados por las bibliotecas que fundaron!» (Bolllioud 1761: 25). Pero que un particular pretenda emular la magnificencia de estos altos señores no obedece más que a la pretensión humana de creerse capaz de poder saberlo todo cuando, ni siquiera el erudito, puede lograr un saber universal. En consecuencia, al experto le basta con disponer de una biblioteca afín a sus intereses, aquellos en los que puede aportar nuevos conocimientos, y en el número adecuado para que tenga tiempo de leerlos. En la línea de lo expresado por Séneca afirma:

La literatura es una república en la que cada uno cumple su función. Se puede elegir libremente la más análoga con el gusto natural, las aptitudes y la educación que se ha recibido. No obstante, una vez hecha la elección hay que seguir el rumbo si se pretende tener éxito. El que quiera saberlo todo y abarcar todos los campos del saber sucumbirá en su empeño y será incapaz de servir a la sociedad en ninguna parte, ya que al abordar superficialmente muchos campos no conseguirá profundizar en ninguno.

¿De qué le sirve entonces a un particular reunir colecciones completas sobre todas las disciplinas si la parte de la que puede disfrutar es muy limitada? Me gusta descubrir los talentos de un hombre inspeccionando sus libros. Nada parece más fuera de contexto que un tratado de Teología en casa de un geómetra o un volumen de principios físicos en la de un orador. Esta multiplicidad, esta confusión de temas, divide la atención demasiado, sobrecarga la memoria sin enriquecerla, deslumbra la razón en lugar de iluminarla, nubla el progreso del estudio y desbarata el plan que se había trazado (1761: 28-29).

Lo que convierte al hombre en docto es la lectura de los libros sabiamente escogidos. Y esta selección implica a su vez la lectura comprensiva de las obras de las que dispone. La lectura indiscriminada conduce

27. Puede verse Séneca, «Utilidad de la obra escrita: elabora las lecturas y sintetiza las ideas», *Epístolas morales a Lucilio*, libr. XI-XIII, 84, en *Consolaciones. Diálogos, Apocolonintosis. Epístolas morales a Lucilio*, intr. Juan Manuel Díez Torres, Madrid: Gredos, 2013.

al diletantismo que en nada contribuye a la mejora de la ciencia o de las sociedades.

El revolotear entre los libros no comporta más que carencias. Por la misma razón, acumular ediciones de una misma obra o ejemplares distintos que no añaden nada nuevo a los ya poseídos es otro ejemplo de la falta de sentido común de que adolecen los bibliómanos. Si, por un lado, querer abarcar todas las disciplinas (*v. gr.* gramática, elocuencia, crítica, filología, historia) ocasiona un conocimiento superficial que en poco contribuye al progreso del pensamiento, poseer todas las ediciones o los nuevos ejemplares de una obra tampoco garantiza una mayor comprensión de los textos ni de los autores. Esa búsqueda solo se justifica cuando son necesarios para el estudio particular que realizarán quienes sepan estudiar esa reunión de testimonios. No lo hará así el bibliómano cuyo único propósito es acopiarlos:

Le importa conseguir todo lo que han escrito los autores clásicos y modernos. Debe tener distintos Cicerones en todos los formatos, los Horacios en todas las publicaciones; los ejemplares solo con el texto, otros con notas, los *variorum*, la *ad usum*, los Farnabes, los Burmans; las traducciones en distintas lenguas (1761: 35)<sup>28</sup>.

El prurito filológico e incluso el gusto bibliográfico no se denuncian en el discurso académico ya que forma parte del trabajo del erudito. Ahora bien, Bollioud de Mermet sí expone una opinión contraria a la publicación constante de los mismos originales que no deja de parecerle una frivolidad, incluso para quienes ejercen la profesión de las letras:

Fíjense en el extraordinario número de obras que se imprimen de todas las materias y de cualquier tema que, bajo la atrayente apariencia de la novedad, a menudo solo contienen repeticiones incesantes de contenidos antiguos. Son obras que se dan en ocasiones con el voluminoso aparato de comentarios que le añade un infatigable comentador y que, en otros casos, presentan la sequedad y brevedad, en ocasiones oscura,

28. Hace alusión a las ediciones de Thomas Farnabe (1575-1641) de Juvenal, Persio, Lucano, Marcial, Ovidio, Terencio y Séneca. En cuanto a Pieter Burman (1713-1778) fue un conocido editor también de autores clásicos como Aristófanes y de una extensa *Anthologia Veterum Latinorum Epigrammatum et Poematum* (1759-1763).



de los compendios y epítomes. En las primeras, las citas son superfluas; en las segundas, los pasajes están truncados con infidelidad (1761: 36).

Por este motivo y por el uso decorativo de su biblioteca, se acusa al bibliómano de ser un vanidoso egoísta, cuya colección acabará además dispersándose cuando pase a manos de sus herederos:

¿Cuál es el fin de este hombre si no es el de satisfacer los deseos de un placer apasionado que le resulta de poca utilidad para él y que priva de los medios para beneficiar a otros? ¿Para qué ha construido este edificio literario con diferentes materiales que le han costado largas búsquedas, penas y dinero? No lo sabe. [...] Quizá vaya en favor de un heredero que no hará ningún caso a un legado semejante si no es para que adopte su forma original, es decir, para convertir de inmediato los libros en dinero (1761: 41).

Así pues, su falso amor a los libros provoca que dejen de estar en circulación obras que deberían ser accesibles a los eruditos capaces de entenderlos. Además, lo harán relativamente durante poco tiempo. Una vez fallecido el bibliómano, sus herederos podrán de nuevo en circulación los libros solo con la intención de conseguir venderlos para obtener un beneficio económico. Ese tráfico de libros es propio de mercaderes pero no de un amante bibliófilo.

En la parte III del discurso, Bollioud de Mermet reflexiona sobre dos cuestiones que suelen aparecer asociadas en la crítica setecentista: la especialización de las imprentas en ediciones lujosas y la constante reimpresión de autores canónicos y muy reconocidos. El valor inherente al libro antiguo es puesto de relieve, así como la impresión de libros en gran formato, ilustrados con grabados, láminas y toda suerte de flores, iniciales y orlas. Sin embargo, se denuncia que estos ejemplares tan maravillosamente impresos, que además se acompañan de suntuosas encuadernaciones, alimenten aún más el voraz apetito de los bibliómanos. Para Bollioud, el problema es que el libro se ha convertido en un objeto de arte. Lo admirable de su aspecto exterior y la elegancia de los tipos empleados, la calidad del papel y los adornos que lo acompañan suscitan aprecio por un objeto artístico, no por un libro:

Cuando reflexionamos sobre estos objetos curiosos de complacencia nos vemos tentados a decir que son joyas, obras maestras de la elegancia, más que libros, porque los tocamos con cierto respeto, solo los



abrimos para admirarlos y los conservamos con cuidado y con la firme convicción de que jamás los leeremos. Por tanto, habría que buscarles otro nombre (1761: 53).

Los impresores, parece querer decir Bollioud de Mermet, no publican pensando en otro público que aquel que es capaz de pagar sumas extraordinarias. La función de la imprenta se adultera y los libros no llegan a los lectores que debieran:

El gusto por los extremos ha saltado de lo pequeño a lo grande. Se imprimen en varios tomos infolio libros que hemos encontrado siempre en un único volumen en in 12° o in 24°. *La imitación de Jesucristo*, impresa en el Louvre en gran formato y con grandes caracteres, es un caso extraordinario de esta práctica<sup>29</sup>. No creo que nadie hiciera su lectura piadosa en un libro tan monstruosamente abultado cuando, para la comodidad de los lectores, debería tener el tamaño de un pequeño manual (1761: 49).

Acompaña a esta situación el hecho de que en ocasiones se publican con esmero obras calificadas de frívolas o poco convenientes:

Señalo, en primer lugar, la razón porque ¿qué hay más vergonzoso para un hombre racional que la caprichosa labor de recopilar por preferencia libros de naturaleza extraña y singular de los que no se obtiene nada para instruirse, nada para la cultura del espíritu, ni siquiera para el divertimento de los lectores cultos y delicados?

Esta depravada afición a la que se abandonan algunos bibliómanos, de los que sabemos que tienen colecciones completas de lo más estrambótico, frívolo y satírico que la imprenta ha producido, no es en absoluto una suposición.

Nada falta en esas colecciones: fábulas, cuentos, novelas, historias de caballería, aventuras galantes, poesías jocosas, sátiras, burlas, obras macarrónicas, tratados de magia, de brujería, artes adivinatorias, memorias de procesos escandalosos, crónicas calumniadoras, libelos difamatorios y tantos otros escritos dictados por una imaginación desordenada y la libertad impúdica (1761: 58-59).

29. Se refiere a la lujosa *De Imitatione Christi*, editada en París: Typographia Regia, 1640, IV tomos, que constituyó la primera de las obras impresas por la Imprenta Real establecida en el Louvre. Contiene un grabado en cuyo frontispicio se representa a un cristiano, Luis XIII, despreciando los atributos de la guerra y las riquezas de la vida terrenal.

Desde la perspectiva moral, la incapacidad del bibliómano para conocer el interés cultural de una obra favorece que se desprecien las ideas que contiene. En la cuarta parte del discurso, Bollioud de Mermet censura que para los bibliómanos prime la belleza y la singularidad de las ediciones y se ignore la reputación de los autores o la perversión moral que algunos atractivos libros encierran:

El hombre que no se presta a respetar su razón ni muestra el coraje de prohibirse lo que aquella condena pronto no tendrá respeto por la decencia de las costumbres ni por la religión. Con ello, la loca pasión de los libros lleva a menudo hasta el libertinaje y la incredulidad (1761: 60-61).

La crítica de Bollioud no se dirige hacia los libros prohibidos, pues asegura que la circulación de estos resulta limitada<sup>30</sup>. En cambio, el peligro se encuentra en aquellos cuya impresión es legítima pero cuyos pensamientos resultan condenables:

De entre todos los libros que no están prohibidos, hay muy pocos que cualquiera pueda leer sin peligro. Existen muchos otros cuya lectura inquietará la caridad y el pudor y comprometerá en muchas ocasiones la inocencia o la fe. Se ha advertido a esos lectores interesados en todos estos aspectos que tales libros ocultan el veneno más sutil y mortal bajo flores artísticamente dispuestas. Estas advertencias no son más que acicates para la curiosidad, nuevos estímulos para ceder y un motivo más para comprarlo todo sin analizarlo y leerlo sin cuidado (1763: 61).

Bollioud de Mermet, como otros intelectuales de su tiempo, se plantea la conveniencia, más implícita que explícitamente señalada, de que se ejerza algún tipo de control sobre la lectura de títulos juzgados como poco recomendables. La posibilidad de adquirir con facilidad cualquier clase de libros, incluso los prohibidos, supone el acceso de gentes no siempre preparadas para discriminar entre aquellas lecturas que convienen a su formación ético-política y aquellas otras que solo les suscitan una vana curiosidad. Las obras de autores disolutos se incorporan sin reparo

30. No hay duda de que en toda Europa circularon los libros prohibidos y de que su tráfico se convirtió incluso en una actividad lucrativa. Véase Raymond Birn, «De Liège à Paris: la route du livre à l'aube du XVIII<sup>e</sup> siècle», en *Études sur le XVIII<sup>e</sup> siècle: le livre à Liège et à Bruxelles au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Bruxelles: 1987, pp. 11-37 y Frédéric Barbier, *Lumières du Nord. Imprimeurs, libraires et «gens du livre» dans le Nord au XVIII<sup>e</sup> siècle (1701-1789)*, Genève: Droz, 2002.

alguno a las bibliotecas de los bibliómanos que, en este caso concreto, parece que sí leerán:

¿Qué cabe esperar y qué no se debe temer cuando se toma la determinación de recopilarlo y leerlo todo sin distinciones? Con esta mezcla informe y monstruosa de producciones frívolas y temerarias que la mente humana produce en sus devaneos, ¿le queda algo más a un lector ávido e inadvertido que un montón de ideas confusas, más propensas a enturbiar o corromper su imaginación que a enriquecerle el alma? Ideas, además, que se perjudican mutuamente por lo extraño de su ensamblaje, que entrechocan tan pronto nacen, que para todos estos combates se destruyen entre sí y desaparecen finalmente como los nubarrones que disipa la tormenta (1763: 38)

En apreciaciones como esta queda patente que la censura institucionalizada puede no resultar suficiente y, por tanto, para autores como Bollioud de Mermet conviene que la intelectualidad o la Iglesia cercene el acceso libre a la lectura no solo mediante la educación, sino también inculcándoles el desprecio hacia títulos que la moral o el buen gusto consideran perjudiciales (Rodríguez Sánchez de León 2019). La abundancia de libros que salen a diario de las imprentas, se trate de ediciones lujosas o de otras más corrientes, impide que se repriman las ideas menos conformes a la fe, la moral y las costumbres, de un lado, y a la razón del buen gobierno y de la política establecida, de otro. En cambio, la lectura sin criterio puede introducir en el hombre común opiniones erróneas que desestabilizan el orden público y la marcha de los estados.

La contradicción existente entre la acusación a los bibliómanos de reunir volúmenes cuya lectura no les interesa, contrasta con el temor a que lo menos conveniente atraiga su atención y la de otros potenciales lectores:

Tras devorar con avidez estas pilas de libros, estas obras disolutas que nos rodean y cuya notoriedad escapa al control de los magistrados, ¿qué obtenemos más que un vacío vergonzoso para el espíritu o marcas funestas en el corazón como consecuencia de una lectura en la que la pérdida de tiempo supone el menor de los reproches que pueden hacerse? (1761: 62-63).

El discurso se convierte en una llamada a los académicos, los predicadores, los filósofos y los magistrados. Pero también desea retratar una realidad contrastable. De algún modo, su alocución constituye una reivindicación



del deseo ilustrado de que la lectura y la impresión de libros contribuya a adelantar en el conocimiento y a la difusión de ideas que armónicamente afiancen el progreso ordenado de los estados. Su desaprobación de la bibliomanía resulta, en último término, una oposición a cualquier exceso que en este ámbito pudiera realizarse. Este afán coleccionista resulta ser de lo más perjudicial en todos los órdenes como bien sabe resumir Bollioud de Mermet en el siguiente párrafo:

Concluamos con todo lo expuesto que la bibliomanía es el colmo de la insensatez para aquellos que no tienen la disposición ni la voluntad de utilizar los libros como se debe; que para los eruditos y los expertos recopilar todos los ámbitos y todas las materias, que un solo hombre no podría cultivar, es de una superfluidad irracional; que esas colecciones que alcanzan el lujo y la magnificencia son el resultado de un amor excesivo por lo singular y se convierten en objeto de una prodigalidad condenable y ruinosa; que este gusto extraño y libertino, que da preferencia a ciertas obras en las que todo respira frivolidad y desorden, es una rareza del alma odiosa y despreciable, un trastorno consumado del corazón digno del rigor de las leyes y de anatemas (1761: 66-67).

La lectura, como promoverá en otro de sus discursos, ha de hacerse sobre la base de la contención y de la medida que aconsejan recopilar los libros que a lo largo de la vida conviene leer priorizando la calidad de los mismos:

[...] Utilicemos los libros con consideración si queremos disfrutar de su contenido. Que su uso no sea para nosotros una causa de vanidad, sino un medio para la instrucción. [...] Purifiquemos así el gusto por los libros, que solo puede ser útil y agradable mientras sea legítimo y moderado. Intentemos potenciar el dulzor de sus frutos con el aderezo de una sobriedad juiciosa. Aprendamos a sacarle partido con inteligencia y, para que no pierdan nunca su valía, evitemos convertirlos en objetos de ostentación ridícula o en una pasión ciega y peligrosa (1761: 69-70).

La idea de lectura que se defiende ha de dirigirse a la identificación con los principios éticos y políticos del autor, de forma que ambos han de participar de una ideología común. Cuando esta relación se quiebra, la lectura sirve para satisfacer de forma sustitutiva otras necesidades mucho menos racionales con lo que se desvanece el valor educativo que la mentalidad ilustrada le atribuyó. La posibilidad de que la función de la

literatura se aleje de este planteamiento permite que durante el proceso de lectura se despierte la imaginación del lector. Entonces se preferirán obras que estimulen su sensibilidad al tedioso ejercicio del aprendizaje. Las obras más o menos triviales ocupan un lugar más relevante de lo que desearían algunas autoridades civiles y eclesiásticas. Y, en este sentido, la predisposición hacia ciertas lecturas que actúan como espejo de realidad pueden imponerse más de lo que institucionalmente se considera aceptable.

#### ENSAYO SOBRE LA LECTURA

Años después de publicar la *Bibliomanía*, Bolliout de Mermet redacta su *Ensayo sobre la lectura* (1765) en el que complementa las ideas expresadas en el discurso de 1761. Convencido de que la lectura debe ser guiada por una élite intelectual capaz de pautarla y de que debe realizarse para obtener una utilidad tanto para la vida privada como para la pública<sup>31</sup>, decide concienciar de ello a los lectores comunes y a los jóvenes, es decir, a las personas que solo leen por entretenimiento. A unos y a otros les dice en el «Prefacio»:

He creído conveniente inspirarles el gusto por la buena lectura, advertirles de los efectos de aquellas que resultan nocivas para las buenas

31. Entre los textos dirigidos a enseñar con que criterios debería formarse una biblioteca se encuentra el de Formey, *Conseils pour former une bibliothèque peu nombreuse mais choisie*, Berlín: Haude et C. Spencer, 1750 [2<sup>o</sup> ed.]. Recomienda que la constituyan un centenar de libros comenzando por los de Escritura Santa, Teología e Historia eclesiástica. Siguen por este orden Filosofía, Bellas Letras, fundamentalmente autores griegos y latinos, los diccionarios de Bayle y de Moreri y las traducciones de los clásicos antiguos; a continuación menciona los periódicos, las obras de Historia, novelas como el *Amadís*, poemas épicos en verso o en prosa y novelas modernas aceptables como las *Memorias de un hombre honesto* del abate Prévost d'Exiles, las de Marivaux, el *Quijote* y las de Crébillon; poesías, que deben seguir los principios de Boileau como es el caso de Fontenelle, Voltaire o La Motte; obras de elocuencia como las de Saurin, Lamy o Gisbert. En cuanto a obras de moral y buen gusto, debe contarse con Cicerón, Séneca, Teofrasto o las de Crousaz, Batteux, Tomás Moro, Swift, Locke entre otros; seguirían algunos tratados sobre ciencia militar y Matemáticas, Geografía y viajes y finalmente Jurisprudencia y Medicina, entre los que se recomienda el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu.

costumbres y la religión y anteponer el orden, el método y cualquier otro medio necesario para que la lectura sea de provecho (1765: III-IV).

Ambos propósitos, la selección de lecturas aceptables desde el punto de vista moral y la aplicación consciente a las mismas, le motivan para orientar al lector en aquellos asuntos que piensa que se halla más desprotegido, a saber, la selección de títulos y el método de lectura.

Los libros compuestos por autores sabios y eruditos son aquellos que instruyen en el conocimiento y la moral (1765: 2). Por ello cuando la juventud y la inexperiencia inclinan a la lectura es recomendable haber recibido una educación previa. Bollioud de Mermet es consciente del papel adquirido en su tiempo por el lector. Sea por su número, sea por la curiosidad que despiertan ciertos libros, su función en la comunicación de las ideas resulta determinante, como también lo es su compromiso con el autor y con el libro:

La tarea del lector, aunque más libre y menos dificultosa que la del creador, no deja de implicar cierta colaboración y un libro realizado con orden y arte no causará nunca el efecto que el autor pretende si la lectura no es metódica, reflexiva y queda bien asimilada (1765: 6-7).

El éxito de un autor o de una obra no se logra si el lector no presta la debida atención o carece de suficiente inteligencia: «Así—escribe— parece evidente que la lectura, como clave de todas las ciencias y alimento diario para el alma, se debe preparar con atención y respetar ciertas reglas para que la tarea sea satisfactoria y dé resultados» (1765: 7-8). De ahí que, aunque la lectura tenga una finalidad lúdica, resulte recomendable reflexionar sobre lo que se lee, incluso antes de abrir el libro.

### *La relación entre lectura y ocio*

La primera cuestión que aborda Bollioud de Mermet es la asociación entre el tiempo libre y la lectura. En este contexto, esta última es interpretada como una afición placentera que se aproxima más a la diversión y el entretenimiento que a la meditación. Los libros se eligen entonces caprichosamente sin verificar un análisis acerca de cuáles constituyen



sus pensamientos ocultos o los efectos que pudieran derivarse de obras moralmente cuestionables:

La elección de los libros de ocio es más importante de lo que consideramos. Entre los montones inmensos que nos rodean, existen muchos despreciables por su insustancialidad y su mal gusto, muchos que son los órganos de la vanidad y la mentira, muchos cuyos principios solo pretenden oprimir la virtud bajo el peso de un ridículo ingeniosamente presentado, muchos que únicamente contienen principios perversos y pensamientos de una impiedad insidiosa. Que no se arriesguen los lectores incautos y, sobre todo, los jóvenes con libros con los que no habría que perder un tiempo valioso y con los que la integridad de sus costumbres queda comprometida (1765: 14).

A pesar de lo que pudiera suponerse, la lectura no siempre es conveniente (1765: 12), sobre todo cuando se trata de obras de entretenimiento<sup>32</sup>. El peligro, más allá de que se validen pensamientos juzgados como perniciosos, reside en que a través de esos textos se forman opiniones colectivas a favor de libros insustanciales:

El cebo del placer nos conquista sin remedio. En muchas ocasiones solo una delgada línea distingue lo que es legítimo de lo que se defiende. Una vez superada esta frontera nos permitimos la lectura de determinados libros que únicamente buscan la libertad y el deleite más refinado, que contienen anécdotas maldicientes, crónicas escandalosas, lecciones de pirronismo y de incredulidad, principios totalmente opuestos a las leyes de la naturaleza, a las leyes de la sociedad y a las normas de las buenas

32. Un caso particular es el de los libros de imaginaciones extravagantes. Se trata de censurar los libros que tratan de magia, demonios, fantasmas, espíritus y otras supercherías. En Francia es conocido el libro del teólogo Laurent Bordon que, bajo el nombre ficticio de Mr. Oufle (anagrama de «le fou») y en la línea del *Quijote*, según recuerda en el prefacio, publicó *L'Histoire des imaginations extravagantes causes para la lectura des livres que traitent de la magie, du grimoire, des démoniaques, sorcieux*, etc., cuya primera edición apareció en Amsterdam: Etienne Roger *et alii*, 1710. Se reeditó numerosas veces a lo largo del siglo XVIII desde la versión completa en dos partes de Paris: Prault, 1753-1754 a la abreviada publicada en 1789 por Charles-Georges-Thomas Garnier, llena de largas y tediosas disertaciones. Se tradujo al inglés, al alemán y al italiano. Véase Sarah Nègre, *Un travail de compilation sur les superstitions populaires des XVII<sup>e</sup> et XVIII<sup>e</sup> siècles: L'histoire des imaginations extravagantes de Monsieur Oufle, par l'abbé Laurent Bordon*, Memoria de Máster, Universidad de Lyon.

costumbres, así como sistemas diametralmente opuestos a las máximas de la razón, de la justicia y de la religión (1765: 19-20).

El argumento que se esgrime es que la mayor parte de los hombres eligen lecturas amenas. Los jóvenes, las mujeres y el público en general prefiere textos que no les fatiguen con reflexiones profundas. Así, cuantos más libros haya de esta índole, más posibilidades existen de que pensamientos triviales o amorales se difundan, pues se trata de textos donde prima la imaginación y las historias calificadas de frívolas:

[...] Elegimos libros que brillan con el fuego de la imaginación. El veneno que ocultan no incita ni a la sospecha ni al miedo. Ardemos de deseo por recoger las flores que lo cubren y nos abalanzamos por beber sin medida de la copa encantada. Es placentero probar la dulce embriaguez que sacude la sensación de hastío mortal, feliz delirio que nos hace olvidar tanto las premisas de una razón austera como la atención a aspectos superiores, y que ensordece la voz del deber.

Esta es la lectura que prefiere la gente. Los libros que necesitan no son libros de costumbres. No nos gusta razonar con nosotros mismos. Es mucho mejor entretenerse con novelas de aventuras galantes, adormecernos con juegos banales o distraerse de forma nociva con alguna sátira mordaz con chanzas cínicas (1765: 21-22)<sup>33</sup>.

33. Contra estas «lecturas galantes» también se manifestó Marmontel en su *Essai sur les romans, considérés du côté moral* (1787). Al comienzo de este discurso señala que «el objeto más digno de la literatura, el único que la ennoblece y la honra es su utilidad moral» (1819: III, 558) Opina que en ellas las costumbres se relajan y el amor permite al príncipe abandonar el trono y sus obligaciones patrias. Pero, a su vez, entiende que el pudor y la honestidad no son irreconciliables con el amor, que puede representarse de forma ingenua y sensible resultando interesante por las situaciones que retrata y por las virtudes que demuestra como sucede en la novela de *La princesa de Clèves* (1678) de Mme. de La Fayette (1819: III, 570). Deja claro que la intención de cualquier obra literaria ha de responder a un plan moral (1819: III, 560). En la misma línea se expresaron Diderot, Rousseau y Restif de la Bretonne. De hecho, Jaucourt en el artículo sobre la novela de la *Encyclopédie Méthodique. Grammaire et littérature* reconoce que cuando la novela se escribe siguiendo los principios del buen gusto cumple con la finalidad que no son capaces de lograr otra clase de escritos (1776: III, 342a). Véase los trabajos reunidos en el libro de Nathalie Ferrand, *Livre et lecture dans les romans français du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris: Presses Universitaires de France, 2002.

La opinión más generalizada es que los escritos disolutos y los autores poco recomendables resultan del agrado del público, que se deja seducir antes por el placer que por el trabajo que le causa una lectura profunda de autores célebres de cuyas máximas y pensamientos loables podrá servirse. La conducta preferible a la hora de leer es la que sigue el lector instruido, a saber, aquel que no se deja seducir con facilidad, sino que prefiere lecturas agradables por su decoro y buen gusto (1765: 26). Esta clase de lector elige buenos autores de forma que combina el deleite de una ficción amena con la moral más exquisita:

Los autores estimables han sabido combinar la razón con la gracia y la sabiduría con el talento. Han hallado el arte de agradar e instruir. Uno deja intuir axiomas de provecho bajo la pátina de una ficción elegante; otro disimula una crítica fina y sensata con la apariencia delicada de la ironía; un tercero desenmascara lo ridículo, revela los horrores del vicio e inspira el amor por la decencia y el deber mediante un gracejo sutil (1765: 27).

En este contexto, la elección se presenta como el resultado de un estudio y no del azar o de una recomendación cualquiera. Como resultado, el lector insensato no establece ningún criterio u orden entre sus lecturas. Sigue cualquier parecer y no se propone otro fin que pasar el rato. Su curiosidad no es la del hombre razonable, poseedor a su vez de un gusto fino y delicado. No lee con delectación porque no presta atención a los detalles ni a la solidez de los pensamientos. La lectura pierde su objetivo, pues la idea del placer se vincula a la del esfuerzo y la atención. Un espíritu distraído no profundiza en la forma ni en el contenido de las obras. Se limita a pasar páginas y a presumir públicamente de haber concluido otro libro intrascendente<sup>34</sup>.

34. Ya el abate Desfontaines había señalado en sus *Observations sur les écrits modernes* de 1735 la incompatibilidad existente entre el número de lecturas y la calidad de las mismas. Bollioud de Mermet critica con severidad este comportamiento lectorial: «[...] Elegimos libros que brillan con el fuego de la imaginación. El veneno que ocultan no incita ni a la sospecha ni al miedo. Ardemos de deseo por recoger las flores que lo cubren y nos abalanzamos por beber sin medida de la copa encantada. Es placentero probar la dulce embriaguez que sacude la sensación de hastío mortal, feliz delirio que nos hace olvidar tanto las premisas de una razón austera como la atención a aspectos superiores, y que ensordece la voz del deber. Esta es la lectura que prefiere la gente. Los libros que necesitan no son libros de costumbres. No nos gusta razonar con nosotros mismos. Es



A juicio de Bollioud de Mermet, existen numerosas obras entre las pertenecientes al ámbito de las Bellas Letras que se leen sin dificultad y que proporcionan simultáneamente una sólida educación. Forman parte de este corpus los libros de viajes, los de historia, artes o moral. Y si de conocer lo más íntimo del corazón humano se trata, el género epistolar, la elocuencia y la lírica permiten acceder a esa intimidad del ser humano. Escoger una lectura implica distinguir y optar dependiendo de las ventajas que pudieran desprenderse (instructivas, morales, religiosas, etc.), de forma que quedan fuera del catálogo del buen lector los textos que nublan la imaginación de los jóvenes y les inculcan pensamientos licenciosos como en general sucede con los relatos novelescos<sup>35</sup>. En cambio, nadie se arrepentirá de leer a los autores que nos hacen la virtud amable y reprehensible el vicio (1763: 30). El criterio debe de ser el que guía la curiosidad del hombre razonable (1765: 30). Su refinado gusto le inclinará hacia los libros que resultan más oportunos para su educación.

---

mucho mejor entretenerse con novelas de aventuras galantes, adormecernos con juegos banales o distraerse de forma nociva con alguna sátira mordaz con chanzas cínicas» (1765: 21-22).

35. En 1785 se publicó una traducción al francés del *arte legendi De ratione libros cum projectu legendi libellus* (1614) del jesuita Francesco Sacchini (1570-1625) (ed. fac. de 1618 Madrid/Barcelona: Seminario de Poética Europea del Renacimiento/Instituto Lucio Anneo Séneca de la Universidad Carlos III/Caronte, 2009; URI:<http://hdl.handle.net/10016/18898>). El texto traducido se titula *Moyens de lire avec fruit, traduit de l'italien* (La Haye: Guillot, 1785). En el capítulo II recomienda que, para que la lectura no sea perjudicial al espíritu ni a las costumbres, hay que elegir las que son útiles para ambos, de forma que considera una regla inviolable el renunciar a cualquier libro de esta condición y más aún si se trata de libros obscenos o impíos (1785: 6). Por el contrario, recomienda la lectura de los maestros en cada ciencia y siempre siguiendo como pauta la moderación. A su vez, Sacchini enseña cuál es el orden que debe seguirse en las lecturas y la forma en qué ha de hacerse, es decir, con perseverancia, los tiempos de la lectura, a lo que añade el método, consistente en anotar ofreciendo un modelo para realizar adecuadamente los extractos, exactamente igual que propone Bollioud de Mermet. En el mismo volumen se incluye el *Discours sur les lectures dangereuses*, pronunciado por Sacchini en Roma en 1603, donde abunda en la idea del rechazo hacia los libros cuya materia juzga obscena, como es el caso de algunos poemas de autores paganos, entre ellos Catulo, Tibulo y Propertio (1785: 108).

*Metodología lectora*

Una vez que se ha elegido el libro adecuado debe prestarse atención al acto de leer. Según cuenta nuestro autor, ha de ser un ejercicio pausado porque, de otro modo, no deja ningún poso ni en el ánimo ni en la memoria. El lector poco aplicado «solo conserva, tras haberlos leído, trazos borrosos, imágenes vagas y algunas sombras fugaces del pensamiento y del juicio interior. ¿De qué sirve tener un libro para darle un uso tan insignificante?» (1765: 31). En efecto, la lectura precipitada no permite disfrutar de un texto ni a nivel formal ni en relación con su contenido. El deleite nace de la lectura pausada porque permite reparar en la delicadeza del estilo y apreciar los conceptos que una buena obra esconde:

Existe un deleite que te empuja a leer por placer un buen libro, a considerar las perfecciones que lo adornan, a observar su delicadeza, la energía de las expresiones, la finura de los giros, la claridad, la elegancia del estilo y la precisión y solidez de las ideas. ¿Cómo no vamos a disfrutar del encanto de todos estos detalles? (1765: 33-34).

Para Bollioud, ni la poesía lírica ni la épica podrán alcanzar sus propósitos si el lector no se percata de que está implicado más allá de la simple percepción de lo escrito. Así pues, no solo exigen la atención del lector para comprender el mundo figurado que se presenta. Los poemas líricos y heroicos, como en general todas las creaciones literarias, necesitan de la confluencia de quien lee con el texto, dando lugar a esa magia que supone el verse afectado e implicado por la obra hasta trascender su vida real:

La poesía [lírica] tiene sobre mí el mismo derecho. Su feliz prestigio, sus alegres imágenes, la diversidad, la osadía de sus descripciones, la gracia y armonía de su estilo y lo sublime de sus expresiones hechizan la mente y alientan y cautivan el corazón. Nada se resiste a este arte cautivador y exquisito. Su melodía y movimiento disipan el entumecimiento del alma y los antojos del humor, facilitan las tareas y obligaciones costosas, calman las inquietudes y aplacan, al menos durante un tiempo, los malos pensamientos inherentes a la vida humana. Es un tipo de magia a la que resulta placentero entregarse. ¿Cómo es posible aproximarse a todos estos encantos con una mirada veleidosa y una mente distraída? (1765: 34-35).

El compromiso del lector con la obra literaria, lírica, épica o dramática, exige de una participación activa de aquel que debe mostrarse predispuesto a experimentar cuantas emociones sea capaz de trasladarle el autor. Se adentrará en otras vivencias, en otras emociones que no serán las propias, pero que sentirá como tales en la medida en que se sumerja en la realidad fingida que le ha construido el autor, siempre que, claro está, la elección de este se halla realizado con el gusto y criterios ético-morales necesarios. «La verdad se encuentra presente en la ficción» llega a afirmar (1765: 39).

Es interesante señalar que analiza la diferencia entre leer una obra dramática o verla representar. En lógica correspondencia con toda su argumentación, se manifiesta más partidario de la lectura que de la representación. Pero, aun así, reconoce el efecto que esta última proporciona gracias al tono de la voz y del gesto y a la persuasión que produce la declamación en directo. En su contra, esgrime que el espectador puede distraerse, estar mal situado y no poder escuchar con claridad, o bien impresionarse demasiado por lo que oye:

Si bien la lectura presenta ciertos inconvenientes, quedan compensados por otras muy buenas ventajas. Por una parte, el espectador puede estar mal situado, que el actor hable demasiado rápido o que resulte poco inteligible; por otra, si el oyente pierde la atención, el orador no se detendrá para que retome el hilo y no quedará, por tanto, ninguna esperanza de que se reincorpore. Las palabras vuelan y todo lo que no se captura en ese instante se pierde para siempre. En cambio, dado que el lector tiene a su entera disposición al autor y a la obra, puede volver sobre sus pasos para recuperar el cauce sin que se le escape nada.

[...] La lectura, por el contrario, es más libre y tranquila, menos apasionada. El lector, liberado del respeto humano y de los artificios y la impetuosidad de la acción oratoria, sin conocer ni siquiera en muchos casos al autor de la obra que está leyendo, se forma una opinión más justa, sana y menos sospechosa. Nada le impide examinarla de cerca, considerarla con detenimiento, sentir por igual su belleza y sus imperfecciones, incluso releerla varias veces tanto para aclarar las dudas como por si desea fijar en la memoria los temas de la lectura (1765: 43-44).

Con todo, Bollioud de Mermet reconoce que leer es un ejercicio trabajoso. De ahí que requiera concentración pues, de no realizarse así, no se retienen debidamente las ideas. Por ello los jóvenes, dada su propensión a



dispersarse, y aquellos que poseen una frágil memoria deben ejercitarla y leer con mayor lentitud que el resto. En cambio, los demás comprobarán que la lectura frecuente de buenos libros les ayuda a desarrollar su razón y a mejorar su gusto: «De manera imperceptible, el genio mejora, el juicio madura, el corazón se forma y, con ello, conseguimos lo esencial» (1765: 48).

En este proceso, la complicidad del lector resulta necesaria para que la lectura cumpla con su propósito. El ideal lectorial se aparta absolutamente de la lectura precipitada propia de los lectores voraces. Esta consiste en leer rápidamente para llegar lo antes posible al final y comenzar un nuevo libro del que tampoco se extraerá conclusión válida alguna. Incluso reconoce Bollioud de Mermet que algunos ni siquiera terminan de leer la obra o incluso se atreven a empezarla por el final (1765: 50). Nada más lejos del comportamiento del lector juicioso que disfruta cuando lee un buen libro y lamenta que se acabe por el temor de no encontrar otro similar. Estos últimos sí logran beneficiarse de lo que la lectura entrena:

¿Qué es al final la lectura? Una conversación secreta en la que el espíritu habla al corazón, donde el genio interroga a la razón y la escucha con docilidad, donde la razón permite que las semillas del genio den su fruto. Es un intercambio de ideas y sentimientos entre el escritor y el lector. Un libro es el intermediario común. Expone los pensamientos del primero y hace aflorar los del segundo. Los libros que dan mucho que pensar son sin excepción los mejores. Además, para extraer un buen provecho con placer, con utilidad, es necesario darse cuenta de lo que se ha leído y aplicarlo sobre uno mismo, reflexionar sobre el contenido y someter la memoria para que sea tributaria del juicio (1765: 52-53).

En este contexto, el placer que la lectura causa debe sentirse como algo transcendente. Recrearse en un libro consiste en plantearse su razón de ser y las pretensiones del autor. A través de la lectura se establece un diálogo con este último, con sus intenciones y con sus ideas, de manera que resulta ser el producto de la operación mecánica de la vista, de la razón que favorece su comprensión y de la discusión subsiguiente con los pensamientos expresados:

¿No resulta satisfactorio poder entregarse durante un tiempo prolongado a lo que se ha recogido y disfrutado en una hora de lectura? Esto extiende el placer. En lugar de quedarse en la superficie de una obra ingeniosa es necesario disfrutar al introducirse en sus principios y meca-

nismos y plantearse qué ha querido decir el autor y cuál era su objetivo y su plan. Si su empeño era encubrirlo, no hay nada más divertido que intentar descifrar su secreto.

¿Existe algo más interesante que leer *Las aventuras de Telémaco*? Todo en ella es atrayente e instructivo. Pero, tras haber admirado la elegancia de su estilo y la solidez de sus principios, no podemos quedarnos ahí y considerar que solo hemos leído una novela. Conviene descubrir bajo la apariencia de una ficción ingeniosa la intención del escritor. El auténtico Mentor quiere formar el corazón de un joven príncipe y que este adquiera todas las virtudes que caracterizan a los grandes reyes.

Esto sucede de igual modo en todos los libros, sobre todo en aquellos que son alegóricos. El método más productivo y satisfactorio que se puede seguir con ellos, sean los que sean, es ponerse en la piel del autor y descubrir los enfoques que plantea, observar qué medios se adoptan para conseguir lo que se propone e interiorizarlos para hablar, con ellos, adoptando sus impresiones, afecciones y sistemas (1765: 56-57).

Sin embargo, en opinión de Bollioud de Mermet, esto puede no resultar suficiente cuando el fin de la lectura es profesionalizante. En este caso, la selección resulta más precisa. La cantidad y la calidad se convierten en los principios fundamentales: la cantidad porque ha de vincularse a aquellos fines a los que se destina y la calidad porque conviene elegir los mejores libros y los más útiles. Así, la calidad afecta a los libros preferidos en cualquier género de literatura y a los que se dirigen a profundizar en aquellos saberes particulares que se desean cultivar (1765: 62). Se parte del convencimiento de que el conocimiento universal es una quimera y, por tanto, de que hay que emplear el tiempo y el trabajo solo en aquella ciencia en la que se desea adquirir cierto grado de sabiduría y perfección. Entonces las lecturas deben planificarse de acuerdo al gusto particular de cada uno, a su genio, sus facultades, su estado y los estudios que se desean adquirir (1765: 63). Para ello lo mejor es contar con el parecer de personas experimentadas que sepan aconsejar qué tratados son los más convenientes en cada materia. Estos libros, que Bollioud de Mermet llama «livres de l'état», han de combinarse con los que debe conocer todo el mundo, a saber, los libros de religión y los de moral. La Escritura Santa encabeza los primeros, a cuyo lado se sitúan las obras de Teología, los escritos de los Padres de la Iglesia y de sus comentadores. Como de estos escritos derivan las buenas costumbres que deben aplicarse en su conducta todos los hombres, esto es, la bondad del hombre y el bien de

la sociedad, conviene leer a los filósofos que pintan fielmente las faltas y errores y muestran sus correctivos (1765: 67-68). A través de ellos, se puede aprender a mejorar interiormente y a ser útil a los demás. Por otra parte, como no se puede leer todo, conviene elegir bien. Ambicionar la generalidad del saber, es inaccesible al ser humano. Al asumirlo, debe ser capaz de entender que las lecturas deben ajustarse a sus capacidades y ocupaciones. El fundamento de un estudio sólido consiste en asumir que la lectura ha de verificarse de forma discreta. Bollioud de Mermet insiste en que no puede retenerse todo lo que se lee y que las ventajas de la lectura desaparecen cuando esta se dispersa. Ha de obedecer a un propósito, realizarse de forma asidua y además debe de fijarse el tiempo de lectura que a cada lector le conviene (1765: 81). Es preferible leer menos, retener lo leído y meditar profundamente después (1765: 84).

Ese cuidado le parece a Bollioud tan difícil de conseguir como la atención que debe mantenerse mientras se lee, a tenor de su insistencia en ambas cuestiones durante el ensayo: «Leer por entretenerse solo es leer, leer para instruirse seriamente, es estudiar» (1765: 85). De ahí que sin aplicación no pueda haber estudio. Cuando así sucede, «nada se pierde, nada se deja escapar» (1765: 87). Es entonces cuando se produce la auténtica comunicación con el autor. Se dialoga con Platón, con Euclides, con Newton. Y es de ese intercambio del que se obtiene el verdadero placer y provecho de la lectura. El autor de un libro se convierte en un maestro que nos instruye, que nos anima a pensar, que aclara las dudas y que, en definitiva, enseña a degustar de los frutos de la lectura (1765: 88-89)<sup>36</sup>. En consecuencia, su esfuerzo reclama la cooperación del lector que debe aportar la predisposición de un espíritu dócil y atento (1765: 89).

Como es lógico, Bollioud de Mermet está pensando en un tipo de autor concreto cuyas enseñanzas resultan imprescindibles para el conjunto de la

36. Esos «frutos de la lectura» se convirtieron en un lugar común que ocasionó la publicación de tratados en los que se extractaban las citas y comentarios que el autor del libro juzgaba útiles para sí mismos y, por ello, trasladaban a otros lectores dirigiendo así tanto la selección de libros, como la búsqueda de los contenidos que debían interesarles. Es el caso de Nicolas Jamin que, tras publicar un *Tratado de la doctrina cristiana*, imprimió *El fruto de mis lecturas*. La edición española de ambos textos está disponible en <https://www.bibliotecalectura18.net/d/verdadero-antidoto-contra-los-malos-libros-de-estos-tiempos-o-tratado-de-la-lectura-christiana> y <https://www.bibliotecalectura18.net/d/el-fruto-de-mis-lecturas-o-maximas-y-sentencias-morales-y-politicas>.



humanidad. Este se caracteriza por su sabiduría pero también por ser un instructor moral, una guía espiritual cuya autoridad resulta incuestionable en los órdenes privado y público:

Este autor es un médico experimentado y empático que conoce las debilidades y las enfermedades del alma. Puede protegerla y curarla de la ignorancia que la deshonra y del error que la seduce. Quiere aplicar óleos y bálsamos de la sabiduría en las heridas más ocultas y profundas del corazón para suavizar las pasiones y purificar los sentimientos. Los antidotos que prepara tienen un potente efecto contra el veneno mortal del hastío y los peligros de la ociosidad. Pero todos los remedios resultan inútiles si no se escuchan las recomendaciones con atención y no se ejecutan de manera precisa.

Es un amigo que reúne todas las características de la auténtica amistad. Con su diligencia y generosidad, solo desea tu bien y que alcances la perfección. Además, es sincero, no oculta nada que te pueda resultar de provecho. Comunica sin ningún tipo de reservas todo lo que piensa. Consuela la amargura de tu dolor y las injurias de la fortuna con ternura y afecto, y alerta de los escollos del placer y la prosperidad. Es discreto y complaciente, nunca resulta una carga. Te atiende en cada momento e incluso consiente los caprichos. Se abandona y se vuelve a él cuando cada cual gusta. Es constante y fiel, nunca cambia; siempre estará ahí, celoso de tu confianza y dispuesto a servir. Se muestra indulgente y desinteresado y entrega todo cuanto posee. Solo aspira a enriquecerte con sus adquisiciones y sus descubrimientos. ¿Qué se puede decir? Se entrega hasta alimentarte de él mismo. Tiende a unirse íntimamente a ti, y te atrae a su vez hacia él. Lo único que pide a cambio es que se empleen con provecho sus dones y que se escuchen sus consejos (1765: 90-91).

El autor es un servidor público y un antidoto que frena los desmanes morales. Pero exige una respuesta que es la conformidad racional con sus planteamientos e ideas fundamentales, sobre todo si estas pertenecen al ámbito de la religión o de la moral (1765: 92). A cambio de mostrar las maravillas del mundo y de la naturaleza, el autor que cumple con las expectativas sociales se erige en un referente cuyas enseñanzas adquieren el valor de doctrina una vez que son compartidas y asumidas racionalmente por el lector. Este resulta convencido de la verdad que sus ideas ocultan y, por tanto, las asume sin discusión posible. Su papel público resulta entonces de gran relevancia. Es un mentor que conduce a la sociedad y a la humanidad en su conjunto por el camino recto del saber y del comportamiento

cívico más ordenado. Seguir sus dictados debe ser la respuesta del lector inteligente que discrimina entre los autores, los libros y los asuntos que transmiten y valora adecuadamente el efecto que sobre sus vidas ocasiona la importancia de dejarse instruir por estos buenos maestros. Pero también sucede que se someten a la crítica de los lectores:

Buscan nuestra estima y aprobación, y temen nuestra indiferencia más que nuestra censura. Al someterse de este modo a nuestra crítica, nos ofrece un nuevo servicio. Su propósito es que ejercitemos nuestro juicio y poner a prueba nuestro gusto, y esta discusión no es el menor fruto de la lectura. Es la vía para desarrollar un buen juicio, para saber proceder con acierto. El método de leer concienzudamente nos habitúa a sentir con sutileza, a distinguir lo excelente de lo mediocre y lo sólido de lo frívolo (1765: 94).

Estas son las ventajas de los buenos libros y de los lectores doctos. Estos últimos, conscientes de la importancia de lo que leen, lo hacen señalando incluso las opiniones que los textos les suscitan:

Su estrategia común consiste en leer, pluma en mano, extraer todo lo que considera bueno y añadir sus comentarios. Esta práctica es muy útil. Ayuda a la memoria, graba profundamente las ideas y, gracias a la lectura, se consigue una huella más profunda en la mente del lector. Incluso esta opción consigue apaciguar las penalidades del estudio. El placer de dejar por escrito los pensamientos que inspira un buen libro, o las observaciones que suscita, compensa con creces la aplicación que exige la lectura (1765: 96-97).

Otra posibilidad, señala Bollioud de Mermet, es la relectura. En vez de perder el tiempo con nuevas lecturas insustanciales, volver a interesarse por libros de incuestionable calidad permite hallar nuevos placeres y descubrir ideas que antes pasaron desapercibidas. Además, considera un buen proceder el compartir con un amigo lo entendido de una obra, comentar pasajes que resulten oscuros e intercambiar opiniones. Para Bollioud este comportamiento favorece el efecto beneficioso de los libros. De hecho, la conversación a propósito de un libro y sobre todo su comentario resultan muy beneficiosos porque multiplica su provecho. Los hombres de letras –afirma– están obligados a transmitir a la sociedad ese conocimiento, es decir, a compartirlo (1765: 100).

A ello se une que la lectura en voz alta puede resaltar los méritos de una obra. Las inflexiones de la voz dan a la obra una suerte de vida que consigue generar sensaciones más favorables y de este modo la lectura deja una huella más profunda. Ahora bien, también alerta de los peligros derivados de la seducción de la voz. El lector hábil puede otorgarle tanta expresividad a un texto que se le atribuya un mérito que no le corresponde. Pero no solo hay que estar prevenido ante estos peligrosos lectores. También Bollioud de Mermet se manifiesta en contra de quienes critican sin mesura:

Pensemos en todos aquellos lectores, jueces incompetentes, a los que seducen los prejuicios, a los que la extrañeza los domina y a los que ciega la ignorancia, pero siempre están dispuestos a opinar sin conocimiento de causa. Cuántos hay que son tan fríos, despectivos e indolentes que nada les altera, tan variables que nada les define, tan irracionales, minuciosos e injustos que nada les puede satisfacer (1765: 103-104).

Al aludir a la crítica, el académico lionés lamenta que haya críticos que censuren sin piedad. Explica que no hay obra perfecta, lo que supone que son muchas las que contienen algo de valor e interés, aun siendo mediocres. Por ello una crítica feroz no contribuye a encontrar la utilidad de los libros. Lo único que consigue es aniquilar sus méritos y soterrar a autores y obras encomiables. El lector debe aprender a encontrar los méritos que un alto número de obras esconden. Y lo argumenta diciendo:

El arte del saber consiste en extraer el bien del mal. El hombre letrado actúa de este modo cuando se enfrenta a una lectura. Entre las plantas saludables nacen también algunas venenosas. Los sabios naturalistas saben distinguirlas (1765: 107).

Según todo ello, hay que evitar los libros no solo malos, sino calificables de peligrosos. Con esta salvedad, existen libros de los que se pueden extraer ideas interesantes y útiles. «La cultura del espíritu se puede comparar siempre con la tierra. Hay que desbrozar, arrancar los espinos y trabajar mucho para recoger los frutos» (1765: 108). No cabe duda de que el conocimiento se adquiere leyendo y que el estilo se perfecciona cuando se conocen ejemplos dignos de imitar. El saber, por su parte, se alcanza cuando se leen autores distintos, se comparan sus ideas y se entienden sus planteamientos. La ciencia avanza gracias a la contribución de los



autores de épocas pasadas por lo que su lectura resulta imprescindible, aunque sea para superar sus propuestas. Es imposible aportar nada nuevo ignorando el saber previo:

Un escritor sensato y que aspire a realizar un buen trabajo escucha el consejo de todos aquellos que han escrito antes que él en el mismo género. Recurre a los autores antiguos y a los modernos, de cuyas ideas nacen las suyas propias. Se corrige cuando observa los errores de los demás. Asimismo, un sinfín de detalles lo empujan a precisar la ayuda de otros. Ya sea para aclarar un punto concreto, para resolver un problema, para constatar un hecho histórico o para comprobar un dato o una cita, no escatima trabajo ni atención para descubrir el objeto de su incertidumbre.

Como no se fía demasiado de las declaraciones inexactas y limitadas que recogen los extractos y los diccionarios, este escritor se remonta a las fuentes que los autores anteriores le indican hasta conseguir los preceptos con los que ansía formarse. Quiere conseguir la información de primera mano; cueste lo que cueste, se adentra en los secretos de los sabios antiguos y consulta con ansia a los autores originales (1765: 113-114).

En este sentido, Bollioud de Mermet especifica que ese trabajo de compilación, comparación, extracción y refundición no constituye un plagio (1765: 115). Después de haber elegido los libros, el trabajo subsiguiente de comprensión y de selección acabará por crear una obra igualmente válida, pues esa lectura intensiva permitirá ahondar en las ideas ajenas para poder aportar las propias. De hecho, el destino de los libros no solo es la instrucción o el placer, sino generar en el hombre el hábito de pensar. Y el pensamiento se gesta a partir de la erudición (1765: 115 y 116).

A tenor de todo ello, nuestro autor aconseja visitar las bibliotecas para encontrarse con los grandes del Parnaso, como él mismo los llama. Su herencia debe ser aprendida y admirada:

No hay ninguna duda: estos libros son oráculos de ciencia y verdad cuyas respuestas hay que respetar y recibir como lecciones propicias para perfeccionar la razón, el ingenio, el estilo y las costumbres. Estos libros son el testamento de los sabios y eruditos que han querido transmitir sus máximas y su conocimiento para la posteridad. Así, hombres admirables, cuyo celo, mérito y talento constituirán por siempre la gloria del saber humano, han legado a los lectores estudiosos los frutos de su trabajo

y de sus desvelos, es decir, todo su aprendizaje y sus descubrimientos (1765: 120).

La lectura es el alimento del alma, el espejo donde el hombre se conoce y mira y la principal causa de la felicidad o, al menos, así lo siente el autor. Bollioud de Mermet anima a entregarse a este placer sin igual al que dedica la siguiente loa:

¡Lectura, alimento de nuestra alma, testigo de nuestra vida, espejo fiel en el que el hombre aprende a conocerse a sí mismo en tanto que objeto verdaderamente digno de su curiosidad y su estudio! Lectura, presente del cielo, placer puro, delicioso, tranquilo y duradero. Goce para todas las edades, todos los estados, accesible, siempre dispuesto y nuevo, que nos acompaña allá donde vayamos y del que nunca nos arrepentimos. Lectura, escuela de la sabiduría, fuente fecunda de doctrina. Tú enriqueces nuestra memoria, embelleces nuestra mente y rectificas nuestro juicio. Eres tú la que nos transmites los preceptos del buen hacer, la que haces germinar los dones de la naturaleza y la que descubres todos los secretos del arte. Nos mantienes en la más amable de las compañías, haces soportable la soledad más oscura y la cautividad más triste. Calmas nuestros pesares y nuestras dificultades (1765: 122-123).

Todas estas reflexiones son obra de un amante de la lectura como lo fue Bollioud de Mermet. Pero también son la consecuencia de su intención educadora con la que desea inculcar el amor por los libros, por un uso instructivo de los mismos y por el aprendizaje de sus ventajas. La lectura no es una actividad neutra, sino que está determinada, por una parte, por unos objetivos culturales y científicos y, por otro, por una finalidad moral que sirve para que los lectores guíen su vida civil por el camino más próximo a la fe o, al menos, a la moral, tanto cuando se comportan como hombres particulares como cuando lo hacen como ciudadanos. De alguna manera, pretende regular, aunque sea por la vía del convencimiento y a veces también del temor, el acceso libre a los libros que permitirá controlar la educación sea desde las academias, desde el púlpito o desde otras instituciones gubernamentales. La libertad de elegir, como la de pensar, se controlan con no poco rigor, aunque traten de vestirlo de un deseo de que se extienda el interés por los libros. Las ideas subversivas, heréticas o inmorales pueden penetrar a través de lecturas inapropiadas de las que hay que alertar al público en general. La condena por parte de

este será tanto más útil como la que pudiera derivarse de la más severa reglamentación.

#### D'ALEMBERT, ROUSSEAU Y VOLTAIRE ANTE LA LECTURA

Como es fácil de entender, los enciclopedistas se interesaron por el libro, la imprenta y la lectura. Los textos de D'Alembert, Rousseau y Voltaire que a continuación se editan coinciden en sus planteamientos con lo que expone Bollioud de Mermet. Sus ideas representan la posición de los ilustrados ante la lectura, el papel de la imprenta y la formación de bibliotecas privadas.

Los tres autores que se incluyen en el apéndice reivindican la importancia de leer de forma selectiva y pausada y, en consecuencia, de entender que la lectura ha de ser un instrumento para el progreso de las ideas y el avance de las ciencias. Por esa razón, la meditación y el intercambio de ideas ha de ser el propósito de los libros y de su adquisición. Disponer de grandes bibliotecas no ha de ser un fin en sí mismo. Las bibliotecas privadas han de organizarse en función del estudio y de los intereses particulares de sus poseedores. Han de servir para conocer a los autores más célebres, para valorar su importancia y para proponer avances intelectuales que den cuenta de la aportación del siglo XVIII a la ciencia y los saberes.

Con mayor o menor ironía, coinciden en reivindicar la función pública del libro, de la lectura ordenada, de las bibliotecas y del lector culto, esto es, aquel que sabe elegir, comprende y transmite el conocimiento que el libro le proporciona. Solo así el libro podrá responder a la definición de la *Encyclopédie Méthodique*:

Escrito compuesto por alguna persona inteligente sobre cualquier asunto de ciencia para la instrucción y el entretenimiento del lector. Se puede también definir como una composición de un hombre de letras hecha para comunicar al público y la posteridad cualquier cosa que ha inventado, visto, experimentado y reflexionado y que debe ser de una extensión lo bastante considerable como para hacer un volumen<sup>37</sup>.

37. «Livres», *Encyclopédie Méthodique. Grammaire et Littérature*, Paris/Liege: Panckoucke/Plomteux, 1784, II, p. 479.



## BIBLIOGRAFÍA

- Ames, James, W. Herbert y Thomas Frognall Dibdin, *Typographical Antiquities or the History of Printing in England, Scotland and Ireland containing the Memoirs of our Ancient Printers*, London: William Miller, 1810, 2 vols.
- Barbier, Frédéric, *Lumières du Nord. Imprimeurs, libraires et «gens du livre» dans le Nord au XVIII<sup>e</sup> siècle (1701-1789)*, Genève: Droz, 2002.
- Basbanes, Nichols A., *A Gentle Madness: Bibliophiles, bibliomanes and the eterna passion for books*, New York: Henry Holt and Company, 1995.
- Baton, *Examen de la lettre de M. Rousseau, sur la musique Française. Dans lequel on expose le plan d'une bonne musique propre à notre langue*, [s. l., s. i., 1754].
- Benedict, Barbara M., «Reading Collections: the Literary Discourse of Eighteenth-Century Libraries», en Ferris, I. y P. Keen, *Booksish Histories. Books, literature and commercial modernity (1700-1900)*, New York: Palgrave MacMillan, 2009, pp. 169-195.
- Birn, Raymond, «De Liège à Paris: la route du livre à l'aube du XVIII<sup>e</sup> siècle», en *Études sur le XVIII<sup>e</sup> siècle: le livre à Liège et à Bruxelles au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Bruxelles: 1987, pp. 11-37.
- Bollioud de Mermet, *Essai sur la lecture*, Amsterdam/Lyon: Pierre Duplain, 1765.
- Bollioud de Mermet, *Crazy Book-Collecting or Bibliomania*, New York: Duprat and co., 1894.
- Bonneval, René de, *Apologie de la musique et des musiciens françois, contre les assertions peu mélodieuses, peu mesurés et mal fondées du Sieur Jean-Jacques Rousseau, ci-devant Citoyen de Genève* [s.i.t. [1754].
- Borrelly, Jean-Alexis, *Discours sur l'émulation, prononcé dans l'assemblée publique de l'Academie royale de gentils-hommes*, Berlin: Decker, 1774.
- Bregnot du Lut et Pericaud, *Biographie lyonnaise. Catalogue des lyonnais dignes de mémoire*, Paris/ Lyon: Techener/Gibert et Brun, 1839.
- Brown, John, *Bibliomania. Reprinted from the North British Review, with Additions*. Edinburg: Edmonston and Douglas, 1867.
- Bruyère, Jean de la, *Caractères ou Les moeurs de ce siècle*. Paris: Michel-Etienne David, 1749-1750.
- Bury, Richard de, *Philobiblon. Tractatus pulcherrimus de amore librorum*, Madrid: Anaya, 1995.
- Chalmers, Alexander, *The General Biographical Dictionary: containing an historical and critical account of the lives and writings of the most eminent persons in every nation*, London: J. Nichols and son and cia., 1812.

- Charvet, E. L. G., *La Société littéraire de Lyon au dix-huitième siècle*, Lyon: Mougin-Rusand, 1879.
- Charléty, Sébastien, *Bibliographie critique de l'histoire de Lyon*, Lyon/ Paris: A. Rey/ A. Picard et fils, 1902.
- Connell, Philip, «Bibliomania, Book Collecting, Cultural Politics and the Rise of Literary Heritage in Romantic Britain», *Representations* 71 (2000), pp. 24-47.
- Contini, G., *Mostra di codici petrarcheschi laurenziani*, Firenze: Olschki, 1974.
- Cranston, Maurice, *Jean-Jacques, The early life and work of Jean-Jacques Rousseau 1712-1754*, Chicago: University of Chicago Press, 1991.
- Crépel, Pierre, «Académies et encyclopédies: l'exemple méconnu d'une académie des sciences à Lyon (173-1758)» *Cahiers of Histoire*, 136 (2017), pp. 33-50.
- Darnton, Robert, *El negocio de la Ilustración: historia editorial de la Encyclopédie (1775-1800)*, México: FCE, 2006.
- David, Louis, dir., *L'Académie des Sciences, Belles Lettres et Arts de Lyon, 1700-2000*, Lyon: Éditions Lyonnaises d'Art et d'Histoire, 2000.
- Delandine, Ant, *Manuscrits de la bibliothèque de Lyon ou Notices sur leur ancienneté, leurs auteurs, les objets, qu'on y a traités, le caractère de leur écriture ...*, Paris/Lyon; Renouard, Schoel, Lenormand/Bibliothèque publique, 1812, 3 vols.
- Descuret, Jean Baptiste F., *La medicina de las pasiones o Las pasiones consideradas con respecto a las enfermedades, las leyes y la religión*, trad. Pedro Felipe Monlau, Barcelona: Juan Oliveres, 1849.
- Dibdin, Thomas Frognall, *Bibliomania or Book Madness: a bibliographical romance in six parts*, London: McCreery, Blackhorse-court. Fleet-street, 1811.
- Dibdin, Thomas Frognall, *The Bibliomania or Book Madness*. Boston: The Bibliophile Society, 1903.
- Disraeli, Isaac, *Curiosities of Literature*, London: J. Murray, 1791, 2 vols.
- Disraeli, Isaac, *Curiosities of Literatur*, London: Frederick Warne and co., 1866 [1791], 2 vols.
- Dumas, Jean Baptiste, *Histoire de l'Académie Royale des Sciences, Belletres-Lettres et Arts de Lyon*, Lyon: Giberton et Brun, 1839-1840, 2 vols.
- Encyclopédie Méthodique. Grammaire et Littérature*, Paris/Liège: Panckoucke y Plomteux, T. II, 1784 y T. III, 1786.
- Ferrand, Nathalie, *Livre et lecture dans les romans français du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris: Presses Universitaires de France, 2002.
- Ferriar, John, *The Bibliomania, an epistle to Richard Heber*, London: T. Cadell y W. Davies, 1809.
- Ferris, Ina, *Book-men, Book Clubs and the Romantic Literary Sphere*, London: Palgrave MacMillan, 2015.
- Fontaine, Jean-Paul, «Le cas Boulard, bibliophilie ou bibliomanie?», *Magazine du bibliophile*, 44 (2005).

- Formey, Mr., *Conseils pour former une bibliothèque peu nombreuse mais choisie*, Berlin: Haude y J. C. Spencer, 1750<sup>2</sup>.
- Grosclaude, Pierre, *La vie intellectuelle à Lyon dans la deuxième moitié du XVIII<sup>e</sup> siècle: contribution à l'histoire littéraire de la province*, A. Picard, 1933.
- Holbrook Jakson, George, *The Anatomy of Bibliomania*, Chicago: University of Illinois Press, 2001, 2 vols.
- Keen, Paul, *Literature, Commerce and the Spectacle of Modernity, 1750-1800*, Cambridge: Cambridge University Press, 2012.
- Kenny, Neil, «Books in Space and Time: Bibliomania and Early Modern Histories of Learning and Literature un France», *Modern Language Quarterly*, 61.2 (2000), pp. 253-286.
- L'Aminot, Tanguy, *Jean-Jacques Rousseau et la lecture*, Oxford: Voltaire Foundation, 1999.
- London, April, «Isaac D'Israeli and Literary History: Opinion, Anecdote and Secret History in the Early Ninetheenth Century», *Poetics Today*, 26/3, pp. 351-386.
- Luciano, *El bibliomano ignorante*, Madrid: Errata Naturae, 2009.
- Luzán, Ignacio de, *Memorias literarias de París, en Obras raras y desconocidas. IV*, ed. Guillermo Carnero, Zaragoza: Prensas universitarias, 2009.
- Marmontel, François, *Essai sur les romans* (1787), en *Œuvres de Marmontel*, Paris: A. Belin, 1819, III, pp. 558-596.
- Mayer Brown, Howard, «Emulation, competition and homage: Imitation and theories of imitation in the Renaissance», *Journal of the American Musicological Society*, 35 (1982), pp. 1-48.
- Metz, Bernhard, «Bibliomania and the folly of Reading», *Comparative Critical Studies*, 5/ 2-3 (2008), pp. 249-269.
- Miquel, María Antonia de, «La bibliomanía en Francia», *Trama & Texturas*, 30 (2016), pp. 11-22.
- Nodier, Carlos, *El bibliomano y subasta de mi biblioteca de Octavio Uzanne*, trad. María Brey, Valencia: Castalia, 1948 [1831].
- Peignot, Guy, *Dictionnaire raisonné de Bibliologie*, Paris: Renouard, 1802, T. I.
- Petrucci, Armando, *Libros, escrituras y bibliotecas*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2011.
- Pigman, George W., «Versions of imitation in the Renaissance», *Renaissance Quarterly*, 33/1 (1980), pp. 1-32.
- Prieto Bernabé, José Manuel, *Lectura y lectores: la cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1659)*, Cáceres: Editora Regional de Extremadura, 2004, 2 vols.
- Prieto Bernabé, José Manuel, *La seducción de papel: el libro y la lectura en la España del Siglo de Oro*, Madrid: Arco Libros, 2000.



- Raven, James, «Debating Bibliomania and the Collection of Books in the Eighteenth Century», *Library and Information History* 29.3 (2013), pp. 196-209.
- Reveillé-Parise, J. H., *Lettres de Gui Patin, nouvelle édition augmentée de lettres inédites, précédée d'une notice bibliographique*, Paris: J. B. Baillière, 1846, T. XII.
- Rodríguez Sánchez de León, María José, «La bibliomanía y otros males de la lectura en el siglo XVIII», *Dieciocho. Spanish Enlightenment*, 2021, Anejo 8, pp. 103-123.
- Rodríguez Sánchez de León, María José, «Contra la pasión de leer: la homilía sobre la lectura de libros prohibidos». En *El libro y sus circunstancias*, ed. Mariano de la Campa *et alii*. Madrid: Iberamericana/Vervuert, 2019, pp. 297-315.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Dissertation sur la musique moderne*, Paris: G. F. Quillau, 1743.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Escritos sobre música*, ed. A. Ferer y M. Hamerlinck, València: Universidad de València, 2007.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Esprit, maximes et principes*, Neuchatel: Libraires Associés, 1764.
- Sánchez Mariana, Manuel, *Bibliófilos españoles. Desde sus orígenes hasta los albores del siglo xx*, Madrid: Biblioteca Nacional, 1993.
- Sanz Hermida, Jacobo, «La bibliomanía o la librería del ignorante», en *L'Écrit dans l'Espagne du Siècle d'Or*, Paris/Salamanca: La Sorbonne/Universidad de Salamanca, 1998, pp. 305-318.
- Séneca, *Consolaciones. Diálogos, Apocoloncintosis. Epístolas morales a Lucilio*, intr. Juan Manuel Díez Torres, Madrid: Gredos, 2013.
- Somner Merryweather, Frederich, *Bibliomania in the Middle Ages*, New York: Meyer Brothers & Company, 1900.
- Tsien, Jennifer, *The Bad Taste of Others. Judging Literary Value in Eighteenth-Century France*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2012.
- Vindel, Francisco, *Los bibliófilos y sus bibliotecas desde la introducción de la imprenta hasta nuestros días*, Madrid: Góngora, 1934.
- Vingtrinier, Aimé, *Histoire desde Journaux de Lyon depuis leur origine jusqu'a nos jours. Première partir de 1677 a 1814*, Lyon: Auguste Brun et Leon Boitel, 1852.
- Zimmerman, Kurt W., *The heroic age. Dibdin, Heber, and Bibliomania or book madness*, 2020.

## LA BIBLIOMANÍA





---

## PRÓLOGO

**N**O EXISTE NADA MÁS COMPLICADO QUE OBSERVAR LAS REGLAS DE LA moderación y la sobriedad en el hábito de las cosas, incluso de las más legítimas. Así lo señala la filosofía: *Ne quid nimis*<sup>1</sup>; de todas las máximas es la que el hombre lleva menos a la práctica.

En cuanto este sacia sus necesidades básicas tiende imperceptiblemente a conseguir una abundancia placentera y, en poco tiempo, lleva su ambición hasta lo superfluo. Todo acelera su avaricia, pero nada sacia sus deseos. Acumula todos los objetos, agota el género, refina todos los gustos sin quedar satisfecho.

De esta insaciabilidad que aviva el más mínimo beneficio, de esta instancia que no frena ninguna propiedad, nacen los diversos abusos que imperan en el mundo.

Corresponde a los filósofos moralistas el tratar los asuntos serios e importantes en esta materia. Centremos el objetivo de nuestras reflexiones y restrinjámoslas a los límites de un ejercicio académico para abordar un exceso que, desde su mismo origen, ha penetrado en la República de las Letras.

Este exceso podría considerarse más como algo ridículo que como un vicio, pero basta que le sigan la vanidad, el lujo y la frivolidad para temer que nos lleve a consecuencias más peligrosas. Si lo consideramos desde

1. (*Nota del autor*) *Μηδέν άγαν*, Diógenes Laercio, *Solón*; Estobeo, *Sermón 3*. La locución significa literalmente «nada en demasía» y, según aclara el *DRAE*, suele utilizarse para «aconsejar moderación y sobriedad en todo».

todos los ángulos, será fácil acordar que conviene reprimirlo mediante medidas equitativas.

Desde hace mucho tiempo se dice que se abusa de todo, especialmente de aquello que es mejor: *corruptio optimi pessima*<sup>2</sup>. La literatura no se encuentra exenta de este desorden. El estudio que ilumina y que corrige el espíritu humano no queda protegido de las peculiaridades de las que es susceptible. ¿Quién podría creer que la lectura, el medio más acertado para nutrir el alma y formar las costumbres, solo logra producir, con muy poca frecuencia y de manera tenue, estos efectos felices y que, al mismo tiempo, el placer hacia los buenos libros, tan noble y útil cuando se usa con juicio, puede degenerar en una afección desordenada y convertirse en un objeto de una pasión fantasiosa?

Este abuso es, no obstante, muy real y muy común. Nunca se han visto tantos libros de todos los tipos y formas y jamás hemos encontrado tan pocos lectores para los que el estudio serio y la instrucción sólida sean el verdadero propósito. En este mundo solo se lee por mero entretenimiento. La lectura, destinada a servir de preservativo contra la ignorancia y el error es, a lo sumo, un antídoto contra el aburrimiento.

Hemos pervertido completamente el uso de los libros que esos monumentos de la sabia antigüedad, esas preciosas recopilaciones de las obras del genio antaño consagradas a perpetuar los verdaderos principios de las ciencias, a inspirar el buen gusto de las letras, a facilitar el trabajo, a guiar el buen juicio, a ejercitar la memoria, a conseguir que surjan el talento y la virtud, no son ahora más que artículos de pura curiosidad que compramos por altas sumas, que mostramos con ostentación y que conservamos sin obtener de ellos ninguna utilidad.

Vemos a hombres incapaces de abandonarse a una lectura constante y meditada, a hombres a los que las limitaciones de su educación han privado de los beneficios del estudio, a quienes sus empleos les quitan incluso el ocio y el gusto, pero que se dedican a formar bibliotecas.

Otros, más capaces de utilizar los libros, amontonan volúmenes de todos los géneros, en cantidades que sobrepasan lo necesario y los límites de sus conocimientos.

Algunos, no contentos con aumentar inútilmente el número de libros, se afanan por reunir aquellos que son preparados con sumo cuidado y

2. «La corrupción de lo mejor es lo peor», San Jerónimo, D. 463, G. 497.

que son más raros, sin desmoralizarse por las dificultades de la búsqueda ni por la carestía del precio.

Otros, finalmente, conciben el singular proyecto de recopilar todas las obras compuestas en un género bizarro y en ocasiones disoluto.

Resulta sencillo advertir en cada uno de estos gustos una especie de capricho desmesurado, una enfermedad que presenta síntomas particulares, con sus episodios, sus complicaciones, sus delirios y sus riesgos<sup>3</sup>.

En efecto, tener colecciones de libros con la incapacidad o falta de voluntad de leerlos y estudiarlos es una extraña manía y una ciega ostentación. Acumular montones de volúmenes sin necesidad, sin juicio, es una inutilidad absurda y una superfluidad vana. Juntar todos los libros que apreciamos por su rareza, por la belleza singular de sus ediciones o por la magnificencia de su encuadernación, es un exceso de lujo, un amor pervertido por lo maravilloso y una prodigalidad ruinosa. Preferir finalmente los libros cuyo único mérito reside en la singularidad grotesca de las materias que encierran o que no poseen otra cualidad que la de ser perniciosos para las buenas costumbres y contrarios a los principios de la religión es una extravagancia, un capricho, una excentricidad del espíritu y un libertinaje.

Los detalles del examen siguiente dejarán en evidencia todos estos excesos. Nos permitirán ver claramente que el error en este asunto consiste sobre todo en no saber elegir de forma adecuada ni darles un buen uso a los libros.

3. Sobre la idea de la bibliomanía como una enfermedad, véase lo comentado en la «Introducción».





---

## PRIMERA PARTE

**D**IOS NO QUIERA QUE AL QUERER DEFINIR ESTE GUSTO INCORRECTO Y describirlo mediante sus rasgos característicos ponga en riesgo el progreso del estudio, los buenos resultados de la lectura y de la emulación<sup>4</sup>, el deseo loable de aprender e instruirse, la debida estima de los libros buenos, el talento de conocerlos, de combinarlos, el cuidado de conservarlos y el tan ingenioso como admirable arte de la impresión, que ha alcanzado un alto nivel de perfección.

Combatir los abusos lleva a ensalzar los méritos de aquello de lo que abusamos; es vengar su excelencia de las imprudencias temerarias de todo aquel que ose envilecerlo o desnaturalizarlo. Desde este punto de vista, propongo tratar aquí de la bibliomanía y desvelar sus diferentes características.

Lo primero que se presta a la crítica y daña la recta razón es el hombre iletrado, sin talento, cuyo único fin es hacer alarde de una colección de libros que su incapacidad convierte en objetos inútiles. Centremos la mirada en este propósito tan extraordinario por su singularidad. Reivindiquemos, por el honor de la literatura, estos tesoros de erudición que algunas manos profanas no dejan de reunir sin conocer ni su valor ni su uso.

¿No vemos a diario cómo personas incapaces de aplicarse, privadas de cualquier conocimiento, adquieren nutridas bibliotecas, expuestas en sus casas, hecho que demuestra que cuentan con bastante menos sentido que dinero, y que jamás podrá la abundancia de las riquezas colmar los

4. Recuérdese que Bollioud de Mermet es autor de un *Discurso sobre la emulación*. Véase «Introducción».

vacíos de la ignorancia? No intento comenzar aquí un combate contra una quimera, sino mostrar una extravagancia muy real de la que los ejemplos son demasiado comunes.

Un escritor del siglo XIV señalaba que los aficionados ignorantes creen saber lo que contienen los libros<sup>5</sup>. Si se habla en su presencia de alguna obra de pensamiento, se apresuran a anunciar que la tienen en su poder. Como si fuera lo mismo contar con un libro en sus dependencias que tener su contenido tanto en la cabeza como en la memoria.

Se jactan de haber adquirido una cantidad prodigiosa de volúmenes. Preferiría que estuvieran dotados de genio, de talento y de erudición y, lo que es incluso más necesario, de sentido común, de inocencia y de virtudes. Pero todos estos rasgos no son venales, como los libros, y si se pudieran vender no sé si se presentarían muchos compradores<sup>6</sup>. No manifestamos ninguna curiosidad por el conocimiento ni por la sabiduría, solo queremos fijarnos en su apariencia y su superficie<sup>7</sup>.

Es, en realidad, una inutilidad asombrosa, un error singular aspirar a los honores de la erudición mediante un conjunto desordenado de libros de los que no podemos prometer su aprovechamiento ni su uso. ¿No diríamos al ver a estos bibliómanos iletrados que les basta con comprar la mercancía de una librería para disfrutar del título fastuoso de hombres sabios? ¿Será el público el objetivo del engaño de esta suerte de usurpación?

No, sabemos con certeza que la ayuda de las musas no se suele encontrar en los mismos lugares que los favores de Pluto. La gente de letras, demasiado acostumbrada a la injusticia de esta incompatibilidad, cuenta al menos con el consuelo de saber que la ciega fortuna, todopoderosa en este

5. Alusión a Petrarca. Véase n. 25 de la «Introducción».

6. (Nota del autor) *Sunt qui quidquid in libris scriptum domi habent, nosse sibi videntur, cumque ulla de re mentio incidit: «Hic liber, inveniunt, in armario meo est»; hoc tantum, idque sufficere opinantes, ut simul in pectore sit. Elato supercilio conticescunt, ridiculum genus... Calle alio niti oportet, ut ex libris gloriam quaeras, non habendi sed noscendi, nec bibliothecae sed memoriae committendi, cerebroque non armario concludendi. Alioqui vel librario publico vel armario ipsi gloriosior nemo erit. Libris affluunt: quam malle ingenio, eloquentia, doctrina, multoque maxime innocentia et virtute! sed haec venalia non habentur, ut libri; et si haberentur, nescio an emptores totidem reperturi sint quot libri*, F. Petrarca, «De librorum copia», diálogo, 43.

7. (Nota del autor) *Sunt namque qui scire volunt eo fine tantum, ut sciatur et turpis curiositas est. Et sunt qui scire volunt, ut saciantur ipsi, et turpis vanitas est*, San Bernardo, *Sermones super cantica canticorum*, 36, lín. 25-27 [*Quod scientia litterarum sit bona ad instructionem, sed scientia propriae infirmitatis sit utilior ad salutem*].



mundo, no puede recompensar con el don del conocimiento a aquellos a los que beneficia, ni negárselo a los que desfavorece. Si la abundancia de las riquezas fuera el único medio de llegar a ser docto y virtuoso, ciertamente los ricos superarían al resto en conocimiento y probidad. No obstante, la experiencia nos hace ver casi siempre lo contrario<sup>8</sup>.

Por tanto, los ejemplares se acumularán en vano. Este lujo literario no tiene nada de imponente más que para el vulgo. Solo sirve para hacer despreciables a aquellos a quienes les afecte. El medio más certero de alcanzar importancia gracias a los libros no es teniéndolos, sino conociéndolos y leyéndolos con provecho. De otro modo, ¿qué honra tendría llevar a casa un montón de libros y guardarlos materialmente como ya lo hacían los estantes del armario en los que se exhibían<sup>9</sup>?

Me gustaría mucho ver a un ciego de nacimiento proponerse reunir una colección de cuadros y pretender que lo considere un experto en pintura. ¿Qué pensaríamos de alguien que, sin ser músico ni pretenderlo, llenara las habitaciones de su casa con todos los instrumentos musicales y la convirtiera en la morada de un lutier? Esta imagen, tan ridícula como parece, no está forzada ni es nueva. En otro tiempo, Ausonio se sirvió de ella para burlarse de un hombre ignorante poseído por una pasión loca por los libros. Le dedicó con burla este epigrama:

*Emptis quod libris tibi bibliotheca referta est,  
Doctum et grammaticum te, Philomuse, putas.  
Hoc genere et chordas, et plectra et barbata conde:  
Omnia mercatus, cras cytharædus eris* (Ausonio, Epig. 44).

Es un espectáculo cómico ver a un bibliómano, dueño de su tiempo y su dinero, que, para entretenerse en su ociosidad y conseguir liberarse del cansancio de no hacer ni saber nada, se busca un lugar en las librerías, pasea su displicencia de una tienda a otra, asiste diariamente a la venta de libros, los examina todos sin quizá conocer ninguno y puja, no como un aficionado inteligente, sino como un hombre rico, dispuesto a comprar

8. (Nota del autor) *At profecto si librorum copia doctos faceret aut bonos, doctissimi omnium atque optimi saepe esse possent qui ditissimi, cuius saepe contrarium videmus*, F. Petrarca, «De librorum copia», diálogo. 43.

9. (Nota del autor) *Calle alio niti oportet, ut ex libris gloriam quæras; non habendi, sed noscendi, nec bibliotheca, sed memoria committendi, cerebroque, non armario concludendi. Alioqui vel librario publico vel armario ipso gloriosior nemo erit*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo. 43.

a peso de oro ejemplares con los que no tiene nada que hacer, al mismo tiempo que imposibilita la adquisición a un entendido que lo necesita. De vuelta a casa, este ávido e insaciable pujador procura los mejores cuidados al buscar un lugar a los libros nuevos: quizá sea la última vez que los toca.

Si estos libros pudieran hablar tan fácilmente como presentan ante la mirada los signos de la palabra, ¿qué quejas no nos transmitirían sobre su destino? ¿De cuántos lamentos darían testimonio al quedar condenados durante tanto tiempo a una inutilidad tan odiosa, a esta esclavitud violenta y vergonzosa? Esta era la opinión de Petrarca. Dedicaba las siguientes palabras a uno de estos poseedores tiránicos y ciegos:

*Egregios multos in vinculis tenes libros, qui si forsitan eruperent et loqui possent, ad iudicium te privati carceris evocarent. Nunc flent taciti multa quidem, nominatim illud, quod persape unus iners affluit avarus, quibus egent studiosi*<sup>10</sup>.

Si la envidia puede tener un tema legítimo lo encontramos sin duda en el caso que nos ocupa. ¡Montones de personas letradas a quienes la fortuna niega los medios para procurarse los libros necesarios! ¡Y cuántos ricos, por otra parte, que los compran sin conocimiento y los guardan sin necesitarlos! Son como Tántalo, que no puede saciar su sed en mitad de las aguas, como avaros que amasan un tesoro del que no saben disfrutar, como ciegos que buscan objetos cuya visión les está prohibida.

Se cuenta que Luis XI, rey de Francia, al descubrir que un hombre iletrado se había hecho con una curiosa y amplia biblioteca, dijo:

He aquí el auténtico retrato de un jorobado, que carga a sus espaldas un bulto superfluo, y sobre el que está fuera de lugar fijar la vista<sup>11</sup>.

Este ridículo, fácilmente detectable y censurable en los demás, queda totalmente ignorado por aquellos a los que les afecta, como ocurre con cualquier otro exceso de la humanidad. El hombre iletrado se cree honrado por aquello que lo ridiculiza; muestra a los curiosos con ostentación la colección literaria que posee. Pareciera que le gustase enseñar a las musas cautivas bajo su dominación ciega. Pero cuanto más las tiene sometidas, menos se digna a cultivarlas.

10. (Nota del autor) F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo, 43.

11. (Nota del autor) *Hic gibboso comparandus, qui cum gibbi onus in dorso ferat, nunquam tamen illud intuetur*, Ægidius Corozetus, *Dictis Memor*.

Un entendido, al visitar la biblioteca de una comunidad religiosa que nunca se utilizaba, observó que todos los libros estaban sujetos por una pequeña cadena de hierro. Con la sorpresa de esta novedad les recitó estos versos:

*Haud secus ac duro fugitivos carcere servat,  
Vestra catenatos bibliotheca libros.  
Quid mirum, si nulla viget doctrina, colendi  
Doctrina auctores hic ubi vincla gerunt?*<sup>12</sup>

Si no es un motivo de vanidad el que lleva a reunir de este modo libros poco necesarios, ¿se hará con la intención de decorar las estancias? ¿Desde cuándo estos protocolos del conocimiento se han hecho para ponerlos en los muebles? ¿No supone esto invertir el orden de las cosas y alterar el fin de aquellas más valiosas y útiles? Con todo, estos trastornos no son raros en el mundo<sup>13</sup>.

Aquel que por el comercio o mediante el uso de sus finanzas ha creado una fortuna considerable, después de conseguir, a fuerza de dinero, el beneficio de convertirse en noble, quiere además parecer un hombre aficionado a todo. Libros, pinturas, estampas, jarrones preciosos, jardines cuidados, gabinetes de historia natural, colecciones de medallas; nada escapa a su curiosidad, todo parece ser de su dominio. Pero al mismo tiempo se advierte perfectamente, por su honor, que únicamente cuenta con el valor de su riqueza para poseer todas esas cosas.

M. de La Bruyère, para el que la expresión de las distinciones no contaba nada, no lo pasó por alto. Escuchémosle en la narración que hace sobre este tema:

Un hombre –dijo– me comunica en la conversación que tiene una biblioteca. Quise verla. Me dirijo al encuentro de este hombre, que me recibe en una casa en la que, desde las escaleras, pierdo el sentido con el olor a cordobán negro que cubre todos los libros. Para reanimarme me grita al oído que los libros tienen hojas con el corte dorado, que están

12. Se refiere al sabio humanista Gregorius Sabinus (Schüler) de Branderburgo que escribió este satírico epigrama.

13. (Nota del autor) *Ut quidam disciplina, sic et alii voluptati et jactantiae libros quaerunt. Sunt qui hac parte supellectilis exornant thalamos, quae animis exornandis inventa est; neque aliter his utuntur quam corinthiis vasis, aut tabulis pictis, ac statuis*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo. 43.



adornados con filetes dorados de muy buena edición, me nombra los mejores uno tras otro, me dice que la galería está llena, que en algunos lugares están pintados de modo que parece que haya auténticos libros colocados en los estantes, a modo de trampantojo. Añade que no lee nunca, que nunca va a esa galería, que viene para contentarme. Le agradezco su atención y no quiero, o no más que él mismo, visitar la curtiduría que llama su biblioteca<sup>14</sup>.

No hay que extrañarse si vemos a hombres de este temple comprar libros a bulto, sin distinguir su calidad ni su contenido, sino con la única intención de vestir estantes y llenar los huecos de los armarios de un salón. Como si estos inestimables depósitos de conocimiento, destinados a alimentar el espíritu, no merecieran ser diferenciados de aquello puramente material; como si una biblioteca fuese un tapiz.

Estos abusos se daban ya en la época de Séneca:

¿Cómo perdonar esta ostentación —pregunta el filósofo— a personas privadas de los elementos básicos del saber humano, que ponen al servicio de la decoración de sus casas lo que es apropiado para instruir el alma y enriquecer el espíritu; que colocan entre las más viles piezas de mobiliario lo que debería estar reservado a amueblar la memoria e iluminar la razón; que reúnen obras de autores griegos y latinos sin conocer estas lenguas ni todo lo que contienen estos escritos; que, incapaces de extraer las profundas ideas que atesoran los libros, se recrean con el placer extraño de ver el lomo y los títulos dorados y todos los volúmenes ordenados con cuidado y simetría?<sup>15</sup>

14. Jean de la Bruyère, « De la Mode », *Caractères ou Les mœurs de ce siècle*. El párrafo comienza así: « Pero cuando apunta que los libros enseñan más que los viajes y me hace entender con su explicación que tiene... » (II, p. 174).

15. (Nota del autor) [...] *Plerisque ignaris etiam servilium litterarum libri non studiorum instrumenta, sed canationum ornamenta sunt. [...] Quid habes cur ignoscas homini armaria citro atque ebore captanti, corpora conquirenti aut ignotorum auctorum aut improbatorum, et inter tot millia librorum oscitanti, cui voluminum suorum frontes maxime placent titulique? Apud desidiosissimos ergo videbis quidquid orationum historiarumque est, tecto tenus exstructa loculamenta, iam enim inter balnearia et thermas bibliotheca quoque ut necessarium domus ornamentum expolitur. Ignoscerem plane, si studiorum nimia cupidine erraretur: nunc ista conquisita et cum imaginibus suis descripta sacrorum opera ingeniorum in speciem et cultum parietum comparantur*, Séneca, *De tranquillitate animi*, 9, 4-5 y *Qui divite gaudent librorum supellectile, atque illorum magis fruuntur spectaculo quam studio, similes videntur pueris quibus totas noctes lampades ardent, sed parum advigilant*, Jérémié de Dryvère, *Apophthegmata*, 124.

¿Qué podemos añadir a tales imágenes, si no es el barniz del ridículo que les corresponde a todos los falsos expertos que se vanaglorian de ser lo que no son y de apreciar lo que desconocen? Un epigrama griego añade además otro rasgo que la noble y austera delicadeza de nuestra lengua no me permite expresar<sup>16</sup>.

Pero si de estas colecciones de libros ridículamente destinadas a la ostentación pasamos a las que se encuentran con mayor decoro en los despachos de nuestros literatos, encontramos otros desórdenes ante nuestros ojos. Encontraremos ejemplares repetidos en vano. Una rareza de superfluidad extraña que también podemos reprochar a los estudiosos y auténticos conocedores en la materia.

16. *(Nota del autor)* Κτήσαμένος βιβλιῶν, χ'οὐχ ἀναγνῶναι οἶος τε / Τὶ ποτε πράγμ' ἐστὶ, πρὸς λῦραν ἔστιν ὄνος. *(Nota de la editora)* Es la fábula de Fedro, *El asno y la lira* cuya traducción sería: Un asno vio una lira tirada en un prado. Se acercó y con su pezuña tocó repetidamente las cuerdas; estas sonaron. «Bella cosa es; pero, por Hércules, me salió mal», dijo, «porque soy ignorante del arte. Si alguien más hábil la hubiese hallado, hubiera deleitado los oídos con cantos divinos».





---

## SEGUNDA PARTE

CUANDO ME ALZO EN CONTRA DEL EXCESO DE ACUMULAR LIBROS EN ningún momento pienso en las bibliotecas de príncipes, ni en las públicas, ni en las que pertenecen a amplias comunidades. Esta es la excepción. Lo que da la gloria a los reyes es a menudo una locura para los súbditos. No hay nada más honorable para los soberanos que este tipo de posición, ni nada más adecuado para distinguir su celo por el bien público y su magnificencia.

Del mismo modo, es conveniente que en las comunidades compuestas por hombres muy diferentes debido a sus conocimientos o sus caracteres cuenten con amplias colecciones de libros de todas las clases. ¡Qué mejor recurso para el progreso de las ciencias que estos santuarios de literatura cuando las puertas se abren a todos los que reúnen un talento natural para el gusto del estudio y el amor por el trabajo y solo necesitan la influencia favorable de la fortuna para que fructifiquen estas dichosas semillas! En estos refugios literarios la abundancia deja de ser un mal y la multiplicidad resulta necesaria. ¡Cuántos reyes han quedado inmortalizados por las bibliotecas que fundaron!

Ramsés II, faraón egipcio, construyó la primera mencionada en los antiguos anales. Hizo que le pusieran la siguiente inscripción en letras grandes:

Ψυχῆς ἰατρεῖον, *boc est, medica anima officina*<sup>17</sup>.

17. (Nota del autor) Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, libr. I.

Tolomeo II Filadelfo fundó una en la ciudad de Alejandría a cargo de Demetrio de Falereo que llegó a albergar 700.000 ejemplares, según los informes de diversos historiadores. La mayor parte se perdió en un incendio durante la guerra de Julio César contra los hijos de Pompeyo<sup>18</sup>. Pisístrato, tirano de Atenas, instauró también una biblioteca de gran relevancia que hizo pública<sup>19</sup>.

La primera que hubo en Roma llegó de la mano de Lucio Emilio Paulo. Plutarco observa que este gran capitán que venció a Perseo, rey de Macedonia, despreció los tesoros que la victoria le concedía, pero no desdeñó el botín de libros que este príncipe poseía<sup>20</sup>.

Lucio Licinio Lúculo, famoso romano que osó igualarse a los reyes por sus riquezas, sus lujos y su generosidad, se ennoblecó con la fundación de una biblioteca que abrió para los ciudadanos y los extranjeros. A ella acudían en masa y acogió una especie de academia<sup>21</sup>.

Se sabe que las bibliotecas del Vaticano y del Louvre son actualmente las más conocidas y antiguas que existen en el mundo. Los príncipes y los grandes señores se han disputado la gloria de consagrar estos monumentos de la literatura a la utilidad pública. París ofrece magníficos ejemplos de ello. Esta gran ciudad adquiere parte de su brillo gracias a las diferentes bibliotecas que tiene en su recinto, a las que cualquiera puede acceder<sup>22</sup>.

Pero esta generosa magnificencia, tan digna de la grandeza de nuestros reyes, tan honorable para las comunidades que les han imitado, no es factible para los particulares comunes. El número de libros necesarios para cada ciudadano es limitado. Todo lo que vaya más allá es superfluo o demasiado ambicioso.

No hay nadie que pueda aprenderlo todo, ni asegurar que lo sabe todo. ¿Dónde podríamos encontrar un hombre versado por igual en todas las materias del conocimiento? La Providencia reparte sus dones. Depende de su sabiduría dispensar razonablemente los talentos y distribuir a cada

18. (Nota del autor) Josefo, *Antigüedades judaicas*, libr. x, cap. 2.

19. (Nota del autor) Aulo Gelio, *Noctes atticae*, libr. vi, cap. 17.

20. (Nota del autor) Plutarco, *Æmilius Paulus*, libr. i.

21. (Nota del autor) M. Tulio Cicerón, *De finibus*, libr. iii, cap. 7.

22. Ignacio de Luzán en sus *Memorias literarias de París* dedica a las bibliotecas parisinas el capítulo xxix. Véase la edición de Guillermo Carnero en *Obras raras y desconocidas. IV*, Zaragoza: Larumbe, 2009, pp. 353-359. El original puede consultarse en <https://www.biblioteclectura18.net/d/memorias-literarias-de-paris>.

persona una parte para que los hombres dependan unos de otros; para mantener el comercio de la sociedad mediante esta subordinación recíproca; para impedir que el sabio y el filósofo se basten a sí mismos y que se complazcan en su propia esfera, y para que no se fíen demasiado de sus ideas y opiniones.

De acuerdo con este plan, a algunos se les permitió penetrar en los secretos de la naturaleza, medir su amplitud, excavar en los abismos de la tierra y los mares, levantarse hasta considerar el ritmo y el destino de los cuerpos celestes, aplicar fuerzas mecánicas con fines útiles e interesantes; o de conocer la estructura del cuerpo humano, restablecer el orden entre las partes líquidas y sólidas a través de medicamentos y la cirugía; o estudiar las leyes, las reglas de la vida civil, los derechos y deberes de la sociedad; o pensar sobre el hombre intelectual, analizar su ser, la naturaleza de su alma, sus pasiones y todos los motivos que le empujan a actuar, ya sea en lo moral o en la política.

Otros, cuya inteligencia está destinada a funciones más nobles, ascienden en una carrera sublime al conocimiento del Autor del universo, no solo para admirarlo en su obra, sino para considerarlo en sí mismo, en sus atributos inmortales y en su perfección infinita.

Algunos cuentan con la destreza de la escritura y el arte de la oratoria; la ventaja de dominar el alma, de cautivar el corazón con la magia de la elocuencia o de la poesía. Estos se entregan al estudio de las lenguas, son ciudadanos de cualquier época y de cualquier país, recorren con paso ágil y firme la carrera inmensa de la historia: sus investigaciones críticas ponen la antigüedad a nuestra disposición. Finalmente, un último grupo cultiva las artes útiles y bellas. Ambas tienen el mismo origen, pero se dividen en diferentes ramas. Para dominar cada una son necesarios muchos talentos diferentes.

La literatura es una república en la que cada uno cumple su función. Se puede elegir libremente la más análoga con el gusto natural, el genio y la educación que se ha recibido. No obstante, una vez hecha la elección hay que seguir el rumbo si se pretende tener éxito. El que quiera saberlo todo y abarcar todos los campos del saber sucumbirá en su empeño y será incapaz de servir a la sociedad en ninguna parte, ya que al abordar superficialmente muchos campos no conseguirá profundizar en ninguno.

¿De qué le sirve entonces a un particular reunir colecciones completas sobre todas las disciplinas si la parte de la que puede disfrutar es muy limitada? Me gusta descubrir los talentos de un hombre inspeccionando



sus libros. Nada parece más fuera de contexto que un tratado de Teología en casa de un geómetra o un volumen de principios físicos en la de un orador. Esta multiplicidad, esta confusión de temas, divide la atención demasiado, sobrecarga la memoria sin enriquecerla, deslumbra la razón en lugar de iluminarla, nubla el progreso del estudio y desbarata el plan que se había trazado<sup>23</sup>.

Dado que no es posible leer todos los libros que podemos tener, es necesario limitarse a una cantidad para la que tengamos tiempo. *Cum legere non possis quantum habueris, sat est habere quantum legas*<sup>24</sup>. No es la cantidad de libros acumulada la que hace al sabio, es la calidad bien elegida<sup>25</sup>.

Alguien dijo: «Guardaos de disputar con el hombre de un solo libro: *Cave ab homine unius libri*»<sup>26</sup>. Se ha alimentado de su contenido tanto, lo ha asimilado hasta tal punto, que ahora es un rival formidable para aquellos que quieran argüir contra él sobre este tema.

Al contrario, el que haya leído un poco de todo, haya experimentado diferentes ciencias y haya probado de diversos jugos no se habrá alimentado bien, algo que podrá agotar sus fuerzas en lugar de aumentarlas. Del mismo modo que una lectura sabiamente regida conduce a la instrucción, aquella mal concebida y demasiado variada lleva a la depravación del espíritu. El alma fatigada por la complicación de las ideas experimenta, igual que un estómago demasiado lleno, cierto hastío más dañino que la privación de alimentos<sup>27</sup>.

23. (Nota del autor) *Onerat discentem turba (librorum), non instruit; multoque satius est paucis te auctoribus tradere quam errare per multos*, Séneca, *De Tranquillitate animi*, cap. IX y *Librorum larga copia est. Operosa, sed delectabilis farcina et animi distractio. [...] Ingens simul et laboris copia et quietis inopia, huc illuc circumagendum ingenium, his atque illis praegravanda memoria [...]. Crede mihi, non est hoc nutrire scriptis ingenium, sed necare mole rerum atque obruere, vel fortasse mediis in undis, more Tantaleo, siti animam torquere, rebus attonita, degustantem nihil, atque omnibus inbiantem*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo, 43.

24. (Nota del autor) Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, ep. 2.

25. (Nota del autor) *Multa sunt onerosa discentibus, doctis pauca sufficiunt*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo, 43 y *Non refert quam multos, sed quam bonos habeas libros*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, epíst. 45.

26. La frase *Homo unius libri* y esta misma se atribuyen a santo Tomás de Aquino, si bien otras fuentes se la adjudican a Agustín de Hipona, Séneca o Quintiliano.

27. (Nota del autor) *Ista lectio multorum auctorum et omnis generis voluminum habet aliquid vagum et instabile. Certis ingenis immorari et innutriri oportet, si velis aliquid trahere quod in animo fideliter sedeat [...] Distrabit animum librorum multitudo [...] Fastidientis stomachi est multa degustare: quae ubi varia sunt et diversa, coinquant, non aluat*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, ep.

Quien quiera llegar a un objetivo no avanzará si se descarría por atajos o se adentra por diferentes vías<sup>28</sup>. Es de algún modo como querer estar en todas partes y no estar en ningún sitio. A fuerza de hacer incursiones no se encuentra ningún punto fijo sobre el que descansar. Son como esos viajeros que peregrinan toda su vida. Encuentran hospicios en el camino, pero nunca tienen una habitación determinada.

Podríamos comparar de este modo a cuantos revolotean sobre los libros con aquellos que piden consejo a todo el mundo, que no depositan su confianza en nadie, que reciben muchos consejos y no tienen ningún amigo<sup>29</sup>. Apuleyo los denomina *Curiosulos* y Cicerón *Helluones librorum*<sup>30</sup>. Recorren todos los rincones del saber con una lectura rápida y superficial sin detenerse en una elección correcta.

Sin embargo, el espíritu humano es como el de los vegetales: no gana nada siendo trasplantado sin cesar<sup>31</sup>. Por tanto, no sorprende que los poseedores de grandes bibliotecas sean los que menos estudien. ¿Qué tiempo tendría un hombre para hacerlo, abrumado bajo el gran peso de todos los ejemplares? No podría disfrutar de ninguna lectura más allá de algunos catálogos. Casi no le bastaría su vida para llegar a conocer únicamente los títulos de todos los libros, el nombre de los autores, los

---

2; *Quid vis dicam? Libri quosdam ad scientiam, quosdam ad insaniam deduxere, dum plus hauriunt quam digerunt. Ut stomachis, sic ingeniis nausea sapius nocuit quam fames; atque ut ciborum, sic librorum usus pro utentis qualitate limitandus est*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo 43; *Ægri varia ciborum genera appetunt, omnia fastidiunt. Tales mihi videntur qui vario et semper novo gaudent librorum numero, sed parum illorum fruuntur auxilio*, Jérémie de Dryvère, *Apophthegmata*, 126 y *Nihil aequè sanitatem impedit quam remediorum crebra mutatio*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, epíst. 2.

28. (Nota del autor) *Qui quo destinavit pervenire vult unam sequatur viam, non per multas vagetur. Non ire istud, sed errare est*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, ep. 45 y *Fallit saepe viarum multiplicitas viatorem. Qui uno calle certus ibat hæsit ih bivio; multoque major est trivii error aut quadrivii. Sic saepe qui librum unum efficaciter elegisset inutiliter multos aperuit evolvitque*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo 43.

29. (Nota del autor) *Nusquam est qui ubique est. In peregrinatione vitam agentibus hoc evenit, ut multa hospitia habeant, nullas amicitias. Idem accidat necesse est iis qui nullius se ingenio familiariter applicant, sed omnia cursim et properantes transmittunt*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, epíst. 2.

30. (Nota del autor) M. Tulio Cicerón, *De finibus*, libr. III, cap. 7.

31. (Nota del autor) *Non convalescit planta quæ saepe transfertur. Nihil tam utile est quod in transitu prosit*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, epíst. 2.

impresores y los datos de las ediciones. Un estudio como ese excluye con total seguridad cualquier otro<sup>32</sup>.

¿Qué cabría pensar de un general del ejército que no conociera a sus soldados por su nombre o sus capacidades y que hubiera sucumbido en la batalla por la confianza presuntuosa que le inspirase el gran número de combatientes, a menudo perjudicial, y no se hubiese centrado en utilizar con discernimiento a los más inteligentes y valientes<sup>33</sup>?

Pensemos así de los hombres de letras. Su error es imaginar que consiguen nuevas conquistas en el imperio de las ciencias cada vez que aumentan su biblioteca con algunos libros que pueden ser inútiles.

Pero alguno de estos bibliómanos me responderá: solo compro libros que uso, relacionados con mi profesión y con mis conocimientos. ¿Ante este discurso cabe creer que este hombre es comedido en sus gustos y moderado en sus deseos? En absoluto. Es verdad que no reúne libros de cualquier género; se ciñe a los contenidos que le convienen, pero dentro de estos temas ha sabido abrirse una vasta carrera. Adquiere todos los tratados que abarca su ámbito, no le falta nada y la colección es voluminosa.

Se entrega tanto a las Bellas Letras que quiere hacerlo todo en la literatura. Gramática, elocuencia, poesía, filología, crítica, historia, poligrafía; todo le motiva. A todo esto hay que añadir las múltiples ediciones de cada obra. Es necesario conseguir las series completas de cada impresor. La falta de un libro en estas colecciones sería desesperante para un bibliófilo. Ese libro amado, ídolo de su corazón, objeto de tanto trabajo, de tantas búsquedas, no se encuentra. Según cuenta, ha perseguido su hallazgo durante más de veinte años sin conseguirlo. Resulta muy duro. La carencia de este único artículo puede crear aversión hacia todo lo que ya ha recopilado. Le es intolerable ver en su colección la más mínima cosa incompleta.

32. (Nota del autor) *An non satis habet negotii libros ipsos, ac librorum titulos, et auctorum nomina et librorum formas cognoscere?*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo. 43 y *Quo mihi innumerabiles libros et bibliothecas quarum dominus vix tota vita sua indices perlegit*, Séneca, *De Tranquillitate animi*, cap. ix.

33. (Nota del autor) *Ut nonnullis advincendum multitudo bellatorum, sic librorum multitudo ad discendum nocet*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo. 43 y *Qui solent domi purgata ac digesta arma ostendere fere iis rebus minus valent. Idem et iis evenit qui plurima librorum supellectile consueverunt gloriari*, Jérémie de Dryvère, *Apophthegmata*. 107.



Le importa conseguir todo lo que han escrito los autores clásicos y modernos. Debe tener distintos Cicerones en todos los formatos, los Horacios en todas las ediciones; los ejemplares solo con el texto, otros con notas, los *variorum*, la *ad usum*, los Farnabes, los Burmans; las traducciones en distintas lenguas<sup>34</sup>.

Por encima de todo es indispensable reunir todos los diccionarios, los periódicos, los comentarios, los extractos y los compendios. Gracias al gusto de nuestro siglo, la imprenta produce a diario nuevos ejemplares. ¿Los quiere grandes, pequeños, manuales, portables? Disponemos de un número considerable para elegir sobre cualquier materia. ¿He dicho «elegir»? Esta elección solo sería útil para algunos estudiosos que los buscan porque los necesitan y solo los quieren para usarlos. Los bibliómanos son más generosos y atrevidos. Ellos no eligen, lo compran todo.

A decir verdad, ¿esto es ceñirse a los límites de lo necesario cuando se da a esta necesidad una amplitud tan desmesurada? Una insaciabilidad de estas características es el signo evidente de una mente enferma<sup>35</sup>. Pero la variedad de libros que inundan la tierra hoy en día solo sirve para fomentar esta enfermedad.

Fíjense en el extraordinario número de obras que se imprimen de todas las materias y de cualquier tema que, bajo la atrayente apariencia de la novedad, a menudo solo contienen repeticiones incesantes de contenidos antiguos. Son obras que se presentan en ocasiones con el voluminoso aparato de comentarios que le añade un infatigable comentador, y que, en otros casos, presentan la frialdad y brevedad, en ocasiones oscura, de los compendios y epítomes. En las primeras, las citas son superfluas, en las segundas los pasajes están truncados con infidelidad.

Consideren esas traducciones oscurecidas con variantes y notas inútiles; las interpretaciones más largas y confusas que el propio texto; las compilaciones sin fin, fruto de un trabajo mecánico y del empeño habitual de los escritores privados de gusto e ingenio.

Hay que reconocerlo sin malicia: todos estos escritos salen a la luz gracias a la vanidad de sus autores, cuya imprudencia queda en evidencia

34. Se refiere a Johannes Burman (1707-1780), botánico y médico neerlandés, cuyos libros de plantas eran muy cotizados y a Thomas Farnaby (1575-1647), famoso por sus ediciones anotadas de Juvenal, Persio, Séneca, Marcial, Ovidio y Terencio entre otros.

35. *Ægri animi ista jactatio est*, Séneca, *Epistulæ morales ad Lucilium*, 2.

ante el despiadado rigor de la censura; todas estas obras que la industria editorial ofrece con tanta sagacidad bajo diversas formas, con diferentes aspectos, son trampas colocadas para la curiosidad pública.

¿Cuántas veces los títulos fastuosos y los prefacios al lector no dan pie a la más engañosa de las esperanzas? ¿Cuántas veces estas promesas contenidas en los prólogos, en los anuncios de ediciones corregidas y aumentadas y en todas las metamorfosis tipográficas engañan a los incautos? Tales misterios abusivos exigirían dedicar un discurso completo al tema para dejarlo de manifiesto. Limitémonos aquí a reflexiones más pertinentes para nuestro tema.

Resta por saber si la invención de la imprenta ha contribuido al progreso de las letras y al perfeccionamiento de la moral más de lo que los ha perjudicado. No es momento este para profundizar en ello ni resolverlo. Todo lo que se puede decir es que el número de libros es inmenso y de todos ellos los buenos son muy pocos.

En una revisión rápida de los diferentes tipos reconocemos que, si bien algunos son fruto de la verdad, la razón, el saber, la sabiduría y la virtud, muchos otros derivan de la ignorancia, el error y la impiedad misma. ¡A cuánto habría que limitarse si quisiéramos deshacernos de todo lo que ofende la santidad de la religión, las leyes naturales, las normas de la rectitud, la decencia de las costumbres, la veracidad de la historia, las máximas de una política sana y de un gobierno sabio, en definitiva, las reglas del sentido común y de la razón!

¿Qué cabe esperar y qué no se debe temer cuando se toma la determinación de recopilarlo y leerlo todo sin distinciones? Con esta mezcla informe y monstruosa de producciones frívolas y temerarias que la mente humana produce en sus devaneos, ¿le queda algo más a un lector ávido e inadvertido que un montón de ideas confusas, más propensas a enturbiar o corromper su imaginación que a enriquecerle el espíritu?

Ideas, además, que se perjudican mutuamente por lo extraño de su ensamblaje, que chocan tan pronto nacen, que para todos estos combates se destruyen entre sí y desaparecen finalmente como los nubarrones que disipa la tormenta.

¡Imágenes engañosas que solo dejan en el alma las huellas de la falsedad y la perplejidad! Un caos inmenso y tenebroso de impresiones varias, contradicciones, dudas, prejuicios, opiniones y suposiciones en

el que es tan complicado como peligroso discernir el bien del mal y lo verdadero de lo falso<sup>36</sup>.

He aquí los efectos habituales que producen la libertad de pensamiento, la vehemencia excesiva por escribir y, como consecuencia necesaria, lo son también el resultado de la pasión por los libros, cuyo menor peligro es una vana superfluidad.

Yo intentaría extraer los buenos de toda esa locura para darles un uso razonable y ofrecerles la estima que merecen y, lanzando una mirada de desprecio al resto, diría con un filósofo: *Quam multis non indigeo!*<sup>37</sup>. Mucho más que incitar mis ganas, esta sobreabundancia debería provocarme un sentimiento totalmente opuesto.

Sí, hay que compadecer a todos aquellos que buscan en vano esas cantidades excesivas y considerarlos como enfermos difíciles de sanar. ¿Se podría pensar otra cosa al ver a un hombre que, por estas penosas inquietudes, llena estancias con varios miles de ejemplares cuando podrían albergar a tres familias? Me lo imagino en medio de esta demasía monstruosa poseído por una sed de libros. Me parece ver a un hidrópico al que nada calma la sed, a un avaro que no deja de atesorar para no disfrutarlo nunca y que niega al resto sus riquezas con cierta determinación.

El bibliómano lleva este celo por la propiedad a un nivel excesivo. Cuantas más adquisiciones acumula, menos disfruta y menos dispuesto está a compartirlas con los que les darían buen uso. Generosidad, no obstante, a la que es vergonzoso negarse, ya que se puede aceptar sin temor a empobrecerse.

Pero este principio resulta poco persuasivo para un hombre con menos celo por el uso que por la posesión. Se ha definido su carácter diciendo que es un bibliótafo. En efecto, tiene tanto temor a revelar sus libros que les excava una especie de tumba en mitad de su gabinete<sup>38</sup>.

36. (Nota del autor) *Libri innumerabiles sunt, et errores innumeri. Quidam ab impiis, alii ab indoctis editi. Illi quidem religioni, pietati, ac divinis litteris, hi naturæ et justitiæ, moribus, liberalibus disciplinis, seu historia, rerumque gestarum fidei, omnes adversi; inque omnibus et præsertim ubi majoribus agitur de rebus, vera falsis immixta sunt. Perdifficilis ac periculosa discretio est.* F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo 43 y *Ut qui sapiunt, non statim e quovis bibunt fonte, [...] ita non est tutum quemvis librum evolvere*, Erasmo, *Ex similibus eiusdem*, XXIX, 8-12.

37. La cita, mal transcrita en el original, está tomada del artículo que D'Alembert publicó en la *Encyclopédie Méthodique* que publicamos en este volumen.

38. (Nota del autor) *βιβλιοταφοί, qui ut soli sapere videantur, librorum aliquid insignium nacti, nemini eorum copiam faciunt, sed in arca velut sepulchro quodam inclusos asservant*, Roberti



¿Cuál es el fin de este hombre si no es el de satisfacer los deseos de un placer apasionado que le resulta de poca utilidad para él y que priva de los medios para beneficiar a otros? ¿Para qué ha construido este edificio literario con diferentes materiales que le han costado largas búsquedas, penas y dinero? No lo sabe. *Thesaurizat et ignorat cui congregabit ea*<sup>39</sup>. Quizá vaya en favor de un heredero que no hará ningún caso a un legado semejante si no es para que adopte su forma original, es decir, para convertir de inmediato los libros en dinero.

Entonces veremos cómo estas colecciones reunidas con tantas dificultades se dispersan por aquí y por allá para no volver a juntarse nunca y entregarse a casi tantos nuevos amos como diferentes artículos existen. Aunque el antiguo dueño haya escrito su nombre sobre los títulos y pintarrajeado los frontispicios haciendo alarde de sus cualidades, todas estas inscripciones, *ex libris*, *ex bibliotheca*, solo permanecerán por cuanto puedan servir para publicar su vanidad y su locura. Después de esto se borrarán lo antes posible.

Además, otros sinsentidos quedan expuestos ante nuestros ojos. Como no existen inclinaciones tan firmes que no tengan variaciones ni hay pasiones tan dominantes que no cedan ante los encantos del interés, es fácil descubrir aquí nuevos abusos cuyo origen se localiza en el amor hacia los libros.

Así vemos a las gentes de letras que deshonran su profesión con una inconstancia irracional o mediante un comercio indigno. Estos, hastiados rápidamente con los libros que tienen, solo se sienten atraídos por aquellos que no poseen y establecen intercambios sin cesar. Un capricho perpetuo les lleva a revender a un precio bajo lo que necesitan para comprar lo inservible a un precio elevado. Su gabinete es un catálogo en movimiento donde casi nunca vemos dos veces lo mismo.

Los más prudentes, aunque más sensibles a sacar una buena ventaja, buscan las oportunidades para adquirir los libros a buen precio. Se aprovechan de la ignorancia o la necesidad de los vendedores con la esperanza

---

Stephani, *Thesaurus Linguae latinae*, Londini: Sam. Harding, 1734, T. I, p. 9. (Nota de la editora) El *bibliótafo* es aquel que guarda o esconde los libros. Literalmente el que los entierra. Puede verse la novela de Leon H. Vincent, *El bibliótafo: un coleccionista de libros*, Cáceres: Periférica, 2015.

39. (Nota del autor) *Salmos*, 38, v. 7.

interesada de encontrar rápido compradores inexpertos o con prisa y conseguir mediante este tráfico vil una ganancia considerable. Lo que otrora fuera un ejercicio de estudio para el espíritu se ha convertido en mercancía para su avaricia.

¡Ay del talento noble y raro que disfraza al filósofo como mercader de libros! *Pulchra sane ars quæ de philosopho librarium facit*<sup>40</sup>. Intercambio detestable, negocio vergonzoso, tema digno de desprecio público, exceso de apetito que en ocasiones acorrala a la integridad y subyuga el arte del conocedor bajo los condicionantes más viles<sup>41</sup>.

Pero avancemos y preparemos nuevos colores para pintar el resto de características de la bibliomanía.

40. (Nota del autor) F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo 43.

41. (Nota del autor) *Sunt qui obtentu librorum avaritiæ inserviunt: pessimi omnium, non librorum vera pretia, sed quasi mercium æstimantes. Pestis mala, quæ divitum studiis obrepssisse videtur, qua ad concupiscentiæ instrumentum ars accessit!*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo 43.





---

## TERCERA PARTE

**E**L GUSTO POR LOS LIBROS LLEVADO A LA LOCURA ES UNA FUENTE inagotable de caprichos y excesos. Su abundancia multiplicada sin medida no es suficiente para colmar los vastos deseos del alma humana por lo que hay que moderar su calidad.

Aquí, la moda, la dueña veleidosa y altiva del mundo, ejerce como en cualquier otro aspecto un poder absoluto: el lujo, la delicadeza afectada, la prodigalidad han penetrado en el santuario de las musas. Esta especie de contagio se ha expandido por todos los rincones.

Al entrar en una de las estancias de estos bibliómanos ridículos nos mostrará lo más extraordinario y exquisito que la imprenta ha generado para que lo admiremos: las hermosas ediciones de los Aldos, Plantin, Vascosan, Elzevir, Vitre o Mabre-Cramoisy<sup>42</sup>. Se conservan con esmero las que datan del siglo xv, época en la que comienza la imprenta<sup>43</sup>.

42. Se trata de la relación de los impresores más reconocidos de los orígenes de la imprenta. Así, el veneciano Aldo Manuzio (1449-1515) fue el fundador de la imprenta Aldina. Christoffel Plantijn, en español Cristóbal Plantino (1520-1589), editor e impresor flamenco, adquirió su fama por la impresión de la *Biblia Políglota Regia* y por ser nombrado architipógrafo regio por Felipe II. Los Elzevir son una reputada familia de editores del siglo xvii que se formó en la imprenta de Plantino. Antoine Virte (1600-1674) fue célebre por la impresión de obras en lenguas orientales. Por su parte, Michel de Vascosan (1500-1576) se estableció en París siendo impresor del rey particularmente para textos griegos. En cuanto a los Cramposy no está muy claro si Bollioud se refiere al padre o al hijo. El parisino Sébastien Cramoisy (1584-1669) alcanzó su prestigio por publicar obras religiosas y de los Padres de la Iglesia. Su hijo Sébastien Mabre-Cramoisy (1637?-1687) le sucedió como impresor real.

43. (*Nota del autor*) En 1440.

Es cierto que estos libros dignos de respeto por su contenido, famosos por su antigüedad y apreciados sobre todo por la calidad del papel y la limpieza de sus caracteres, tienen un mérito real, un valor que no es arbitrario en absoluto. Pero un amante de los libros con astucia, tal y como Cicerón nos lo describe denominándolo *acrem amatorem*<sup>44</sup>, sabe muy bien exagerar el precio por las cualidades accidentales que su gusto demasiado perspicaz nos señala.

Además, piensa que embellece su biblioteca cuando añade libros desestimables por sí mismos, pero que no duda en comprar, a menudo a precio excesivo, por la mera razón de ser únicos o muy raros. Está convencido de que el beneficio de poseer un libro de la naturaleza que sea, siempre que no esté en ningún otro sitio, se debe pagar a precio de oro. No obstante, puede que ese ejemplar, aunque elogiado, solo haya llegado a ser tan caro porque sea el único que haya escapado del uso deshonesto que tenemos costumbre de hacer con las obras malas o porque un accidente imprevisto haya hecho peligrar el resto de la edición.

¡Qué error al estimar tan mal cada obra y no considerar que los mejores libros son los más comunes, que el interés del público, junto al de los liberos, no permite que se agoten los ejemplares, que es absurdo hacer caso a los que solo destacan porque no se ha hecho de ellos una reimposición!

Sucede lo mismo con algunos manuscritos que solo un capricho lleva a preservar. Sé que de entre ellos hay algunos valiosos y algunos, únicos en su género, se conservan adecuadamente en nuestras famosas bibliotecas y sirven para engalanar las de los soberanos. ¡Pero cuántos otros la imprenta no ha tenido a bien sacar a la luz y cuya singularidad solo se puede atribuir al menosprecio que se les ha dado! Así lo comenta Voltaire en su obra *El templo del gusto*:

Pilas extrañas y singulares  
de viejos manuscritos carcomidos,  
y una serie inútil y rara  
de escritores que nunca se han leído<sup>45</sup>.

44. (Nota del autor) M. Tulio Cicerón, *Epistula ad Atticum*, libr. I, epíst. 3.

45. Se trata de unos versos incluidos en *El templo del gusto* en los que alude a la biblioteca del Palacio de Luxemburgo, *Œuvres complètes*, Paris: Garnier, 1877, VIII, p. 594.

Las búsquedas de estos curiosos no se limitan a esto. Prefieren los libros con la encuadernación original. Centran su admiración sobre todo en los libros que tienen varias hojas todavía unidas y cuyo corte ha escapado a la guillotina del encuadernador. Lo que es un defecto a los ojos de la razón sana, aquí se considera una virtud destacable. Para un libro es un mérito de gran valor y el ejemplar se conserva escrupulosamente a costa del uso para el que está concebido. Cortar estas hojas para separarlas sería un agravio, según los bibliómanos más escrupulosos. Yo, por mi parte, diría que es tanto bajar el precio del libro como prepararlo para su lectura.

¿Qué habría que pensar de esa inclinación por los grandes márgenes y las ediciones en gran formato? La ventaja de poder encuadernar varias veces los mismos volúmenes, y conseguir con esto un uso más duradero, hizo atribuir a los márgenes una determinada proporción. Pronto el capricho, fértil en novedades, superó esos límites y una razón práctica dio lugar a la invención de fantasías.

No obstante, las personas que solo buscan instruirse o entretenerse con la lectura, parecen tener buenas razones para preferir libros cuyo contenido ocupa el máximo espacio. Pero habría que convencerlos de que se equivocan y de que tienen un gusto anticuado. La elegancia moderna exige que haya casi más partes en blanco que ocupadas en las páginas.

Podemos ver un ejemplo significativo en una edición de las *Instituciones* de Justiniano, en las que se aplica a los márgenes el ancho más amplio<sup>46</sup>. ¡Hay que reconocer que es una invención singular para vender papel en blanco a un buen precio!

¿De qué no nos hemos dado cuenta para hacer algo nuevo, maravilloso y provocar la curiosidad pública? Hemos concebido utilizar en la impresión de algunos libros seleccionados caracteres tan pequeños que su aspecto ofende a los ojos y que no podríamos leer durante mucho tiempo sin arriesgarnos a perder la vista: caracteres tan delicados que no pueden soportar la fuerza de la prensa. Por esta razón, las ediciones se han reducido a un

46. (Nota del autor) *Justiniani Institutiones*, libri IV, editado por Lugdunum Bavorum [Leiden], en 1678. (Nota de la editora) Considerado de suma rareza ya en 1815, según se recoge en el *Catalogue des livres rares et précieux de la Bibliothèque de Feu M. Le Comte de Mac-Carthy Reagd*, Paris: De Bure, T. I, p. 199. El autor añade el siguiente comentario: «Todos conocen la traducción francesa del *Elogio de la locura*, impreso en París en 1751 en formato in-12 con papel in-4».



pequeño número de ejemplares considerados raros y caros<sup>47</sup>. Una nueva ocasión que los bibliomanos triunfen.

El gusto por los extremos ha pasado de lo pequeño a lo grande. Se imprimen en varios tomos infolio libros que hemos visto siempre en un único volumen en in-12° o in-24°. *La imitación de Jesucristo*, impresa en el Louvre en gran formato y con grandes caracteres, es un caso extraordinario de esta práctica<sup>48</sup>. No creo que nadie hiciera su lectura piadosa en un libro tan monstruosamente abultado cuando, para la comodidad de los lectores, debería tener el tamaño de un pequeño manual.

La compilación de fábulas de La Fontaine, destinada a estar en las manos de la juventud, al principio se publicó solamente en un volumen de pequeño formato, pero el amor por lo singular y lo magnífico ha conseguido que se prepare una nueva edición extendida con cuatro grandes volúmenes infolio, en los que el arte se ha trabajado con tanto esmero que su compra le está vedada a mucha gente<sup>49</sup>.

El mérito de esta obra fue muy conocido; la metamorfosis gigantesca no vino a aumentar la reputación del autor ni la estima que sus obras con justicia le granjearon. Esta nueva invención sirve solo para darse cuenta de a qué clase de artificios se ven obligados a recurrir los tipógrafos para satisfacer los gustos caprichosos de los aficionados.

Estas observaciones no me impiden aplaudir los talentos de los artistas que ejercen con gran éxito la decoración de las obras maestras de la literatura, pero creo que estos casos corresponden a libros de príncipes y grandes señores. Lo que lamento es que, en este aspecto, como en cualquier otro, los individuos particulares quieran igualarse a los soberanos. Se atreven a ostentar especialmente esta ridícula ambición en lo referente al gusto.

El lujo de las artes se les presenta cada día bajo apariencias diferentes para llamar su atención. El grabado ha prestado su ayuda a la imprenta. Estos dos oficios juntos hacen todo lo que se pueda imaginar para la

47. (Nota del autor) *Phædri Fabulæ, et Pub. Syrii Sententiæ*, Parisiis: e Typographia regia, 1729, in-32; Quinto Horacio Flaco, *Opera*, Typographia regia, 1733, in-32; M. Tulio Cicerón, *Laelius de Amicitia dialogus*. Parisii: Bauche, 1750, in-32; M. Tulio Cicerón, *Cato major sive de senectute*. Parisii: Barbou, 1758, in-32.

48. (Nota del autor) *De Imitatione Christi*, libri IV, Parisii: e Typographia regia, 1640, in-fol.

49. (Nota del autor) *Fables choisies*, Paris: Saillant, 1755, con dibujos basados en los diseños de Oudry, grabados por Cochin. *Charta parva, magna et maxima*.

decoración de los libros. Proporcionan sin cesar nuevos objetos de deseo para la delicadeza de los bibliófilos.

A medida que los artistas firman su talento, los curiosos muestran una codicia siempre nueva por todo lo que producen. Los adornos de los libros se han prodigado y han variado tanto que se han convertido en colecciones de láminas, objetos que pueden entretener la vista más que ocupar el espíritu. Por todas partes frontispicios alegóricos, retratos de cada autor, encabezados, iniciales, florones, símbolos, cartelas y orlas.

La edición de las novelas cortas de Boccaccio, que se acaban de publicar recientemente, muestra hasta dónde puede llegar la pompa del buril. Sobre todo, sorprende que la herramienta no se reserve a objetos más dignos de esta ostentosa decoración<sup>50</sup>.

Sumemos a estos refinamientos del gusto la riqueza y elegancia de las encuadernaciones. En ellas todo es ornato y suntuosidad. *Ambitiosa ornamenta*<sup>51</sup>. Sobre la cubierta de los libros se ve brillar el lustre del mármol y la variedad de colores del jaspe. Puede ser piel de ternero imitando escamas decorado con florones y filetes dorados, o encaje dorado impreso sobre cordobán rojo o verde.

El dorado y el azul se daban con profusión por todas partes: se encuentran fácilmente en los marcos y cenefas, o en el jaspeado del papel en los cortes. Los libros tan adornados brillan ante los ojos, adulan el gusto y hacen las delicias de todos los que los poseen. Lo que cuesta recubrirlos de forma tan espléndida excede a menudo su valor intrínseco.

Si son valiosos por sí mismos, ¿aumenta su excelencia y utilidad sobrecargarlos con todas estas decoraciones extrañas? ¿Aprenderé más sobre los principios de la filosofía y los acontecimientos memorables de la historia, seré más sensible a los rasgos impetuosos o insinuantes de

50. (Nota del autor) *Décameron italien et françois*, Londres (París): 1757, 5 vols., 8°, con adornos de Gravelot, Cochin, Eisen y otros. (Nota de la editora) Hubert-François Gravelot (1699-1773) fue un reputado grabador nacido en París que emigró a Londres en 1733; Charles -Nicolas Cochin (1715-1790) también fue un grabador francés muy vinculado a la corte del rey, famoso por su defensa del arte clásico. Es dibujo suyo el frontispicio de la *Encyclopédie* que grabara Prévost. Finalmente parece referirse a Charles (1732-1808) a quien se deben los grabados de la edición de la *Henriada* de Voltaire de 1770.

51. (Nota del autor) Horacio, *Ars poetica*, v. 447.

la elocuencia o quedará más conmovido por los encantos de la poesía<sup>52</sup> cuando los encuentre en volúmenes lustrosos de brillo vano?

¿Seré más consciente del mérito de las obras de Demóstenes, Virgilio o Bossuet si vienen envueltas en una cubierta deslumbrante? No, preferiría ver a estos autores ilustres bajo una apariencia más sencilla y modesta y apartar la mirada de estas maravillas del arte que no osaría tocar por miedo a que se estropeen. Me quedaría con libros que pudiera disfrutar y con los que tuviera la libertad de leer con calma. Quien se plantee instruirse o disfrutar no se entretendrá puerilmente con libros decorados con obras en miniatura.

Cuando reflexionamos sobre estos objetos curiosos de complacencia nos vemos tentados a decir que son joyas, obras maestras de la elegancia más que libros, porque los tocamos con cierto respeto, solo los abrimos para admirarlos y los conservamos con cuidado y con la firme convicción de que jamás los leeremos. Por tanto, habría que buscarles otro nombre.

Pero si bajo todos estos artificios, tras esa corteza de adornos dispuestos con esmero, los libros fueran esencialmente mediocres o frívolos, ¿qué calificación se les podría dar? ¿No tendríamos motivos para lamentar el uso de una obra de tal magnificencia y considerar este exceso como una muestra de la depravación consumada del sentido?

Pretender ocultar los defectos o la mediocridad de ciertas obras cubriéndolas con un envoltorio imponente y querer darles relevancia mediante el perfeccionamiento de sus ediciones y grabados es trabajar en vano. La ilusión cesa al examinarlas mínimamente y solo podríamos estar más engañados si viéramos a meros esclavos con coronas de flores o cortesanas ataviadas con hábitos o con los diamantes que llevaría una reina. Acordemos, por tanto, de que sea cual sea la naturaleza de los libros, esta pretensión por el adorno no influirá nunca en su calidad ni en la opinión que los auténticos expertos tienen de estos libros.

¿Qué cabría decir de esas estanterías en las que están colocados ostentadamente, en las que el brillo de los dorados y los barnices realzan

52. (Nota del autor) *Non me marginibus poeta pictis / Aut charta movet elegantiore; / Non me litterulis probe exaratis, / Non me tegmine splendido libelli*, Joannis Baptistæ Santolii Victorini, «Ad chaerilum quis poeta bonus», *Operum omnium editio tertia*, Parisiis: Spiritum Billiot, 1729, II, p. 41.



los adornos esculturales y todo el conjunto exquisito de jarrones y figuras de bronce que lo coronan todo?

Séneca no pudo evitar declamar contra esta delicadez excesiva de los amantes de los libros. Lo atribuía a un gusto desmedido por el lujo y una ostentación banal más que a la querencia del estudio y a la estima debida a las buenas obras. *Non fuit elegantia illud* —dice el filósofo— *aut cura, sed studiosa luxuria. Immo ne studiosa quidem, quoniam non in studium, sed in spectaculum comparaverant*<sup>53</sup>.

Guárdense de creer que tal muestra de ostentación en estantes magníficamente decorados tenga como máxima la consideración y el respeto que se deben a la literatura, o que el cuidado de colocar con distinción y disponer mediante composiciones estudiadas los volúmenes seleccionados con tan ricas cubiertas sea un tributo o una especie de homenaje ofrecido a los autores. En absoluto. Son trofeos, arcos del triunfo que el bibliómano dedica a su curiosa vanidad.

¡Oh, ¿qué pensarían los grandes escritores, los sabios de los primeros siglos de la erudición que, siendo paganos, no dejaron de arremeter contra el lujo y la desidia, que predicaron con sus ejemplos y con sus escritos la sobriedad, la templanza, el desprecio a las riquezas y a la mediocridad? Se sorprenderían si, al contemplar estos fastos, vieran sus propias obras provistas de tal pompa y en medio de esta ostentación suntuosa tan contraria a sus principios!

Me parece escuchar a un autor antiguo decir a su libro:

*Parve, nec invideo, sine me liber ibis in urbem.*

*Vade, sed incultus...*

*Nec te purpureo velent vaccinia fuco.*

[...]

*Nec titulus minio, nec cedro charta notetur.*

[...]

*Nec fragili geminæ poliantur pumice frontes* (Ovidio, *Tristia.*, lib. I, v. 1 y ss.)

En efecto, no hay nada más digno del desdén estoico de un filósofo que este arte para decorar el exterior de los libros con la mera función de adornar. Se trata de una decoración quimérica, fruslerías ambiciosas,

53. (Nota del autor) Séneca, *De tranquillitate animi*, cap. 9.

productos banales de la imaginación y de la fantasía que se reproducen bajo mil formas diferentes y, a decir verdad, solo son artificios y niñerías<sup>54</sup>.

Temo llegar a ser demasiado meticuloso si quisiera trazar aquí los detalles de todas las vías, de todas las señales o, mejor dicho, de todas las pequeñeces de la bibliomanía. Pero necesitaría lápices más fuertes y trazos más sólidos para expresar los peligros y los riesgos de esta pasión.

54. (Nota del autor) *Fascinatio nugacitatis, oscurat bona, Libro de la Sabiduría, cap. 4.*

---

## CUARTA PARTE

CUANTO MÁS AVANZAMOS, MÁS SERIA SE TORNA LA MATERIA. NO ES SOLO una sinrazón que hay que atacar, sino un exceso ruinoso cuyo progreso tendríamos que detener. Ya se ha dicho, hace tiempo, que un libro grande es un gran mal: *Magnus liber, magnum malum*<sup>55</sup>. ¿No se podría decir lo mismo, con más razón, de un gran montón de libros? ¿Cuántos ricos patrimonios y abultadas herencias no ha devorado ya esta enfermedad? ¿A cuánta gente no hemos visto ya, tras haber llevado el caos a sus negocios para contentar un capricho ilimitado, que se ha negado cruelmente a gastar en aquello indispensable para su condición, lo necesario para la propia vida, con el fin de cubrir los gastos del mantenimiento de una copiosa colección de libros?

La cifra de mártires de la bibliomanía es bastante elevada. Superan los límites de su fortuna cegados locamente por todo lo que es bello y raro. Después limitan sus necesidades más urgentes y, finalmente, experimentan la más vergonzosa de las derrotas.

París, ciudad inmensa, famoso teatro de tantos espectáculos diversos, saca a concurso público de tanto en vez la venta de aquellas bibliotecas que han arruinado a sus dueños. Estos bibliómanos, tan insaciables como imprudentes, se ven obligados a entregar a otros compradores lo que tanto esfuerzo les ha costado reunir y cuyo disfrute ha sido escaso.

Aquí conducen los gustos que no somos capaces de controlar hasta limitarlos al rango de lo necesario. Sin embargo, no son estos los peores

55. (Nota del autor) Μέγα βιβλίον μέγα κακόν, *Calímaco apud Ateneo*, libr. III, cap. 1.



riesgos de la bibliomanía. Aquellos a quienes posee encuentran otros escollos que temer, en los que la razón y la religión conducen con demasiada frecuencia a naufragios funestos.

Señalo, en primer lugar, la razón porque ¿qué hay más vergonzoso para un hombre racional que la caprichosa labor de recopilar por preferencia libros de naturaleza extraña y singular de los que no se obtiene nada para instruirse, nada para la cultura del espíritu, ni siquiera para el divertimento de los lectores cultos y delicados?

Esta depravada afición a la que se abandonan algunos bibliómanos, de los que sabemos que tienen colecciones completas de lo más grotesco, frívolo y satírico que la imprenta ha producido, no es en absoluto una suposición.

Nada falta en esas colecciones: fábulas, cuentos, novelas, historias de caballería, aventuras galantes, poesías jocosas, sátiras, burlas, obras macarrónicas, tratados de magia, de brujería, artes adivinatorias, memorias de procesos escandalosos, crónicas calumniadoras, libelos difamatorios y tantos otros escritos dictados por una imaginación desordenada y la libertad impúdica.

Estas son las colecciones extraordinarias que se crean con ciertas extravagancias del espíritu. La vanagloria de tenerlo todo, incluso aquello más despreciable, se empeña en recibirlo todo, en aceptar cualquier cosa de obras en las que la frivolidad es el menor de sus defectos.

A fuerza de relajarse en la selección de libros en favor de la belleza singular de sus ediciones, de la elegancia de la encuadernación, del encanto del estilo, de la decoración en las obras y de la reputación respetable de los autores, llegamos al punto de aceptarlo todo. Ya no observamos en ello nada peligroso ni condenable.

Un escrito penetra en el público bajo el auspicio de la novedad. Tras sublevar en un primer momento la delicadeza del lector con osadas propuestas, poco a poco empieza a ser tolerable e indiferente. Una segunda lectura allana las dificultades. Uno casi se reprocha haber sido demasiado susceptible y puntilloso. Diremos que se trata de la obra de un hombre que *piensa*, que está dictada por su *talento*; el autor es, sin duda, *filósofo*. Al final, este escrito del que sospechábamos en un primer momento y que merece ciertamente una valoración íntegra de una mente sana, consigue poco a poco nuestra estima y aprobación gracias a la repetición y a la autoridad de la parcialidad.

Imperceptiblemente un abismo llama a otro abismo. El hombre que no se presta a respetar su razón ni muestra el coraje de prohibirse lo que aquella condena pronto no tendrá respeto por la decencia de las costumbres ni por la religión. Con ello, la loca pasión de los libros lleva a menudo hasta el libertinaje y el descreimiento.

De entre todos los libros que no están prohibidos, hay muy pocos que cualquiera pueda leer sin peligro. Existen muchos otros cuya lectura inquietará la caridad y el pudor y comprometerá en muchas ocasiones la inocencia o la fe. Se ha advertido a esos lectores interesados en todos estos aspectos que tales libros ocultan el veneno más sutil y mortal bajo flores artísticamente dispuestas. Estas advertencias no son más que acicates para la curiosidad, nuevos estímulos para ceder y un motivo más para comprarlo todo sin analizarlo y leerlo sin cuidado.

¿No basta por norma general con que se prohíba la venta de un libro para que se distribuya mucho más entre el público y sea más lucrativo para el editor? Si queremos encarecer un libro el mejor modo es intentar pararlo. Pero algunos dirán que no es digno de la atención de las personas con gusto y mucho menos de la estima de los hombres de bien. No importa, se venderá furtivamente: con eso bastará para que todo el mundo se abalance sobre él.

Tras devorar con avidez estas pilas de libros, estas obras disolutas que nos rodean y cuya notoriedad escapa al control de los magistrados, ¿qué obtenemos más que un vacío vergonzoso para el espíritu o marcas funestas en el corazón como consecuencia de una lectura en la que la pérdida de tiempo supone el menor de los reproches que pueden hacerse?

Pero un abuso tan condenable debe convertirse inmediatamente en objeto de recelo tanto de los predicadores como de académicos. Cedo a los expertos de la cátedra la labor de alzar la voz contra tal desorden. Sin salir del ámbito académico, y después de haber expuesto los excesos que caracterizan la bibliomanía, concluyo con la intención de aportar algunas reflexiones breves sobre las medidas que se pueden adoptar para ello y las vías para contener el amor hacia los libros dentro de los límites de la conveniencia y de la honesta abundancia.

Se me objetará sin duda que mi censura es demasiado severa, que mis retratos son excesivos y los ejemplos que cito son demasiado raros o muy poco conocidos. Quizá se aprecie en mis reflexiones cierta austeridad y un aire tosco y de crueldad que tiende a quebrantar los talentos, menos-

preciar las ciencias y las artes, desalentar el afán de superación y favorecer la ignorancia y la ociosidad.

Tengo que justificarme frente a todos estos reproches y digo desde el principio que mi crítica no plantea nada excesivo. Apelo a los escritores, sobre todo a las gentes letradas que viven en el mundo y habitan en ciudades grandes. Ellos reconocerán que mi cuadro se ajusta a la naturaleza. Dirán que a menudo hallamos en el comercio de la sociedad los modelos en los que me baso y que aumentan cada día.

He recurrido en la gran mayoría de los casos a las declamaciones que realizaban al respecto los antiguos filósofos. Se puede ver a través de mis citas al margen que, si bien en ocasiones no he traducido literalmente sus contenidos, solo me he alejado de ellos con el fin de suavizarlos o ajustarlos a nuestros hábitos. Pero he considerado oportuno basarme en su autoridad para alzar una voz más libre en el santuario de las musas contra los excesos que las deshonran.

Además, no creo que haya sobrepasado los límites de una censura moderada. La prudencia, la modestia y la moderación que espero en el uso de las cosas más útiles se fundamentan en los pilares básicos de la razón, en los principios de la filosofía, en la observación necesaria del buen orden y en las reglas del decoro y la honestidad pública<sup>56</sup>.

Por otro lado, conozco el valor de la literatura. Lejos de querer desacreditarla, respeto a todos aquellos que la cultivan, aplaudo a todos los que contribuyen al progreso de su estudio y al perfeccionamiento del talento. Soy consciente de que los libros les proporcionan una ayuda inestimable y que la imprenta es el medio óptimo para que esta ayuda sea rápida, fácil y universal.

Conozco el uso que debemos hacer de las obras maestras de la imprenta, con una corrección que satisface el alma y cuya delicadeza seduce la vista. Siempre me han gustado los libros y todos aquellos que los disfrutan, pero me gusta más la verdad: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Cuando más estima se tiene a algo útil, más se detestan los excesos que se producen.

Si es cierto, y como persona no lo dudo, que el estudio limpia el alma, aclara el juicio e instruye la virtud, ¿es tolerable que los libros, en

56. (Nota del autor) *Quid verum atque decens curo et rogo, et omnis in hoc sum*, Horacio, libr. I, epíst. I, v. II.



tanto que instrumentos de estudio y dictamen de la verdad y la ciencia, se conviertan por un gusto excesivo en meros trastos que decoren una estancia o en signos cuestionables del trabajo y el saber, o incluso en las armas ofensivas a las que recurrir para intimidar a la razón y con las que atreverse a combatir lo que las leyes divinas y humanas tienen de respetable?

¿Qué utilidad podría tener curiosidad en los libros si se limita a no hacer nada con ellos ni a aprender? ¿De qué sirve convertirse en un sabio si no se llega a ser mejor? ¿Para qué nutrirse de las máximas de los filósofos y admirar las buenas acciones de los grandes hombres si nos negamos a poner en práctica las primeras y a imitar a los segundos? ¿No corresponde a los hombres de letras más experimentados en meditar y reflexionar el dar ejemplo de moderación en los gustos y de decencia en sus usos?

Aunque la vanidad y el lujo invadieran todas las profesiones e infectaran todos los oficios, los escritores deberían quedar libres de este contagio. Conocen tan bien la verdadera institución de los libros que tienen razones para temer llevar esa estima hasta el más mínimo encaprichamiento de la pasión.

Yo he conocido y experimentado por mí mismo el peligro. Esta confesión parece otorgarme el derecho de manifestar todos estos escollos. Un navegante que haya escapado de un naufragio disfruta contando los riesgos de un mar tempestuoso. Un viajero curioso, y en ocasiones imprudente, informa a cuantos conoce de los obstáculos y los precipicios que deben evitar después de haber vivido mil aventuras en su camino. Sería una injusticia querer prohibirle a un jugador la posibilidad de declamar contra el juego cuando tenga algún motivo para ello.

La predilección que siempre he tenido por la bibliomanía me ha dado también la oportunidad de examinar sus peligros. Por mi propia experiencia, he recurrido a la razón en busca de ayuda para protegerme de sus encantos y las reflexiones realizadas no son tanto lecciones para otros como advertencias que me doy a mí mismo.

Concluamos con todo lo expuesto que la bibliomanía es el colmo de la insensatez para aquellos que no tienen la disposición ni la voluntad de utilizar los libros como se debe; que para los eruditos y los expertos recopilar todos los ámbitos y todas las materias que un solo hombre no podría cultivar, es de una superfluidad irracional; que esas colecciones que alcanzan el lujo y la magnificencia son el resultado de un amor excesivo por lo singular y se convierten en objeto de una prodigalidad condenable

y ruinosas; que este gusto extraño y libertino, que da preferencia a ciertas obras en las que todo respira frivolidad y desorden, es una rareza del alma odiosa y despreciable, un trastorno consumado del corazón digno del rigor de las leyes y de anatemas.

Quien de una vez se convenza de todas estas premisas reconocerá que el destino primigenio de los libros es diametralmente opuesto a todos estos excesos, que están concebidos para iluminarnos el alma y corregir nuestros hábitos, y no para seducirlos ni pervertirlos, que su auténtico valor no depende de su abundancia ni de los ornamentos que los acompañan, sino de las cosas útiles y gratas que encierran.

Limitémonos, por tanto, a recopilar aquellos libros que la brevedad de la vida y el alcance de nuestro talento nos permitan leer. Reunamos todos los que debemos consultar por las diversas funciones de nuestro estado. Privilegiemos la calidad bien seleccionada sobre la cantidad innecesaria. Los más valiosos en apariencia y los más decorados son a menudo los menos instructivos. Nuestra ambición quedará limitada a las ediciones correctas y a encuadernaciones duraderas.

Hay bienes más valiosos que nos ofrecen los libros en estas ediciones: los medios para instruirnos y, añadido sin temor, para divertirnos. El hombre necesita ocupaciones serias y su deber es aplicarse. Igualmente tiene que encontrar distracciones legítimas y precisa conseguirlas.

En cualquier caso, ya sea para estudiar o para relajarse mediante la lectura, la razón y la moderación tienen que controlar estas acciones. Tanto los libros simplemente amenos como los más serios contienen lecciones útiles para los buenos corazones y las mentes rectas.

Aprendamos de los maestros de la moral, que nos enseñan cada día los principios de la lectura a veces con la autoridad de los preceptos y los ejemplos, a veces mediante la dulce persuasión de los consejos y, en otras ocasiones, con la aprobación de un entretenimiento ingenioso. Aprendamos, repito, que la auténtica felicidad consiste en desconfiar con valor de las tentaciones de la gloria banal y la búsqueda de la superfluidad. Aprendamos que el sabio no ambiciona en absoluto lo que abunda y lo que reluce, sino que se contenta simplemente con lo que es bueno y le es suficiente<sup>57</sup>.

57. (Nota del autor) *Sapiens non copiam, sed sufficientiam rerum vult*, F. Petrarca, *De librorum copia*, diálogo. 43.

En efecto, tener lo que se necesita es una riqueza auténtica y acumular sin dejar nunca de desear es una verdadera miseria. Cuando se adquiere todo lo útil y necesario lo demás solo vale para generar preocupación, desprecio y, en ocasiones, arrepentimiento.

Mientras que el hombre se agota con proyectos y busca satisfacer cada vez más su sed de adquirir, la vida corre, el tiempo de disfrutar se pasa y pronto la ventaja de poseer se evapora con el disfrute<sup>58</sup>. Convenzámonos de que el exceso en cualquier aspecto siempre es vicioso, incluso incómodo y a veces pernicioso<sup>59</sup>, y de que lo que brilla y es extraordinario casi nunca es de utilidad. Habituémonos a moderar nuestros deseos y nuestras adquisiciones en función de nuestras auténticas necesidades y a alejar de nosotros todo lo que implique lujo y ostentación: *assuescamus a nobis removere pompam, et usu rerum ornamenta metiri*<sup>60</sup>.

Siguiendo estos principios absolutamente verdaderos y sólidos, utilicemos los libros con consideración si queremos disfrutar de su contenido. Que su uso no sea para nosotros una causa de vanidad, sino un medio para la instrucción. Nunca se concibieron para potenciar nuestro gusto por la pompa y los fastos, sino para llegar a ser más doctos y sabios<sup>61</sup>. Son remedios contra el vicio y la ignorancia que un exceso funesto puede convertir fácilmente en veneno.

¡Afortunado el que sepa elegir bien y hacer de ellos un uso saludable! Afortunado también el que, en este ámbito como en todos, no se ruboriza con la mediocridad y no conoce lo que va más allá de lo necesario. Afortunado además el que es capaz de disfrutar y conseguir una especie de abundancia dentro de los límites mismos de la moderación y que se permite el disfrute de todo cuanto la razón y la virtud consienten.

Con estas precauciones, cualquiera que ame el estudio descubre en la élite de algunos libros de calidad una ocupación noble y una satisfacción inefable. Cuando se disfruta de un bien tan exquisito y puro, ¿con qué

58. (Nota del autor) *Quid miraris? Quid stupes? Pompa est. Ostenduntur istae res, don possidentur et dum placent, transeunt. Ad veras potius te converte divitias: discite parvo esse contentus [...]*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, cxi.

59. (Nota del autor) *Vitiosum est ubique, quod nimium est*, Séneca, *De tranquillitate animi*, cap. 9, epig. 43.

60. (Nota del autor) *Ibidem*.

61. (Nota del autor) *Paretur itaque librorum quantum satis est, nihil in apparatus*, Séneca, *Ibidem*.



otro placer podremos deleitarnos? ¿Qué estado puede ser más deseable que el de quedar liberado de la postración del hastío y los peligros de la ociosidad?

La verdadera dicha del hombre formado es con seguridad experimentar el cumplimiento del voto que formula Horacio cuando dice:

*Quid credis, amice, precari?  
Sic mihi quod nunc est, etiam minus, ut mihi vivam.  
Quod super est avi, si quid super esse volunt Di,  
Sic bona librorum copia*<sup>62</sup>.

Con estas disposiciones, el hombre estudioso ama realmente los libros, conoce su valor y obtiene un gran provecho.

Es el único capaz de darles un testimonio honorable y de decir junto a Cicerón que los libros proporcionan el alimento más exquisito al espíritu en la juventud: *adolescenciam alunt*; que son los placeres más grandes de la vejez: *senectutem oblectant*; que con un uso apropiado de ellos se le da un nuevo lustro a la prosperidad: *secundas res ornant*; que ofrecen salidas y consuelo ante la adversidad: *advertis perfugium ac solatium praebent*; que son un deleite para la vida privada y no un obstáculo para las funciones públicas: *delectant domi, non impediunt foris*; que velan por nosotros, nos hacen compañía en los viajes y en el campo: *pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur*<sup>63</sup>.

En los lugares campestres y en soledad es cuando su disfrute es más placentero. En esos momentos, en el silencio majestuoso de la naturaleza y gracias a la lectura elegida, se alza en nuestro interior una voz secreta que nos llama, que nos muestra nuestros errores y que nos descubre nuestras obligaciones. En estos retiros apreciados por las musas es grato entregarse a su inspiración. En ellos encontramos la libertad para meditar sobre las maravillas del universo y sobre los misterios de la moral y de la física con la ayuda de los libros, que actúan como sus depositarios y los interpretan.

¿Qué placer no se experimenta al apartarse alguna vez del tumulto de las ciudades, del caos de los negocios, de la conversación de los vivos, a menudo frívola e incómoda, para entretenerse con muertos ilustres, para

62. Horacio, lib. I, epíst. 18, v. 106. Obsérvese que Horacio dice: «*Bona librorum copia*», y no «*magna*» ni «*splendida*». Debemos entender aquí por la palabra «*copia*» la honestidad de la abundancia, pero en ningún caso la magnificencia ni la superfluidad.

63. M. Tulio Cicerón, *Pro archia poeta*, núm. 7.

aprender de ellos cómo pensar, reflexionar, atesorar sus principios y aprovechar sus consejos? Nada le falta a quien sabe escuchar esos preciados consejos. *Si hortum cum biblioteca habes, nihil deerit*<sup>64</sup>.

Purifiquemos así el gusto por los libros, que solo puede ser útil y agradable mientras sea legítimo y moderado. Intentemos potenciar el dulzor de sus frutos con el aderezo de una sobriedad juiciosa. Aprendamos a sacarle partido con inteligencia y, para que no pierdan nunca su valía, evitemos convertirlos en objetos de ostentación ridícula o en una pasión ciega y peligrosa.

64. M. Tulio Cicerón, *Epistulae ad familiares*, libr. IX, epíst. 4.







JOHANN HAMZA (1850-1927), *The Bibliophile*



## ENSAYO SOBRE LA LECTURA





---

## PREFACIO

**S**E ASUME SIN DUDA QUE CUANDO ME PROPUSE REALIZAR ESTA OBRA NO pretendía dirigirla a los eruditos. Estos han llegado a serlo porque han sabido leer de forma metódica<sup>65</sup>. Así pues, las lecciones sobre esta materia no apuntan hacia quienes pueden impartir este contenido o servir como ejemplo.

Mi única intención ha sido la de ayudar a los jóvenes a instruirse mediante la lectura. También tenía en mente a las personas que solo leen como entretenimiento y a todos aquellos a los que el torbellino de placeres o las dificultades de sus quehaceres les impiden de algún modo el uso de los libros serios. He creído conveniente inspirarles el gusto por la buena lectura, advertirles de los efectos de aquellas que resultan nocivas para las buenas costumbres y la religión, y anteponer el orden, el método y cualquier otro medio necesario para que la lectura sea de provecho.

No trataremos aquí de determinar las actividades de los colegios, ni de marcar la elección ni el uso de los libros clásicos, ni tampoco de establecer nuevos planes de estudio para la juventud, cuya instrucción es el fin más importante. Vemos su desarrollo día a día y, sin embargo, las enseñanzas públicas parecen conservar aún un sistema antiguo. Casi todas se fundamentan en la misma institución que ha tenido a lo largo del tiempo resultados muy positivos, que ha formado a muchos estudiantes

65. Como deja de manifiesto en el ensayo sobre la bibliomanía, la lectura metódica es aquella lectura reflexiva que se realiza con la intención de sacar un provecho intelectual para uno mismo y para los demás. En realidad, este es el asunto que justifica la redacción de este discurso. Véase lo comentado en la «Introducción».

excelentes, a un sinfín de genios brillantes y a doctores célebres en las diversas materias.

Dejemos a las autoridades a las que se les ha confiado la dirección de los estudios y a los sagaces maestros la responsabilidad de que cambien lo que consideren susceptible de reforma o perfeccionamiento. Aunque por muy diestros que sean estos maestros y por buenas que sean tanto sus atenciones como la disposición natural de los discípulos, ¿qué nos dicen estos últimos de la enseñanza en el colegio? Lo único que aprendieron allí fue a estudiar, pero esta teoría solo ha dejado unas leves huellas en su entendimiento. La fragilidad de esta edad no les permite todavía profundizar en ellas ni ponerlas en práctica. Bastaría la más mínima interrupción para borrarlas de su memoria. Únicamente una buena elección de libros y su uso prudente pueden conseguir que germine la simiente de los primeros estudios.

Mi intención es la de guiar en la lectura a cualquier joven que sale de la carrera escolástica para entrar en la del mundo. En este momento en el que el espíritu todavía no se encuentra nublado por los prejuicios y el corazón es similar a cera maleable que puede adoptar la forma que queramos darle, ¡son momentos felices de docilidad y delicadeza que debemos aprovechar para alcanzar la ciencia y la virtud, momentos preciosos que se van para no volver!

Para la mayoría de los hombres, la adolescencia es también la época más tempestuosa y crítica de la vida. Las pasiones comienzan a ejercer su tiranía, la razón se halla cubierta de bruma, el deseo de ser libre y no depender de nadie enciende la juventud, la atracción del placer los seduce, la vanidad los ciega y la desgana hacia el trabajo, la ociosidad y la disipación los llevan precipitadamente a perder los frutos de una esmerada educación.

De este modo, ¿cómo no van a estar en peligro de descarriarse jóvenes sin experiencia, entregados a ellos mismos y satisfechos en su fuero interno por haber renunciado permanentemente al saber? A diario encontramos ejemplos funestos de ello.

Sin embargo, son ciudadanos destinados a cumplir con los distintos deberes de la sociedad. Es temible pensar que no puedan ser capaces si no continúan con sus estudios y conservan el gusto de aplicarse en dicha tarea. El intervalo que separa la salida de la escuela y la entrada en los empleos públicos es un vacío peligroso que convendría colmar con presteza de ocupaciones útiles y lecturas instructivas.



¿De qué serviría elegir un estado de vida si no se toman medidas para conducirse correctamente en él? La naturaleza concedería en vano sus dones si nos negásemos a cultivarlos. Además, no existe nada más pernicioso que abandonar a los jóvenes a su propia voluntad y a su indeterminación. Unos se entregan al descanso y quedan embargados por una plácida ociosidad. Este hábito pernicioso, una vez adquirido, marca el resto de la vida y no se retoma nunca el estudio. Estas personas no leen casi nunca, a menos que el azar les proporcione alguna lectura frívola. No dominan ningún tipo de trabajo. Son miembros inútiles para el orden civil. Otros, cuyo temperamento es más activo, se lanzan a todo cuanto pueda satisfacer su curiosidad y su veleidad. Prefieren los libros que nada tienen en común con sus propios talentos y sus profesiones o que son contrarios a las leyes del buen gusto y de la sana moral.

De todos estos abusos resulta que la mayoría de los lectores obtienen pocos frutos de la lectura<sup>66</sup>. Vivimos en un siglo en el que la sagacidad, el pensamiento y la distinción se destacan. A pesar de la aparente superioridad del genio, nos falta celo: tememos las dificultades, las obligaciones y la aplicación. Anhelamos recoger rosas que no tengan espinas y frutas que no comporten ningún cultivo previo. Querríamos saberlo y comprenderlo todo sin investigar y sin esfuerzo. Lo que conlleva una meditación demasiado profunda no está de moda. Nos limitamos con gusto a un saber superficial que basta para satisfacer el orgullo e imponerlo a lo vulgar.

66. La idea de que de las lecturas debe obtenerse un provecho moral y cívico se encuentra repetido en diversos autores. Un buen ejemplo lo constituye la obra de Nicolas Jamin, de la congregación de san Mauro, que tituló *Le fruit de mes lectures, ou pensées extraites des Anciens Profanes, relatives aux différents ordres de la société, accompagnées de quelques Réflexions de l'Auteur*, publicado en París: Jean-François Bastien, 1775, que se tradujo al español en 1805 con el título de *El fruto de mis lecturas, o máximas y sentencias morales y políticas*, Madrid: Viuda de Barco López, 1805. En el prólogo antepuesto por el traductor español se leen las siguientes palabras, idénticas a las de Bollioud de Mermet: «[...] En esta obra hallarás una admirable guía que te conduzca desde la infancia hasta los más elevados empleos, llevándote como por la mano para que no te perjudiquen ni conversaciones, ni trato civil, ni otras ocurrencias que se te puedan ofrecer en el discurso de la vida», h. 2 r-v. Se entiende que toda lectura ha de proporcionar algún «fruto» que suele recogerse bajo la fórmula de máximas o de principios regidores del comportamiento privado y público. La obra puede consultarse en <https://www.bibliotecalectura18.net/d/el-fruto-de-mis-lecturas-o-maximas-y-sentencias-morales-y-politicas>.

Parece que a medida que los libros se multiplican, el amor por el estudio se ralentiza. El dedicado a las lenguas antiguas está cada vez más descuidado. Todo el mundo se presta solícito a crear bibliotecas y pocos saben cómo usarlas<sup>67</sup>. El gran arte que todos estudian es el de procurarse riquezas y placer.

Sería importante que el hombre retomase el consejo de la razón, que lo iluminaran sus verdaderos intereses y que tuviera la oportunidad de pensar y reflexionar. La lectura de buenas obras es el medio para conseguirlo infaliblemente. Se impone sobre todo aprovechar la juventud, que es el reino de la memoria, para perfeccionar el juicio, para moderar la imaginación y para fortificar el alma mediante ejemplos virtuosos y los principios de la verdadera filosofía.

¿Podríamos comenzar demasiado pronto a reunir tan valiosas provisiones? Es el sólido consuelo de la vida. El conocimiento y la sabiduría se encuentran por encima de cualquier bien y contienen la fuente de la felicidad. Nunca sabríamos incitar en los jóvenes lo suficiente los movimientos de la emulación<sup>68</sup>. No debemos olvidar nada para allanar el camino del estudio.

Desde esta perspectiva, he propuesto diversos métodos para hacer que la lectura les resulte atrayente y útil. He procurado templar la aridez inherente a los escritos didácticos con algunos rasgos de moral y erudición. Mis principios se fundamentan sobre el testimonio de los autores antiguos y he añadido al margen algunos de sus pasajes, en favor de los jóvenes estudiosos para los que su lenguaje resulta familiar.

Por lo demás, no me ha sido posible abordar las sugerencias de algunas personas que me pedían que adjuntara a este ensayo un listado detallado de los mejores libros de cada género que los jóvenes deberían tener entre manos. Me decían que no era suficiente con infundir el placer por la lectura y que sería recomendable señalar qué obras leer.

Mi respuesta a tal cuestión es que esta labor sería ingente y muy superior a mis fuerzas, incluso casi lo consideraría inabarcable. Un solo hombre no podría llevarlo a cabo y se conoce cuál es el destino de las obras realizadas en común. Además, allá cada uno con sus aficiones y sus pensamientos.

67. Véase lo dicho en el discurso *La bibliomanía*.

68. Véase lo comentado en la «Introducción» sobre la idea de emulación de Bollioud de Mermet.

Los libros que aconsejaría no serían con seguridad del gusto de todo el mundo. No faltaría quien me reprochara ciertos olvidos o preferencias.

Asimismo, es necesario tener presente que la opinión que tenemos de los libros varía en función de la época y de las costumbres. Las ediciones se renuevan y los escritos modernos menoscaban en ocasiones a los antiguos. Siempre será cierto decir que la lectura es útil y todas las personas sensatas estarán de acuerdo en que exige unas reglas inamovibles. Pero los libros apreciados en un siglo no lo son del mismo modo en otro distinto. Experimentan las revoluciones a las que todas las cosas humanas están sometidas. No podemos considerar como estable nada en este sentido. Me he limitado a remitir a todos aquellos que querían elegir bien sus lecturas a los consejos de los expertos y los sabios.

Finalmente, mi plan se pondrá en marcha según mis deseos si el amor al estudio o, al menos, el uso razonable de los libros, pudiera convertirse en el gusto dominante de quien se toma la molestia de leer esta obra. En este pensamiento adulator diré con Quintiliano que si no llegara a presentar a los jóvenes toda la utilidad de los preceptos que les propongo, tal y como deseo, habría, sin embargo, avanzado mucho hacia mi objetivo si con ello los condujera a adoptar una buena voluntad:

*Cognitio, (praeceptorum) studiosis juvenibus, si non magnam utilitatem afferet, at certe, quod magis petimus, bonam voluntatem* (Quintiliano, *De institutione oratoria*, libr. XII, n. III)<sup>69</sup>.

69. En el *Dictionnaire portatif de chirurgie, ou tome III du Dictionnaire de santé* de Ms. Sue (París: Delalain, 1783) se afirma lo mismo: que ha sido redactado para ser útil a la humanidad e inspirar el amor al trabajo y al estudio principalmente de los jóvenes siguiendo la máxima de Quintiliano, pp. xii-xiii.





---

## ENSAYO SOBRE LA LECTURA

LA COMUNICACIÓN RECÍPROCA DE IDEAS Y OPINIONES ES EL VÍNCULO más grato y necesario de la sociedad. No contentos con cavilar y reflexionar por sí mismos, los hombres siguen tratando de manifestar sus pensamientos y reflexiones. Si los intereses respectivos y las necesidades de la vida hacen que sea su deber comunicar sus impresiones, este mismo deber es su placer. Nos gusta penetrar naturalmente en la mente del otro y disfrutamos aún más al explicar lo que pensamos y conseguir que este lo adopte.

No obstante, la palabra, órgano del alma, no es suficiente para expresar ideas. La escritura acude en su ayuda para que el habla expanda sus efectos a tiempos y lugares lejanos. Mediante la escritura los eruditos y los sabios han transmitido a los diferentes pueblos los valiosos sedimentos de la ciencia y la moral. Un siglo ha instruido a otro siglo, un día ha iluminado a otro; las obras y los desvelos de los primeros filósofos han marcado los trabajos y las vigilias de sus discípulos y sucesores: *Dies diei eructat verbum et nox nocti indicat scientiam*<sup>70</sup>.

El hombre se ha convertido en el objeto de estudio del propio hombre. La naturaleza le ha brindado mil temas sobre los que meditar y reflexionar. A medida que las nociones primitivas de las cosas se han desarrollado, que los principios de las cosas se han desarrollado, nos hemos dedicado a perfeccionar el arte de describirlas. Este arte tan útil ha sido la labor

70. «El día rebosa y respira palabra al día y la noche muestra ciencia a la noche», *Salmos* 18 (19): 3.

de los mayores talentos en todas las épocas y ha supuesto la gloria de los maestros más diestros.

Los modernos han imitado a los antiguos, han extraído de los grandes modelos las leyes de la sana lógica y del buen gusto. Mediante la imitación de los ejemplos seleccionados y la aplicación de las reglas constantes hemos llegado a reducir las verdades a preceptos y el estilo a método. Poco a poco se han multiplicado tanto los libros instructivos como los de entretenimiento. Se ha escrito sobre todos los temas. Se es libre para elegir.

¿Intentamos proponernos modelos? Tal autor ha destacado en el orden, en la disposición de los contenidos, en la secuenciación de las ideas y las consecuencias; tal otro en la elección de las expresiones, de los giros y de las figuras. Admiramos, por una parte, la precisión, la vivacidad, la energía y la sublimidad de las ideas; por otra, la feliz concurrencia de la solidez y la elegancia, la fuerza de las pruebas y el empleo juicioso de las imágenes y de las locuciones. No existe nada más que podamos desear en la literatura, ni en cuanto al fondo de los temas ni por la forma en la que se presentan.

¿Queremos reglas que nos guíen? Ya existen libros fundamentales sobre cómo expresar el pensamiento de la mejor manera. Los tratados de Gramática, de Retórica o de Poética abundan. Todos los caminos están ya señalados; cada género tiene su lenguaje, su tono y sus doctores. Los textos de nuestros famosos escritores son obras maestras de poesía, elocuencia y filosofía dignas de la emulación de todos aquellos que aspiran a cultivar las letras.

¿Pero cómo puede ser posible que entre tal cantidad de autores célebres que nos han enseñado con destreza el arte de la escritura ninguno haya tenido a bien instruirnos en una lectura provechosa? Si solo se escribe para que leamos, si solo leemos para instruirnos o, al menos, para tener una distracción honesta, ¿por qué resulta habitual leer mucho sin extraer de ello el beneficio y el placer que debería producir? Esto deriva con total seguridad de los defectos del método y de la disposición de los lectores. Sin embargo, como estos se cuentan en un número incomparablemente mucho mayor que los escritores, parece razonable asombrarse de que los maestros que les dictaron tan bellas lecciones no hayan querido dirigir las aptitudes en la lectura para que fuera más productiva y agradable.

No tenemos que creer que baste con leerlo todo rápidamente, sin criterio y sin elegir. Si las obras de nuestros célebres autores se crearon



con la intención de instruir y agradar requieren de algún tipo de cooperación por parte de quienes las leen. La tarea del lector, aunque más libre y menos dificultosa que la del creador, no deja de implicar cierto trabajo y un libro realizado con orden y arte no causará nunca el efecto que el autor pretende si la lectura no es metódica, reflexiva y resulta bien asimilada.

Reconozco que existen libros que llaman más o menos la atención del lector. El grado de aplicación que exige o el interés que genera proviene a menudo de la naturaleza del tema y de la manera en la que se trata. Pero debemos convenir igualmente que su éxito depende de la inteligencia, el gusto y otras aptitudes más o menos favorables de la persona que los lee. Así, parece evidente que la lectura, como clave de todas las ciencias y alimento diario para el alma, se debe preparar con atención y respetar ciertas reglas para que la tarea sea satisfactoria y dé sus frutos.

Intentemos por tanto trazar algunos preceptos para un ejercicio de importancia capital, cuyo hábito es tan frecuente y universal. No resulta complicado probar su utilidad. Incluso parece superfluo demostrar una verdad evidente y reconocida. Pero si la costumbre de la lectura es necesaria para el hombre parece esencial facilitarle los medios para practicarla como se debe.



---

## PRIMERA PARTE

**T**ODO EL MUNDO LEE. ES LA TAREA O EL ENTRETENIMIENTO HABITUAL de la vida. Ya sean jóvenes o mayores, mujeres u hombres, ignorantes o sabios, todos se entregan con más o menos pasión, según sus capacidades, su gusto y su estado. El número de lectores incluso ha aumentado considerablemente en estos últimos siglos. Cuanto más se perfeccionan las ciencias, más progresan las letras y más autoridad cobra el uso de los libros.

Pero para observar con cierto orden la manera en la que se realiza comúnmente esta tarea y los medios que se necesitan para que se haga con éxito, conviene distinguir dos tipos de lectores: aquellos que solo leen por placer o para ocupar su tiempo como única finalidad y los que buscan en sus lecturas la instrucción y el estudio serio. Procuraremos mostrar a todos ellos el camino que les permita llegar a su objetivo y, tras haber acordado que el placer de los primeros es más legítimo y provechoso, nos ocuparemos de que el trabajo de los segundos resulte más sencillo, más ordenado e incluso más placentero.

En primer lugar, debemos convenir que todas las mentes no están llamadas al estudio ni poseen aptitudes para ello, y que todos los hombres, nacidos con la capacidad de pensar, no cuentan con la misma disposición para meditar y reflexionar. Consideremos las diversas posiciones en las que se sitúan desde su nacimiento y las obligaciones de las que se deben ocupar dentro del orden civil. Tengamos en cuenta las cualidades personales de cada uno con respecto a la moral y a lo físico. Tanto si los examinamos en relación con la formación de sus órganos, como si pensamos en el tipo de educación que han recibido y las funciones de



su posición, reconoceremos que de todos ellos solo un número limitado comparte reflexiones profundas.

Unos se ocupan de labores externas. No tienen tiempo para dedicarse a cultivar el espíritu y no cuentan con los medios necesarios para estar desocupados. Otros no tienen ni aptitud ni apetencia por estudiar y adquirir conocimientos. Algunos han descuidado su formación más básica. La desgana se ha impuesto finalmente. No sabrían proponerse nuevos esfuerzos con una edad más avanzada. La sola idea del trabajo les espanta, el placer los disipa y se considerarían condenados a la más oscura soledad si tuvieran que pasar unas horas con un libro. Por último, otros, de los que hay demasiados en el mundo, parece que solo están ahí para vegetar. Se consumen y se distraen en una indolente ociosidad en la que solo ponen en práctica superficialmente las operaciones de su alma.

Debemos entender que los hombres de este carácter solo pueden intentar un uso ligero de la lectura y que no cualquier tipo de obra es apropiada. Los propios sabios, así como los que se dedican al trabajo del espíritu, no pueden mantener constantemente el mismo nivel de atención. Una aplicación demasiado prolongada los agotaría. A menudo necesitan recurrir a libros de mero entretenimiento para darse un descanso<sup>71</sup>.

Veamos entonces qué lectura necesitan unos y otros, que sea lo suficientemente agradable para que les atraiga y sólida para su empleo sin que llegue a resultar demasiado incómoda ni difícil. Por muy superficial que pueda parecer, esta práctica requiere, sin embargo, de una metodología y unas condiciones sin las que sería inútil, frívola, perniciosa y abusiva. Dichas condiciones consisten en elegir bien los libros, leerlos con atención, dar cuenta a uno mismo de las lecturas y aplicarlas con destreza. Los beneficios para el espíritu y el alma serán cuantiosos en las lecturas regidas por el discernimiento, la atención y la reflexión.

La elección de los libros de recreo es más importante de lo que se piensa. Entre los montones inmensos que nos rodean existen muchos despreciables por su insustancialidad y su mal gusto, muchos que son los órganos de la vanidad y la mentira; muchos cuyos principios solo

71. (Nota del autor) *Sunt etiam musis sua ludicra: mixta Camenis / Otia sunt, meññite nepos: nec semper acerbi / Exercet pueros vox imperiosa magistri: / Sed requie, studique vices rata tempora servant*, Ausonio, *Idyllia*, 4. (Nota de la editora) En él exhorta Ausonio a su nieto a que se aplique al estudio, a no temer los rigores de las aulas y a la imitación de sus mayores.

pretenden oprimir la virtud bajo el peso de un ridículo ingeniosamente presentado, muchos que únicamente contienen principios perversos y pensamientos de una impiedad insidiosa. Que no se arriesguen los lectores incautos y, sobre todo, los jóvenes con libros con los que no habría que perder un tiempo valioso y con los que la integridad de sus costumbres queda comprometida.

A pesar de estos inconvenientes y peligros, a menudo confundimos las buenas y malas lecturas y las consideramos como iguales, sin examinarlas. Tomamos con indiferencia el primer libro que caiga en nuestras manos y es de temer que, si se llega a elegir, la corrupción del corazón o la falta de conocimiento y de delicadeza nos lleve a preferir uno de los insustanciales y más peligrosos.

Preguntemos a la gente de hoy en día. Su respuesta será que no entienden de sutilezas y que cualquier libro que les entretenga será bueno. El capricho toma la decisión o, siendo sinceros, no se toma ninguna. Esta es la razón por la que existen bastantes menos libros buenos que malos y por ello se realizan más malas lecturas que buenas.

Piénsese en ese joven recién incorporado a la escena del mundo. Se enorgullece de la fortuna de sus padres y está bastante contento con su aspecto y su entendimiento. Tras haber dedicado los primeros años de su vida a estudios superficiales y descuidados, abandona su educación con fuertes deseos de libertad e independencia. Se atribuye el derecho de saber poco, de no dudar de nada y de decidirlo todo. Los placeres a los que se entrega no se enlazan de manera tan sucesiva que le permitan ciertos intervalos de inactividad. ¿Qué hace para entretenerse en su tedio? Lee nuevos libros. Si se le pregunta qué libros son y qué piensa de ellos responderá con desdén que el azar le ha proporcionado tales lecturas con las que solo quería pasar el tiempo y que no ha querido cansarse reflexionando sobre lo que lee. Sin embargo, esta forma de leer, sin ningún tipo de orden ni método, no le impide emitir un juicio soberano en un tono dogmático sobre todos los nuevos libros. Los más desestimables son habitualmente los que más ensalza y los que recomienda a los demás. Nómbrale otras obras mejores que pudieran formarle y entretenerlo y reconocerá que nunca elige, puesto que la propia elección supone ya un estudio. Incluso se jactará de sacar partido a los peores libros, sean cuales sean, y se atreverá a decir que aquellos en los que la razón se impone son, en su opinión, insípidos, aburridos y detestables.

A menudo, otras personas más sensatas y de edad más avanzada no son más acertadas en su elección. Dado que no encuentran otra finalidad en la lectura más que el mero entretenimiento, se consideran libres para leerlo todo. Aquel que no se dedique en absoluto al estudio, que no tenga interés por reflexionar ni la costumbre de hacerlo, solo busca los libros que puedan entretenerle y divertirle. ¿Pero cuántos no habrá encontrado que le hayan confundido por incauto? En efecto, la insustancialidad, el chiste fácil o la simpleza ingenua que componen el sustrato de algunos de estos escritos pronto se tornan insulsos y desagradables. Pasamos a obras que tienen más contenido y elegancia. Preferimos sobre todo las que cuentan con el mérito de la novedad. La curiosidad prevalece sobre el juicio, se excluye cualquier tipo de examen y solo atendemos al capricho.

El anzuelo del placer nos conquista sin remedio. En muchas ocasiones solo una delgada línea distingue lo que es legítimo de lo que se defiende. Una vez superada esta frontera nos permitimos la lectura de determinados libros que únicamente buscan la licencia y el deleite más refinado, que contienen anécdotas maledicentes, crónicas escandalosas, lecciones de pirronismo y de incredulidad, principios totalmente opuestos a las leyes de la naturaleza, a las leyes de la sociedad y a las normas de las buenas costumbres, así como sistemas diametralmente contrarios a las máximas de la razón, de la justicia y de la religión.

Esta es la forma de diversión de la gran mayoría de personas en el mundo, que buscan divertirse a cualquier precio. Las mujeres, sobre todo, que solo deberían aventurarse en lecturas precedidas de buenas recomendaciones y al amparo del buen juicio de gente letrada, se recrean alrededor de cualquier tipo de libro de entretenimiento y se honran al tomar lecturas insulsas o sospechosas. Que no nos sorprenda si el número de tales libros nefastos sobrepasa el de los buenos. Sus autores cuentan con la aprobación de un sexo que marca la pauta en todos ellos. La delicadeza de los pensamientos y la finura del gusto que se les atribuye les han otorgado la capacidad para decidir el destino de las obras. La que tiene la suerte de gustar cobra pronto autoridad.

Asimismo, tampoco nos acomodamos en el mundo del lenguaje de la razón. La moda ahora nos empuja a volver la espalda al juicio para correr tras el talento. Todos lo buscan y lo ansían para sí mismos. ¿Qué se puede decir? Todo el mundo lo tiene o al menos trata de mostrarlo, aunque casi nadie presume de sentido común.



Por otra parte, como resultado de estas pautas, elegimos libros que brillan con el fuego de la imaginación. El veneno que ocultan no incita ni a la sospecha ni al miedo. Ardemos de deseo por recoger las flores que lo cubren y nos abalanzamos por beber sin medida de la copa encantada. Es placentero probar la dulce embriaguez que sacude la sensación de hastío mortal, feliz delirio que nos hace olvidar tanto las premisas de una razón austera como la atención a aspectos superiores y que ensordece la voz del deber.

Esta es la lectura que prefiere la gente. Los libros que necesitan no son libros de costumbres. No nos gusta razonar con nosotros mismos. Es mucho mejor entretenerse con novelas de aventuras galantes, adormecernos con juegos banales o distraerse de forma nociva con alguna sátira mordaz con chanzas cínicas.

«¿De qué sirve —preguntaba Marcial a uno de estos lectores de gusto depravado— alimentar el espíritu con monstruos y quimeras? ¿Cómo puedes considerar divertido leer obras ruines? ¿Por qué no optas mejor por libros sobre los que pudieras reconocer la elección con honor e interiorizar su contenido para tu propio bien?»

... *Quid nisi monstra legis?*

[...]

*Quid te vana juvant misera ludibria chartae?*

*Hoc lege, quod possis dicere jure, meum est*<sup>72</sup>.

Pero no, no aspiramos a la utilidad, sino a un placer imaginario. Todo cuanto lo pueda procurar es bienvenido.

Aquí el daño se propaga de forma recíproca. Los escritores disolutos pervierten el espíritu de los lectores y la curiosidad imprudente de estos últimos da pie a los excesos que reinan en la mayoría de los libros. Si se

72. Marcial, *Epigrammaton*, libr. x, epíst. 4. En otros de sus epigramas, Marcial se dirige también a los lectores. Así el libr. 1, epigrama 3, escrito a modo de prólogo, «*Ad lectorem: Hic est quem legis, ille quem requiris, / Toto notus in orbe Martialis / Argutis Epigrammaton libellis: / Cui, lector studiose, quod dedisti / Videnti decus, atque sentienti, / rari post cineres habent poetae*» y en el que reza «*Ad lectorem, ubi libri venales: Qui tecum cupis esse ubicumque libello / Et comites longae quaeris habere viae: / Hos eme, quos aretat brevibus membrana tab / Scrinia da magnis, me manus una capit. / Ne tamen ignoresm ubi sim vanalis, et erres / Urbe vagus tota; me duce, certus eris. / Libertum docti Lucensis quiere Secundum, / Limina post Pacis, Palladiumque forum*», *Epigramas*, traducción de Dulce Estefanía, Madrid: Cátedra, 1991.

diera de lado a todos esos escritos despreciables y reprobables la cifra no sería tan alta. Los autores de textos criticables no temen ni la censura de los letrados ni el rigor de la ley, pero sí el desprecio y el olvido. Se animan a escribir porque están seguros de que habrá lectores y partidarios. Que el ministerio público prohíba sus obras se ha convertido en un nuevo medio para conseguir el favor de la gente y, cuanto menos lo merecen, más curiosidad despertarán.

De tales maestros aprendemos lecciones. Esta es la escuela en la que se instruyen los filósofos de moda, los pretendidos espíritus fuertes. Al escucharlos, no existe ningún riesgo para ellos, son aguerridos e invulnerables a los efectos viciosos. Digamos más bien que están tan corrompidos que para ellos no existen libros malos.

De estos abusos se desprende que no nos tomamos la molestia de elegir o que lo hacemos mal. Sin embargo, deberíamos seguir el consejo de Erasmo cuando nos dice que nos alejemos de estos autores tan famosos por la corrección de su estilo como por la perversidad de sus principios. Han enriquecido y perfeccionado nuestra lengua, pero han debilitado y corrompido nuestras costumbres. *Non est utendum his libris, qui sic linguam expoliunt, ut mores inficiant*<sup>73</sup>. Son sirenas encantadoras. Lo más seguro es cubrirse los oídos y no escuchar sus voces. La lectura produce, en general, el mismo efecto que el trato entre los hombres. Se sabe por la conducta de cada uno qué personas frecuenta, al igual que se descubre qué libros se leen mediante los discursos de cada cual. *Cum electo electus eris, et cum perverso perverteris*<sup>74</sup>. En algunos casos aquellos que tienen más talento son la peor de las compañías.

Por ello el lector instruido no se deja seducir por lo que brilla ni lo que regala los oídos. Imita a la abeja que solo acude a las flores frescas

73. Erasmo, *Desiderii Erasmo Roterdami Opera omnia*, Lyon: Petri Vander, 1703, p. 603. Este pensamiento de Erasmo es considerado sabio por Nicolas Jamin en su *Traité de la lecture chrétienne*, Paris: Jean-François Bastien, 1776, p. 221.

74. *Salmos* 17, v. 29. Las traducciones de la época varían. En unos casos se hace de forma más literal por «con el puro serás puro y con el perverso parecerás perverso» (José de Valdivieso, *Exposición paraphrastica del Psalterio y de los cánticos del Breviario*, Valencia: Joseph y Thomas de Orga, 1781, T. I, p. 87) y, en otros, «sois bueno con el bueno y riguroso con el malo», según se lee en la traducción de Jaime Serrano de *Los Salmos de David y cánticos sagrados* escrita originalmente por el P. Lallemand, Madrid: Benito Cano, 1786 (segunda edición).

y olorosas. Sería deseable que fuéramos más escrupulosos en nuestras elecciones de las lecturas y que solo se tome lo que está marcado por el decoro y el gusto exquisito<sup>75</sup>.

¿Pondríamos como excusa la dificultad para encontrar tales obras? Esto sería una equivocación, ya que no hay escasez de buenos libros. Existen muchas más clases de los que podemos llegar a leer y aquellos más agradables nos han proporcionado contenido ingenioso y satisfactorio han sabido combinar la razón con la gracia y la sabiduría con el talento. Han hallado el arte de gustar e instruir. Uno deja intuir verdades útiles bajo la pátina de una ficción elegante; otro disimula una crítica fina y sensata con la apariencia delicada de la ironía; un tercero desenmascara lo ridículo, revela los horrores del vicio e inspira el amor por la decencia y el deber mediante un gracejo sutil. A las flores de la buena literatura les suceden los frutos más deliciosos.

Erasmo compara las obras de este género con las piedras preciosas que la medicina emplea en determinados remedios. Su lustre, olor y variedad de colores alegran los sentidos, pero su virtud específica es la de procurar salud<sup>76</sup>. Estas mismas son las propiedades de una lectura bien elegida. Quien no sienta curiosidad por beneficiarse de estos efectos saludables está desprovisto de gusto y buen juicio.

¿Cuántas obras excelentes no hemos visto nacer en el vasto campo de las Bellas Letras? ¿Cuántos escritos sobre la moral, las artes, la historia o los viajes de los que la lectura proporciona una formación sólida sin estudio ni esfuerzo alguno? Cada lector descubre en ellos objetos análogos a su carácter particular. ¿Nos atrae lo sencillo y lo fácil? ¿Nos gusta ver la imagen de las costumbres descritas sin arte y examinar el corazón humano cuando se muestra al descubierto? ¿No sería mejor disfrutar de todos estos encantos en el género epistolar, en el que el escritor recibe al lector en una intimidad reservada, donde la naturaleza se expresa con

75. (Nota del autor) *A floribus marcidis apes abstinent: ita non attingendus liber, qui putidas habet sententias. Aut nihil attingendum, quod non sit elegans et succulentum.* Este pensamiento erasmiano se recoge en el *Dictionnaire de l'écriture sainte* en la voz *lecture* de Aimé François James, París: Musée catholique, 1837, p. 467.

76. (Nota del autor) *Ut his gemmis summum est pretium, quæ non modo varietate colorum delectant oculos et nares odore, verum etiam ad remedia sunt efficaces: sic his libris summum est pretium, qui non solum habent orationis illecebras, verum et salubribus præceptis nos liberant animi vitii liberant,* Erasmo, *Ibidem*.



candor y el hombre se describe a sí mismo agradablemente? ¿Queremos que nos sacudan las emociones más sensibles o vehementes? La elocuencia con toda su pompa y la poesía con su armonía y entusiasmo consiguen que el espíritu remonte y que el alma se eleve sobre nobles movimientos.

¿Por qué no optar entonces por autores que se han dedicado a facilitarnos una virtud amable sin intentar gustarnos únicamente por resultarnos útiles<sup>77</sup>? No en vano, estos son los libros verdaderamente dignos de la superioridad del hombre sensato. Nunca nos arrepentiremos de haberlos leído. Considero que sería superfluo citarlos de forma más expresa. Las personas con un gusto más refinado y delicado los conocen bien. Cualquiera puede llegar a conseguirlos sin dificultad y dentro de la elección correcta cada uno es libre de optar por sus propios gustos.

Pero no basta con elegirlos con discernimiento: hay que leerlos también con atención. Sin esto, ¿qué podríamos extraer de la lectura si no un desorden confuso de ideas indigestas? Los escritos más hermosos solo causan una ligera impresión en un lector poco aplicado. Solo conserva, tras haberlos leído, trazos borrosos, imágenes vagas y algunas sombras fugaces del pensamiento y del sentimiento. ¿De qué sirve tener un libro para darle un uso tan insignificante? Es esparcir la simiente sobre terreno baldío: no penetra y no germinará jamás. Por ello, ¿qué fruto o incluso qué placer cabe esperar de una lectura rápida y superficial? Cuando la finalidad de la lectura es la mera diversión, resultará más sencillo lograrlo mediante el uso metódico y juicioso de algunos libros bien seleccionados que con la costumbre de multiplicarlos sin pretenderlo y recorrerlos apresuradamente y de forma vaga y sin prestarles atención.

Al ver leer a la mayoría de la gente, se podría pensar que han apostado entre ellos quién es capaz de finalizar un buen número de obras en el menor tiempo posible. Además, alardean de haberlo hecho con premura. Lo anuncian con el tono victorioso de alguien que acaba de ganar un premio por la carrera. Pero el placer no se compra de este modo, sobre todo el del espíritu. Desde el momento en que este descubre cada tema se detiene para conocerlo y, tras hacerlo, se recrea en disfrutarlo y acercarse con curiosidad.

77. (Nota del autor) *Lectorem delectando, pariterque monendo*, Horacio, *Arte poética*, v. 343. Corresponde a la reiterada fórmula del enseñar deleitando.

Todo esto no sucede en un abrir y cerrar de ojos. No se disfruta de las cosas solo contentándose con tocarlas. En todo lo que incumbe al hombre, la satisfacción que busca solo puede llegar a ser muy mediocre si no se aplica. Parece que las cosas agradables deben cautivarle, llamar su atención tanto como le espantan y disgustan las labores dificultosas y superiores. Por tanto, es preciso exigirle la atención necesaria incluso en aquellas lecturas de puro recreo.

Existe un deleite que te empuja a leer por placer un buen libro, a considerar las perfecciones que lo adornan, a observar su delicadeza, la energía de las expresiones, la finura de los giros, la claridad, la elegancia del estilo y la precisión y solidez de las ideas. ¿Cómo no vamos a disfrutar del encanto de todos estos detalles? Pienso en el elocuente Bossuet o en el magnífico Fléchier<sup>78</sup>. Me hacen sentir la fuerza imperiosa y el ingenioso arte de la palabra. Me interesa el destino de los grandes hombres cuyas virtudes se loan y cuyas alabanzas se convierten en las suyas propias. No puedo negarle mi admiración al valor magnánimo de los Turenne y los Condé, a las cualidades estimables de las reinas de Francia e Inglaterra o al mérito eminente de los Montausier, los Tellier y los Lamoignon<sup>79</sup>. Experimento en mi interior una ilusión seductora. Estoy tan ocupado con los retratos que se me ofrecen que olvido al panegirista para soñar únicamente con los héroes que me describe. Me parece ver a estos ilustres personajes. Recupero de sus discursos principios memorables. Me convierto, en cierto sentido, en el confidente de sus generosos pensamientos, en el testigo de sus gloriosas acciones y de los favores o las desgracias

78. Bollioud de Mermet elige dos predicadores y obispos muy afamados por sus panegíricos y sermones: Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), obispo de Condom, es también recordado por sus *Maximes et réflexions sur la comédie* (1694) y Esprit Fléchier (1632-1710), que fue obispo de Nîmes y sobresalió por ser un orador ingenioso, muy hábil de pensamiento y expresión. Aquí se le menciona por obras como sus *Panégryriques des saints et quelques sermons de morale* (1695).

79. Con el nombre de *Turenne* se conoció al reputado militar Enrique de la Tour d'Auvergne-Boiullon (1611-1675), vizconde de Turena. Los príncipes de Condé fueron una famosa familia entre los que se encuentra Luis II de Borbón, conocido como el Gran Condé por su participación en las guerras de religión del siglo XVI. El Duque de Montausier (1610-1690) fue el preceptor de hijo de Luis XIV de Francia y Michel Le Tellier (1603-1685), ministro de Francia. En el caso de Guillaume-Chrétien de Lamoignon de Malesherbes (1721-1794) se encargó en 1750 de la censura editorial y de la prensa.

que reciben del destino, en el espectador de los distintos sucesos de su vida. Aunque estos prodigiosos efectos de la elocuencia se deban atribuir a los raros talentos de los oradores de los que leo sus discursos, ¿su gran efecto sería tan efectivo en mí si no me entregara con toda mi atención a sus movimientos?

La poesía tiene sobre mí el mismo derecho. Su agradable prestigio, sus alegres imágenes, la diversidad, la osadía de sus descripciones, la gracia y armonía de su estilo y lo sublime de sus expresiones hechizan el espíritu y alientan y cautivan el corazón. Nada se resiste a este arte cautivador y exquisito. Su melodía y movimiento disipan el entumecimiento del alma y los antojos del humor, facilitan las tareas y obligaciones costosas, calman las inquietudes y aplacan, al menos durante un tiempo, los malos pensamientos inherentes a la vida humana<sup>80</sup>. Es un tipo de magia a la que resulta placentero entregarse. ¿Cómo es posible aproximarse a todos estos encantos con una mirada veleidosa y una mente distraída?

La poesía épica, a la que podemos denominar como el milagro del genio humano, tiene razones para captar la atención del lector. El francés ve en ella a uno de sus mejores soberanos. ¿Quién podría no admirar su hermosa alma y su valor noble? Sus virtudes nos hacen olvidar sus debilidades. Nos complace ser testigos del cielo y los servicios de Sully y escuchar los consejos provechosos de Du Plessis-Mornay<sup>81</sup>.

Estos son los grandes efectos de la epopeya, pero exhibirá en vano todas las maravillas de su arte si estas solo se contemplan con indiferencia y distracción. La musa épica se agotará inútilmente esbozando descripciones encantadoras, expresando sentimientos heroicos y relatando hechos prodigiosos. Sus historias no pueden calar en el lector sin su participación y solo le impresionarán si mantiene la atención.

Si desde este género pasamos al poema dramático, dejemos que nos embriague y nos instruya. Aquí reina el gran juego de las pasiones y la censura de las costumbres. Leer con indiferencia las obras de Corneille,

80. (Nota del autor) *Carminibus quæro miserarum obliviam rerum*, Ovidio, *Tristes*, libr. v, eleg. 7 y *Sollicita jucunda obliviam vitæ*, Horacio, *Poesías*, libr. II, sátira 6, v. 62.

81. En España se tradujo el discurso en elogio del Duque de Sully que la Academia Francesa premió en 1763 *Elogio de Maximiliano de Bethune, Duque de Sully, superintendente de Hacienda y principal ministro en el Reynado de Enrique IV*, Madrid: Imprenta de La Gaceta, 1764. Philippe Du Plessis-Mornay es mencionado aquí por *De veritate religionis christianæ liber: adversus atheos epicureos, ethnicos, judæos, mahumedistas et caeteros infideles* (1602).



Racine o Molière implicaría una ausencia total de sentimiento y gusto. Aunque la representación del teatro triunfe muy por encima de su lectura, no dejamos de experimentar como lectores los movimientos de terror que inspira la copa de Atreo, de llorar lágrimas ocultas por el dolor de Monima o de reír con disimulo por el amor de Harpagón por su baúl<sup>82</sup>. Mediante sus lecturas disfrutamos de un tipo de espectáculo que además nos exige la aplicación de nuestros sentidos.

Los poetas de cada género han empleado todos los recursos para captar nuestra atención. Puede ser una oda sublime y majestuosa que nos eleva o una elegía doliente que nos enternece; a veces una égloga elegante recupera las costumbres de la vida campestre y los placeres de una naturaleza apacible y pura. Aquí la instrucción camina de la mano con el entretenimiento en el epigrama y la sátira. El hombre inicia conversación con los animales mismos y recibe sabias lecciones con la sencillez de su lenguaje. La verdad se encuentra presente en la ficción.

¿Pero intentamos percibir esta valiosa verdad sin nubes ni velos? La Historia, de carácter más sencillo y con un caminar más grave, nos conduce a preceptos útiles mediante ejemplos extraordinarios. Nos descubre un campo inmenso, nos lleva a recorrer cada siglo y hasta el último rincón de la Tierra. Los sucesos antiguos y modernos desfilan delante de nuestros ojos. La fundación, el esplendor y la decadencia de los imperios y las revoluciones científicas y artísticas constituyen imágenes que se exponen de forma sucesiva para nosotros. Nos convertimos en ciudadanos del mundo<sup>83</sup> y todos los hombres que lo habitaran en otro momento nos siguen pareciendo contemporáneos. El universo entero está de algún modo llamado a comparecer ante nosotros. Se trata de una revisión general de todos los pueblos, tan diferentes entre ellos por su naturaleza y la influencia del clima como por la variedad de sus talentos, leyes, caracteres, costumbres, vestimenta e idiomas.

He aquí el espectáculo más interesante y el mejor método para satisfacer nuestra curiosidad. La literatura se emplea hasta el extremo en todas sus partes para transmitir al hombre enseñanzas a través del entretenimiento. ¿Podríamos ser tan insensibles y desdenosos como para

82. Se refiere a *Mitridates* de Racine y *El avaro* de Molière.

83. (Nota del autor) *Non sum uni angulo natus. Patria mea totus hic est mundus*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, 28.

lanzar solo algunas miradas fugaces y precipitadas a todos estos bienes? ¿Se puede conseguir algún beneficio o algún placer si nos contentamos con ojearlos rápidamente?

Sin duda, alguno objetará para defenderse en que esta falta de aplicación que se le reprocha se debe atribuir a la propia lectura, género de ejercicio que por naturaleza es frío e inactivo. Añadirá que la representación teatral y la acción del orador causan impresiones mucho más profundas y vivas, y que el tono de la voz y el gesto nos persuaden sin cesar y llaman nuestra atención.

Reconozco la diferencia entre ambos efectos, pero también considero que el resultado en los dos casos es similar en gente habitualmente distraída. Pueden estar leyendo, viendo la representación de una obra o escuchando la declamación de un discurso, pero no conseguirán prestar atención. Si bien la lectura presenta ciertos inconvenientes, quedan compensados por otras muy sólidas ventajas. Por una parte, el espectador puede estar mal situado, que el actor hable demasiado rápido o que resulte poco inteligible; por otra, si el oyente pierde la atención, el orador no se detendrá para que retome el hilo y no quedará, por tanto, ninguna esperanza de que se regrese. Las palabras vuelan y todo lo que no se capta en ese instante se pierde para siempre. En cambio, dado que el lector tiene a su entera disposición al autor y a la obra, puede volver sobre sus pasos para recuperar el cauce sin que se le escape nada.

Asimismo, cabe señalar que el juicio de la persona que lee suele ser más fiable que el de la que escucha. Esa era la opinión de Quintiliano. En ocasiones se tiende a sentir afecto hacia el orador por consideraciones particulares, quedamos imbuidos por él y nos dejamos llevar por los aplausos que el tropel de asistentes le prodigan, quizá desde un juicio erróneo. Existe una especie de pudor por tener una visión diferente y no tenemos el valor de contradecir a la multitud ni de rechazar un elogio buscado. No debe sorprendernos después de esto que muchas de las obras que admiramos cuando se recitan pierdan una gran parte del valor cuando se leen fríamente.

También ocurre, en sentido contrario, que una primera impresión negativa del orador o la visión de alguno de sus defectos naturales, por uno mismo, por prejuicios o motivado por determinadas maquinaciones o celos, impidan que se reconozcan los puntos fuertes de un discurso y que reciba las justas alabanzas que merece.

La lectura, por el contrario, es más libre y tranquila, menos apasionada. El lector, liberado del respeto humano y de los artificios y la impetuosidad de la acción oratoria, sin conocer ni siquiera en muchos casos al autor de la obra que está leyendo, se forma una opinión más justa, sana y menos sospechosa. Nada le impide examinarla de cerca, considerarla con detenimiento, sentir por igual su belleza y sus imperfecciones, incluso releerla varias veces tanto para aclarar las dudas como por si desea fijar en la memoria los propósitos de la lectura<sup>84</sup>. Además, he de añadir que a menudo no se puede asistir a una función, a un alegato, a un sermón o a un acto académico. Un libro siempre está disponible, sustituye a todo esto, aunque a un nivel inferior. Nos interesa, por tanto, darle el mejor uso posible mediante la atención necesaria. Las personas más propensas a distraerse deben centrarse con más empeño en lo que leen.

Podríamos decir que nos disgusta leer por nuestra memoria traidora y porque en muchas ocasiones hemos vivido la desazón provocada por haber leído mucho sin haberlo retenido. Ciertamente, no resulta difícil de entender que esto debe ocurrir así, dado que la ligereza y la falta de concentración del lector lo hacen incapaz de sentir y de pensar con el autor cuya obra tiene entre manos.

Por el contrario, sería sorprendente que el lector, por un efecto extraño, pudiera estar distraído durante la lectura y la memoria retuviera el contenido que no había captado. ¡No hay nada más absurdo que pretender recordar algo que nunca se ha sabido!

No obstante, sigo pensando que hay memorias más débiles y perezosas que retienen con mayor dificultad las ideas. Lo mejor es ejercitarla desde joven sin sobrecargarla. Leer lentamente y aprender de memoria el contenido es el mejor método para vencer poco a poco los defectos de la naturaleza. Para el resto, puedo decir a todos aquellos que leen con buena fe y con la disposición requerida que el producto de la memoria no siempre es perceptible. Los que piensan que no han retenido nada de sus lecturas han digerido el contenido sin casi darse cuenta de que sí lo

84. (Nota del autor) *In lectione certius iudicium, quod audienti frequenter, aut suus cuique favor, aut ille laudantium clamor extorquet. Pudet enim dissentire, et velut tacita quadam verecundia inhibemur plus nobis credere; cum interim et vitiosa pluribus placeant. Sed e contrario quoque accidit, ut optime dictis gratiam prava iudicia non referant. Lectio libera est, nec actionis impetu transcurrit; sed repetere sapius licet, sive dubites, sive memoriae penitus affigere velis*, Quintiliano, *De institutione oratoria*, libr. x, cap. 1, n.º 2.



han hecho. La lectura frecuente de buenos libros desarrolla el germen de la razón y del gusto. De manera imperceptible, el talento mejora, el juicio madura, el corazón se forma y, con ello, conseguimos lo esencial.

No sabríamos dedicar demasiado trabajo ni atenciones a cultivar la memoria, depósito valioso de los talentos de la mente y de las facultades del alma. No hay que olvidar nada que pueda mejorarla y conservarla. Aquellos que por algún motivo temen perderla deben velar con atención para conservarla y que les resulte sencillo utilizarla.

Pero resulta bastante duro llevar todo esto a cabo. Queremos placeres que ya estén disponibles. Leemos por casualidad, sin interés, sin gusto y sin preocuparnos por hacerlo bien. Lo hacemos descuidadamente y de forma precipitada, con impaciencia, como si tuviéramos que deshacernos de una carga incómoda.

Quizá se me acuse de llevar este punto al extremo. Sin embargo, no son pocos en este mundo los que proceden de este modo con sus lecturas. Se apresuran a llegar al final de un libro para saltar rápidamente sobre otro y de esta lectura precipitada no extraen prácticamente nada para ellos. Los conceptos se destruyen mutuamente al concurrir y debido a su multiplicidad. El resultado no es más que desorden y confusión.

El lector juicioso piensa de forma muy diferente. Cuando maneja un buen libro lo disfruta y lo saborea. Cuanto más avanza más teme que llegue el final. Siempre le resulta complicado encontrar uno bueno y cuanto más le satisface el que está leyendo menos esperanzas tiene en encontrar uno similar.

Pero no es esta la razón de la inquietud de nuestros lectores voraces y veleidosos. Son más inconstantes que curiosos. No disfrutaban tanto leyendo como cambiando de un libro a otro. ¡Cuántos no conocen a lectores que solo leen la mitad de la obra! Y otros ni siquiera superan las primeras páginas. Algunos comienzan la lectura por la mitad, mientras que otros incluso llevan la extravagancia al extremo al comenzar a leer por el final.

Asimismo, debido a lo poco que leen, lo hacen siempre sin prestar atención, sin fervor, con la mente disipada y la mirada perdida y distraída. La mayoría de estos lectores solo leen involuntariamente. Su vista pasea por los signos del pensamiento al mismo tiempo que su alma indolente no piensa en absoluto o se encuentra ocupada con algún otro asunto. Vuelven de esta distracción como si despertaran de un letargo profundo. Su lectura es un sueño que no les deja más que ideas confusas y el simple

recuerdo de haber leído. Entendemos con certeza que su única intención es la de ahuyentar el aburrimiento y pasar el tiempo allá donde la actividad cesa y los placeres se ausentan.

Entonces, ¿qué tipo de divertimento es este? Con el fin de recrearse con gusto, ¿no sería mejor introducirse en una buena lectura para extraer, por decirlo de algún modo, la esencia, leyendo menos, pero haciéndolo con atención? ¿De qué sirve haberlo leído todo cuando no se retiene nada? Es una situación muy similar a la del viajero que viaja alrededor del mundo y regresa sin haber visto nada, sin poder contar una palabra de sus viajes más allá de que han recorrido muchos países. El uso bien ordenado y cuidadosamente dirigido de algunos libros sería más provechoso que esa ridícula incursión realizada en una ingente cantidad de volúmenes.

Pero si queremos conseguir un beneficio completo es absolutamente indispensable que tanto la reflexión como la atención vayan de la mano. ¿Qué es al final la lectura? Una conversación secreta en la que el espíritu le habla al corazón, un diálogo donde el ingenio interroga a la razón y la escucha con docilidad, un intercambio donde la razón permite que las semillas del genio den su fruto. Es una correspondencia de ideas y sentimientos entre el escritor y el lector. La obra es el intermediario común. Expone los pensamientos del primero y hace aflorar los del segundo. Los libros que dan mucho que pensar son sin excepción los mejores. Además, para extraer un buen provecho con placer, con sentido, es necesario darse cuenta de lo que se ha leído y aplicarlo sobre uno mismo, reflexionar sobre el contenido y someter la memoria para que sea tributaria del discernimiento.

No existe nada más beneficioso que acostumbrarse a observar, meditar y pensar mientras se lee. Los buenos espíritus descubren mediante esta vía mil aspectos curiosos que el común de los lectores no percibe. No obstante, no se podría poner en práctica este nivel de concentración a menudo. Si es posible, conviene que intentemos observar cada asunto en su totalidad y considerar todas sus aristas para conocerlo en profundidad. Las reflexiones sucesivas que se derivan parecen expandirlo, al tiempo que las diferentes evidencias que este examen nos proporciona enriquecen nuestro saber, amplían nuestras facultades y aumentan nuestro disfrute.

Cuanto más meditamos sobre lo que hemos leído, más conscientes somos de las ventajas de leer de forma juiciosa y metódica, y más deseos tenemos de deleitarnos con una labor tan agradable. El oficio de los ojos

es mecánico, pero su labor actúa en el terreno del entendimiento. Este proceso precede al discernimiento y a la discusión de las ideas que la mente desarrolla y que la memoria conserva.

La mejor forma de leer depende de la concurrencia de estas tres operaciones. La razón iluminada llega a recoger los frutos y a señalar su loable empleo en las distintas circunstancias de la vida.

Es bueno concebir la lectura como una conversación. Acabo de mantener una entrevista con un hombre instruido con el don de la palabra y capaz de crear muchas cosas. El diálogo me ha fascinado, pero el placer que me ha generado sería pasajero e infructuoso si al acabar no me esforzara por recordar lo que me ha dicho. No es suficiente con conservarlo, sino que debo meditar e investigar sobre el tema.

Acabas de entrevistarte con un hombre de negocios por un asunto que te interesa especialmente. Has disfrutado de su perspicacia, saber hacer y experiencia. Se ha ganado tu confianza y estima mediante buenos consejos. Pero ¿para qué te sirve si no retienes el contenido de lo que se ha tratado, si no piensas con detenimiento sobre los aspectos esenciales, si no reconsideras con ello las ideas, tu proceder y tu conducta?

Ocurre lo mismo con la lectura, incluso cuando el único objetivo es el recrearse. ¿Para qué emplear tiempo y dedicación inútilmente en esta tarea? ¿No resulta satisfactorio poder entregarse durante un tiempo prolongado a lo que se ha recogido y disfrutado en una hora de lectura? Esto aumenta el placer. En lugar de quedarse en la superficie de una obra ingeniosa es necesario disfrutar al introducirse en sus principios y mecanismos y plantearse qué ha querido decir el autor y cuál era su objetivo y su plan. Si su empeño era encubrirlo no hay nada más divertido que intentar descifrar su secreto.

¿Existe algo más interesante que leer *Las aventuras de Telémaco*? Todo en ella es atrayente e instructivo. Pero, tras haber admirado la elegancia de su estilo y la solidez de sus principios, no podemos quedarnos ahí y considerar que solo hemos leído una novela. Conviene descubrir bajo la apariencia de una ficción ingeniosa la intención del escritor. El auténtico Mentor quiere formar el corazón de un joven príncipe y que este adquiera todas las virtudes que caracterizan a los grandes reyes.

Sucede lo mismo en todos los libros, sobre todo en aquellos que son alegóricos. El método más útil y satisfactorio que se puede seguir con ellos, sean los que sean, es ponerse en el lugar del autor y descubrir las



visiones que plantea, observar qué medios se adoptan para conseguir lo que se propone e interiorizarlos para hablar, con ellos, adoptando sus impresiones, afecciones y sistemas.

Esta forma de leer se convierte en un tipo de alimento mental que hay que rumiar mucho tiempo para extraer los jugos más saludables y exquisitos. Pero, aunque el seguimiento de esta práctica basta para guiar y satisfacer el placer de los lectores que solo buscan la mera distracción, hay que ir más allá y trazar un método más exacto y fiable para conducir con éxito a aquellos que quieren avanzar hacia un estudio superior.



---

## SEGUNDA PARTE

**L**A LECTURA ES LA FUENTE MÁS ABUNDANTE DE CONOCIMIENTO. LAS enseñanzas que los maestros nos transmiten de forma oral se reducen a algunos principios elementales. Las reglas verbalmente prescritas casi no tienen otro cometido que conducirnos a la vía del estudio. Solo nos indican los medios para poner en práctica con mayor facilidad nuestro genio y nuestros talentos. Así, una vez recibida esta formación preliminar, es necesario acudir a los libros, que confirman la tradición de los preceptos mediante la exposición de ejemplos. Los libros son armas de las que hay que proveerse antes de entrar en liza, y sin las que no triunfaríamos sobre la ignorancia y el error.

Pero todas estas armas no garantizan siempre la victoria ya que algunas resultan inservibles. Muchas de ellas causan daños en lugar de ser útiles y algunas son incluso peligrosas y hieren con frecuencia a los que las manejan. Es importante seleccionarlas con atención. Efectivamente, si se aconseja elegir con cuidado los libros cuyo único fin es entretener, es mucho más importante no errar en la elección cuando se trata de seleccionar aquellos que utilizaremos para instruirnos y estudiar.

Por otra parte, es conveniente tener presente otros dos factores al escoger libros: la calidad y la cantidad. Hay que quedarse con los mejores, con los más provechosos, y acotar el número de ejemplares con prudencia en función de la conveniencia y la necesidad. De esto dependerá el fruto que nos proponemos obtener.

La calidad se divide a su vez en dos clases: los libros buenos que se prefieren en los distintos géneros literarios y aquellos especialmente reservados a la parte literaria que queramos cultivar.



El hombre no puede aprenderlo todo ni profundizar en cada detalle. Su inteligencia no es universal y sus talentos están constreñidos en cantidad y extensión. Solo llega a ser sabio con el paso del tiempo y a fuerza de trabajo, pero la vida es demasiado corta y solo podrá llegar a lograr la perfección en una sola ciencia<sup>85</sup>. Por tanto, deberá optar entre los diferentes talentos o, más bien, inclinarse por aquel que se manifieste en él mediante las señales difícilmente engañosas de la naturaleza y, como consecuencia, establecer un plan de lecturas de conformidad con su gusto particular, con el carácter de su genio, con sus facultades, su edad y el género de conocimientos que puede adquirir.

Sin embargo, recordemos que, por muy sencillo que resulte sentir la necesidad de realizar tal elección, prescribir a cada uno un método detallado será muy complicado en lo que respecta a este segundo punto. No podemos citar aquí por su nombre a cada autor, ni señalar las mejores ediciones de sus obras (lo que constituiría un catálogo), ni establecer para ello una regla general. Para todos aquellos que opten por una vida de estudio, es más fiable que se dejen guiar por los consejos acertados de los más experimentados y diestros. Contamos con excelentes tratados sobre cualquier materia y entendemos perfectamente el interés que cada ámbito despierta según las preferencias. No obstante, no podríamos insistir en la selección de los libros necesarios para la profesión que cada uno ejerza en la sociedad civil, obras que podemos denominar libros de estado. Son estos a los que debemos adherirnos con especial atención. Convenimos en que las obras sobre jurisprudencia o política no serán relevantes para un físico o un geómetra, y que la biblioteca de un poeta o la de un orador no será la misma que la de un teólogo.

A pesar de ello, existen determinados libros que se pueden y se deben recomendar de forma general y que son apropiados para todo el mundo. Entre ellos distingo dos tipos: los que tratan sobre la religión y los que versan sobre moral. Las Sagradas Escrituras están a la cabeza del primer grupo. Es el libro santo por excelencia frente al que cualquier otro libro queda eclipsado. Es una lectura celestial que exige una cautela respetuosa, una aproximación prudente, una disposición pura del alma y una docilidad de espíritu, cualidades que no abundan entre nuestros contemporáneos.

85. (Nota del autor) Ὁ βίος βραχύς, ἡ δὲ τέχνη μακρὴ, Hipócrates, *Aforismos*, I, 1. «El conocimiento es largo [de aprender], pero la vida es breve»

No obstante, sería recomendable que nadie quedara excluido y que todo el mundo pudiera fortalecer su alma con este alimento sobrenatural al que quedamos invitados mediante estas destacadas palabras: *Comede volumen istud*<sup>86</sup>.

En él lo encontramos todo: una elocuencia majestuosa, una poesía sublime, la historia más auténtica, la filosofía más purificada y la doctrina más saludable<sup>87</sup>. A este libro incomparable le siguen los tratados de Teología, los textos de los Padres de la Iglesia y los de los comentaristas. Finalmente, tenemos las obras ascéticas realizadas para fijar los principios del cristianismo y para alentar la devoción. Son un número considerable y su elección debe quedar subordinada a la autoridad eclesiástica.

Los principios de las costumbres derivan de los elementos de la fe. Este es el auténtico conocimiento del hombre, al que todos deberían aplicarse. Sea cual sea el ámbito de su estudio, la moral debe ocupar su principio y su final. Cualquier medio adoptado para ejercitarse en el arte de pensar, de hablar y de escribir o cualquier sistema filosófico no servirán para nada en el desarrollo y expansión del conocimiento del espíritu si no llevan a descubrir los movimientos secretos de sus pasiones y a purificar los sentimientos del corazón. ¿De qué valdría saberlo todo si uno no se conoce a sí mismo?

Este importante conocimiento es el objetivo final al que todas las artes deben dirigirse. La felicidad del hombre y el bien de la sociedad requieren su lectura. Por este motivo todos los filósofos nos recomiendan expresamente que recurramos a libros morales. Usemos preferiblemente aquellos que esbozan una descripción fiel de nuestros defectos, de nuestras pasiones y de nuestras extravagancias con sus correctivos. Estos libros nos convienen tanto que casi cabría pensar que se han hecho expresamente para nosotros solos. Estas son las obras a las que los maestros de las costumbres nos remiten.

86. (Nota del autor) «Aliméntate de un libro», Ezequiel, libr. III, v. 1. (Nota de la editora) Se interpretó en el sentido de prestar más atención al valor intrínseco de los libros, a su doctrina y, en particular, a sus virtudes vitales que a la forma o al estilo. Cita también el *Apocalipsis*, 10, v. 10: «Y tomé el librito de la mano del ángel y me lo comí, y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre».

87. (Nota del autor) *Innumerabiles libri, una lex, unum Evangelium nominantur. [...] Etiam in uno libro multi sunt*. Comentario de San Jerónimo al *Eclesiastés*, San Eusebio Jerónimo, *Operum*, Paris: Joannem Anisson, 1699, p. 787.

«No impongo el tiempo que se debe dedicar al estudio —decía Séneca—, pero os pido que llevéis al terreno de la moral los frutos de vuestras lecturas»<sup>88</sup>. Prácticamente no existen libros de los que un espíritu sano y estudioso no pueda conseguir algún beneficio<sup>89</sup>. Nada se asemeja a la utilidad de las obras que versan principalmente sobre las obligaciones indispensables de la humanidad. «Entre los doctores a los que queréis consultar —señala Horacio— dad preferencia a los moralistas cuyas doctrinas contienen preceptos excelentes para la conducta de la vida»<sup>90</sup>.

Sí, esta es la cuestión fundamental. Se trata de vivir en paz con fe y con los otros. Sería de una vanidad estoica limitarse al conocimiento de sí mismo y concentrarse en el interior de uno mismo. El hombre no ha nacido solo para él, sino para ser útil a sus semejantes. Una filosofía puramente contemplativa resulta estéril, por lo que será necesario adoptar una actitud activa. ¿Qué sentido tienen el arte de razonar y del bien decir si no conducen a la práctica y al buen hacer? Este es el único objetivo legítimo de cualquier estudio. Es legítimo emplearse en las ciencias y la literatura solo para conseguirlo.

Los libros son los instrumentos adecuados para este noble ejercicio. Es importante elegir los mejores y habituarse a utilizarlos desde la juventud. La costumbre de la lectura desde una edad temprana da experiencia, forma el gusto e inspira la buena elección de los libros. Los que nos ha legado la antigüedad contienen tesoros de ciencia y erudición sobre todas las materias. De todos ellos conseguimos la solidez de los principios con la delicadeza ática y la urbanidad romana<sup>91</sup>. Cualquiera que aspire a alcanzar el premio que las musas otorgan al estudio únicamente debe leer los textos capaces de aclarar el espíritu, satisfacer la razón y reformar el

88. (Nota del autor) *Quominus legas non te deterreo, dum quidquid legeris, ad mores statim referas*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, epíst. LXXXIX. (Nota de la editora) La cita se repite en el *Traité de la lecture chrétienne* de Nicolas Jamin, Paris: J. Fr. Bastien, 1774, p. 351n.

89. (Nota del autor) *Ut apes ex floribus nihil aliud sumunt, præter odorem et colorem: sic decet studiosos ex poetarum lectione ea tantum quæ ad mores formandos conferunt, ex spurcissimis fabulis colligere*, Papa Pío, *Epistola* 412.

90. (Nota del autor) *Inter cuncta leges, et percontabere doctos / Qua ratione queas traducere leniter avum*, Horacio, libr. II, epíst. 18, vv. 95-96.

91. (Nota del autor) *Interea musis animus dum mollior, insta / Et quæ mox imitere, legas; nec desinat unquam / Tecum graia loqui, tecum romana vetustas. / Antiquos evolve duces*, Claudio Claudiano, *Quartus Consulatus Honorii*, v. 396.



corazón. En conclusión, nos referimos a obras dignas de quedar grabadas en la memoria y que, por su excelencia, merecen ser imitadas<sup>92</sup>. También encontramos en los autores modernos modelos de gran utilidad para que nosotros mismos los incorporemos. La emulación que provocan basta para ser dignas de elogio.

A esta cualidad bien elegida hay que sumar una cantidad juiciosamente determinada. La abundancia de libros nunca es la que hace al sabio. En muchos casos es más perjudicial que beneficiosa. Lo más fiable es seguir este bien conocido principio: *Lege multum, non multa*. Prestemos atención a los consejos que da la sabiduría a su discípulo al respecto: «Una vez hecha una buena elección no busques nada más —dice—, no sirve de nada multiplicar los libros, hijo mío»<sup>93</sup>. Su número se ha multiplicado enormemente. La República de las Letras se encuentra llena de ellos. El deseo por escribir los lleva a reproducirse sin cesar. La curiosidad y la imaginación los llaman, y cuanto más larga la vida, más trabajo diario sería necesario para llegar difícilmente a conocer una mínima parte. Efectivamente, no podemos leerlo todo. Incluso al limitarnos a un solo género, la abundancia de los mejores libros presentaría inconvenientes.

Cuando consultamos a un gran número de doctores concluimos sin tener ningún consejo. Existe tanta diversidad en las opiniones de los hombres, tantas contradicciones en sus instrucciones, que no concluiremos nunca nada si tuviéramos que considerar todos los pareceres para llegar a un acuerdo. Cada cual tiene su modo de pensar y de explicarse; cada cual tiene su sistema y su método. Lo difícil es elegir y el peligro es tratar de reparar en todo y adoptarlo todo.

Existe un paralelismo entre los libros y los amigos. Los buenos escasean, pero incluso siendo todos excelentes, ¿sería buena idea tener muchos y cultivar la amistad de todos? No nos relacionaríamos en profundidad con ninguno o caeríamos sin duda en prevenciones extrañas y en predilecciones injustas. Este mismo es el efecto de una cantidad de lecturas demasiado abundante y de una gran variedad de estudios.

92. (Nota del autor) [...] *Ardua semper / præmia musarum cupias facundis et olim / [...]* *Perlege quodcumque est memorabile*, Ausonio, *Epistularum*, libr. iv, vv. 41, 42 y 45.

93. (Nota del autor) *His amplius, fili mi, ne requiras faciendi plures libros nullus est finis*, *Eclesiastés*, 12: 12.

El hombre es extremo en todo. No conoce el punto intermedio entre la indolencia de la ociosidad y el vicio de abordarlo todo. Ambicionar esta multiplicidad de conocimientos, inaccesible al genio humano, es el gusto de nuestro siglo y de nuestra nación. Alguien que toma el camino de la abogacía quiere formarse también en las ciencias abstractas y las artes elegantes. Y otro, a pesar de ser admitido para un puesto importante y de encargarse de funciones de gran trascendencia, se aventura a lecturas ajenas a su preparación. Intenta convertirse, a la vez, en astrónomo, anticuario y mecánico. Hurta a sus ocupaciones el tiempo que dedica a estudiar tratados de Álgebra, de Cronología y de Física.

Así, el hombre muestra su interés por conocerlo y leerlo todo. Reúne obras de todos los géneros: libros de geometría, sobre las bellas letras, anatomía, metafísica, medicina, jurisprudencia, teología o agricultura, todo al mismo tiempo. El gabinete de este particular podría servir como biblioteca pública. En esta combinación extrema de libros no se puede intuir ni el talento ni la profesión de su dueño. En este escenario, ¿alguien se sorprende ante la escasez de estudios profundos y la abundancia de espíritus superficiales? ¿Nos quejaríamos de la brevedad del tiempo porque nos gusta prodigarlo y compartirlo entre ocupaciones dispares?

Séneca tenía razón cuando decía en general lo que podíamos aplicar a una lectura desordenada en la que no somos capaces de desarrollar un plan ni encontrar ningún objetivo. «Consideremos —dice este filósofo— la conducta de los hombres. Unos cumplen mal con lo que son, otros no hacen nada y casi todos se dedican a algo diferente de lo que deberían hacer»<sup>94</sup>.

La curiosidad se divierte deleitándose con todo al primer golpe de vista y la abundancia de temas consigue que no se fije en nada. «Hay personas —afirma Aulo Gelio— que leen mucho. Se lanzan con pasión sobre todo lo que se les presenta ante los ojos. Podríamos decir, al verlos recorrer con ansia una gran cantidad de volúmenes, que no tienen otro fin más que quitarles el polvo. Pero ¿qué ocurre con estas lecturas tan dispares? El espíritu se desanima por el cansancio y el desaliento antes de que hayamos podido encontrar alguna cosa que

94. (Nota del autor) *Si volueris attendere, máxima pars vitæ elabitur male agentibus, magna nihil agentibus, tota vitæ aliud agentibus*, Séneca, *Epistulæ morales ad Lucilium*, I, 1, 1-2.

sea agradable o que merezca la pena leer y de la que podamos recordar algo con utilidad»<sup>95</sup>.

Convengo en que, si una elección de libros bien determinada es el fundamento para un buen estudio, es necesario igualmente templar su uniformidad y su aridez, así como evitar el desprecio por determinadas variedades. Pero una vez aceptadas dichas excepciones, hay que ceñirse a la norma y tener claro que una multitud de libros constituye una carga. Esto puede variar en ocasiones por esparcimiento, pero nunca como costumbre de distracción o por ligereza. No aprendemos nada cuando queremos saberlo todo<sup>96</sup>.

Diógenes Laercio cuenta que Aristipo, al ver a un hombre haciendo ostentación de su erudición y de haber leído mucho, le dijo: «Al igual que aquellos que comen demasiado no actúan tan bien como los que se contentan con los alimentos necesarios, del mismo modo los que devoran muchos libros con frecuencia son menos estudiosos y menos sabios que los que se limitan a una lectura útil y moderada»<sup>97</sup>.

Plinio establece sobre este punto otra comparación como naturalista: «La tierra –asegura– se agota sin fertilizante, pero igualmente una cantidad excesiva la quemaría en lugar de fertilizarla. Es mejor, por tanto, darle este abono con moderación y volver a hacerlo más veces de la misma forma. Así, no conviene disipar ni sobrecargar la lectura destinada a alimentar y hacer fructificar el espíritu; debe ser asidua y regular, sin que resulte demasiado vaga, ávida ni ambiciosa»<sup>98</sup>.

95. (Nota del autor) *Illi [...] multa et varia lectitantes, in quas res cumque inciderant, solam copiam sectati converrebant; quibus in legendis ante animus senio ac tædio langueret, quam unum alterumve repererit, quod sit aut voluptati legere, aut cultui legisse, aut usui meminisse*, Aulo Gelio, «Praefatio», *Noctes atticae*, I.

96. (Nota del autor) *Lectio certa prodest, varia delectat. Multitudo librorum onerat, non instruit, et fatius est paucis auctoribus se tradere quam errare per multos*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, 45, 1 y πολυμαθὴ νόσον οὐ διδάσκει (La mucha erudición no enseña entendimiento), Heráclito apud Aulo Gelio.

97. (Nota del autor) Ὅσπερ οὐχ οἱ τὰ πλεῖστα ἐσθίοντες ὑγιαίνουσι μᾶλλον τῶν τὰ δέοντα προσφερομένων, οὕτως οὐδὲ οἱ πολλὰ ἀλλ' οἱ χρήσιμα ἀναγινώσκοντες εἰσι σπουδαῖοι, Diógenes Laercio, *Libros de los filósofos*, libr. II, cap. 8.

98. (Nota del autor) *Ager nimium stercoratus aduritur: non stercoratus aget. Ita moderata lectione vegetandum erit ingenium. Nam lectione saginatur animus non aliter quam arum stercore [...] Sicuti utilis est crebro stercorari agrum, quam multum: ita plures haber fructus assidua lectio quam avida*, Plinio, libr. XVIII, cap. 23.



No hay nada más importante en la forma de leer y de estudiar que esta suerte de templanza y discreción. Les corresponde a la razón y a la prudencia establecer límites a estas prácticas antes de causar el desprecio, con el fin de evitar que una actividad tan loable como útil se torne perjudicial y censurable<sup>99</sup>. Del mismo modo que existen mentes que hay que ejercitar, hay otras a las que es bueno retener. Todos los que enseñan lo comprueban a diario y la habilidad de los maestros consiste en utilizar el freno o el espolón según convenga. Así, al alentar la práctica de la lectura, debemos insistir igualmente en las precauciones que hay que tener.

El deseo de aprender implica peligros y beneficios. Solo podemos alcanzar el éxito cuando la lectura está sabiamente regulada. Por este motivo es trascendental establecer el tiempo de estudio, que este sea frecuente y retirarse cuando sea necesario. Cuando lo dejamos con pena volveremos a ello con más ímpetu y un nuevo goce.

Séneca decía a un joven en una de sus cartas:

Lo que más me urge ahora a escribirte está relacionado con el plan y el orden de tu estudio. Con el miedo de que esta ambición por el saber, a la que te animo, no se convierta en un obstáculo que te impida triunfar, te doy algunos consejos que esta previsión me inspira. Desconfía de cualquier instrucción adquirida por azar, de las lecturas demasiado dispersas, rápidas y ligeras. Guárdate de acapararlo todo. Solo llegamos a la meta superando distintos niveles. Hay que considerar el peso con el que podemos cargar en función de la propia fuerza y centrarnos solo en aquello que podemos abarcar. Dirige tu atención a las posibilidades de tus facultades más que a la amplitud de lo que desees, ya que a cuantas más impresiones de diversos asuntos se vea expuesto el espíritu, más se fragmenta este último y más se relaja<sup>100</sup>.

En efecto, estos consejos se fundamentan en la experiencia y están dictados por la razón. Un torrente crecido por la superfluidad de las

99. (Nota del autor) *Sit ipsa lectio temperata, cui sinem consilium, non lassitudo imponat [...]. Studium intemperans lectionis in reprehensionem cadit, et quod laudabile est in genere suo, fit nimietate culpabile*, San Jerónimo, *Ad Demetriadem virginem*, epíst. CXLII, 10.

100. (Nota del autor) *Illud tamen prius scribam quemadmodum tibi ista cupiditas discendi, qua flagrare te video, dirigenda sit, ne ipsa impediatur. Nec passim carpenda sunt, nec avide invadenda universa. Per partes pervenitur ad totum. Aptari onus viribus debet, nec plus occupari quam tibi sufficere potest. Non quantum vis, sed quantum capis, hauriendum est. Quo plus recipit animus, hoc se magis laxat*, Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, epíst. CVIII.

aguas inunda un terreno y no lo hace fértil; arrasa el terreno y arrastra la simiente al tiempo que extiende la infertilidad y el desorden. La ansiada fecundidad solo se consigue con el rocío o con una lluvia sana que facilite y recompense el trabajo del agricultor.

Igual que la salud del cuerpo no proviene de la abundancia de alimentos, sino de la buena digestión de aquellos más sólidos, sencillos y menos variados, la ciencia no se adquiere mediante la confusión ni la mezcla desordenada de ideas. Su origen se encuentra en un pequeño grupo selecto de estas, las más fecundas y luminosas, y en el esfuerzo constante en su desarrollo y su profundización<sup>101</sup>. Con esto, vemos que es mejor leer menos, reflexionar más y meditar durante más tiempo sobre lo que hemos leído.

He aquí lo que definimos como una lectura metódica y bien digerida. Hay que dedicarle trabajo y cierta moderación del espíritu. Sin esto, la buena elección de los libros y su objetivo más legítimo posible no serán más que precauciones infructuosas. De todas las disposiciones favorables a la lectura, la atención es sin duda la más necesaria e indispensable. Si es una exigencia para los libros de recreo, ¿cuánta no debemos aportar al leer tratados científicos y obras de erudición? Lo que no es más que un consejo en el primer caso se convierte en un precepto riguroso en el segundo. Leer para divertirse no es más que leer, mientras que leer para instruirse seriamente es estudiar. Además, sería fácil imaginar lo que sería el estudio sin la atención suficiente. ¿Bastaría un esbozo rápido y somero cuando pretendemos concebir una pintura? En vano descubriremos verdades importantes si no trabajamos a continuación en ellas para fijarlas con cuidado.

Además, no nos confundamos. Los libros dedicados al estudio no son familiares como los de uso común. La mayoría están escritos en griego o latín; otros, aunque estén redactados en nuestra lengua resultan complicados por su temática o por su estilo, por ello se debe considerar si tal

101. (Nota del autor) *Non valet optime qui multa comedit, sed qui mediocria bene concoquit: nec est doctissimus qui multa legit, sed qui vel modica penitus scrutatur, ac funditus perpendit*, Jérémie de Triverius o Dryvère, *Apophthegmata*, 56 y *Repetamus autem et tractemus, et ut cibos mansos ac prope liquefactos dimittimus quo facilius digerantur: ita lectio non cruda, sed multa iteratione mollita et velut confecta, memoria, imitationique tradatur*, Quintiliano, *De institutione oratoria*, libr. x, cap. 1.

lectura se puede hacer sin preparación previa y si no exige una dedicación madura e intensa.

Soy consciente de que existen mentes distraídas y disipadas por naturaleza. Pero las personas de este carácter que se dedican a las funciones de la literatura deben empezar pronto a reprimir estas divagaciones y su falta de atención, a centrarse en temas interesantes y a adquirir el hábito de una dedicación estable y reflexiva. Este es el trabajo más importante al que podemos enfrentarnos.

¿Qué fruto no cabe esperar de una lectura atenta? ¿Cómo no disfrutar ni sentir atracción por ella? Nada se pierde; no dejamos escapar nada. El cuidado por conservar este sentido atento es menos penoso que las sorpresas y los deslices de las distracciones. Cuando perdemos el hilo y el seguimiento de las ideas hay que volver al principio para retomar la senda. El tiempo se escapa y retrocedemos en lugar de avanzar, a diferencia del lector atento, que se adhiere por gusto y por afección al escritor y a la obra. Este razona con Platón y Plutarco, se mide con Euclides, medita y calcula con Newton, se entusiasma con Demóstenes, alienta su ánimo con Cicerón y se eleva con Píndaro y Rousseau. Sea cual sea el objetivo de la lectura siempre se mantiene del lado de los autores, sigue sus movimientos y observa su progreso. En muchas ocasiones los ve y los escucha y siente deseos de responderles. ¡Qué dulce es este intercambio! ¡Cuántos encantos provechosos para un espíritu aplicado y un corazón susceptible a los sentimientos!

En efecto, un buen libro es un tesoro que ocupa el lugar de todo lo demás y que es suficiente para satisfacer todas las necesidades del alma y para despertar todos los placeres. El autor de este tipo de libro es un maestro hábil que instruye e incita a pensar, que despeja las dudas, ayuda a eliminar las dificultades y retos del estudio, que enseña a recoger y combinar las flores de la literatura y a disfrutar de sus frutos. Abre también las puertas a una doctrina pura y nos eleva hasta verdades sublimes. Sus preceptos se sostienen sobre pruebas palpables y ejemplos memorables. Pero para llegar a una recompensa de tales características pide que el lector colabore con la disposición de un espíritu dócil y atento.

Este autor es un médico experimentado y empático que conoce las debilidades y las enfermedades del alma. Puede protegerla y curarla de la ignorancia que la deshonra y del error que la seduce. Quiere aplicar óleos y bálsamos de la sabiduría en las heridas más ocultas y profundas



del corazón para suavizar las pasiones y purificar los sentimientos. Los antídotos que prepara tienen un potente efecto contra el veneno mortal del hastío y los peligros de la ociosidad. Pero todos los remedios resultan inútiles si no se escuchan las recomendaciones con atención y no se ejecutan de manera precisa.

Es un amigo que reúne todas las características de la auténtica amistad. Con su diligencia y generosidad, solo desea tu bien y que alcances la perfección. Además es sincero, no oculta nada que te pueda resultar útil. Comunica sin ningún tipo de reservas todo lo que piensa. Consuela la amargura de tu dolor y las injurias de la fortuna con ternura y afecto, y alerta de los escollos del placer y la prosperidad. Es discreto y complaciente, nunca resulta una carga. Te atiende en cada momento e incluso consiente tus fantasías. Se abandona y se vuelve a él cuando cada cual gusta. Es constante y fiel, nunca cambia; siempre estará ahí, celoso de tu confianza y dispuesto a servirte. Se muestra indulgente y desinteresado y entrega todo cuanto posee. Solo aspira a enriquecerte con sus adquisiciones y sus descubrimientos. ¿Qué se puede decir? Se entrega hasta alimentarte de él mismo. Tiende a unirse íntimamente a ti y te atrae a su vez hacia él. Lo único que pide a cambio es que se empleen con provecho sus dones y que se escuchen sus consejos.

Es una guía garantizada que te introduce en la escena del mundo y que muestra las diferentes facetas del hombre para nuestra instrucción. Nos lleva a conocer nuestra propia patria y a saber cómo cumplir con las obligaciones de nuestra sociedad; nos conduce a territorios extranjeros y nos ayuda a descubrir países desconocidos. Si en algún momento nos hace transitar por caminos escarpados y duros, nos ayuda y nos alienta. Lo recompensa con creces con todas las maravillas de la naturaleza y de las artes que nos descubre mediante las reflexiones que nos inspira. El placer que se recibe supera el recuerdo de las fatigas atravesadas. Este conductor bienhechor disfruta sembrando el camino de flores a nuestro paso. Bordea el camino con piedras preciosas. Valoremos el interés que despierta en nosotros para estar a su lado, caminar junto a él, disfrutar de los beneficios de su compañía y no perdernos.

Mas como sentimos la inclinación natural a hablar de lo que hemos visto, narrar los peligros que hemos evitado y las conquistas realizadas, puedes encontrar en esta guía afectísima una garantía segura, un testigo

importante e intachable que puedes citar con honor y cuya respetada autoridad dará más peso y credibilidad a tus relatos y afirmaciones.

Digamos algo que halagará todavía más al lector. Todos esos autores que, en su opinión, ejercen de manera magistral tantos ministerios, a los que dedicamos nuestros desvelos, quienes nos alumbran con su claridad, quienes nos confían todos sus secretos, estos mismos autores dignos de ser nuestros maestros en tantos sentidos, nos eligen sin embargo a nosotros como jueces. Se convierten voluntariamente en nuestros clientes y nuestros tributarios. Buscan nuestra estima y aprobación, y temen nuestra indiferencia más que nuestra censura. Al someterse de este modo a nuestra crítica, nos ofrecen un nuevo servicio. Su propósito es que ejercitemos nuestro juicio y poner a prueba nuestro gusto, y esta discusión no es el menor fruto de la lectura. Es la vía para desarrollar un buen juicio para saber proceder con acierto. El método para leer concienzudamente nos habitúa a sentir con sutileza, a distinguir la excelencia de la mediocridad y lo sólido de lo frívolo.

Estas son las ayudas y las ventajas que los libros buenos siempre proporcionan a los lectores atentos y estudiosos. Pero esto no es todo. Una lectura atenta prepara al hombre letrado para un ejercicio más laborioso y fundamental. Es cuestión de ser consciente de la lectura y de aplicarla al género literario en el que pretende embarcarse. A continuación, será necesario poner en práctica las ideas que esta lectura nos ha sugerido y el material que nos ha proporcionado.

Hasta aquí hemos observado los excesos que cometemos con los libros. Hemos delineado algunas metodologías para usarlos con discernimiento y con utilidad. Ahora llega el momento de pasar de la teoría a la práctica. El fruto de una lectura bien seleccionada y ordenada nos permite descubrir lo que desconocíamos, meditar sobre lo que acabamos de aprender, emplearlo con atención para uno mismo y para los demás. Cualquier estudio que no se dirija a estos tres objetivos será vano y quimérico<sup>102</sup>.

El hombre de letras no lee como el resto. Lo sopesa y lo aprovecha todo. Ya sea en su entrega a la labor de la escritura o en su labor concreta de un estudio puramente especulativo, lleva a cabo lecturas como obser-

102. (Nota del autor) *Omnis profectus ex lectione et meditatione procedit. Quae enim nescimus lectione discimus; quae didicimus, meditatione conservamus*, Isidoro de Sevilla, *Sententiae*, libr. III, cap. 8, 3.

vador y buen crítico. Todo cuanto podemos exigir a cualquier persona es que recuerden lo que leen, pero el literato debe conjugar las funciones de la memoria con las operaciones de la razón y la producción del genio.

Su método común consiste en leer, pluma en mano, extraer todo lo que considera bueno y añadir sus comentarios. Esta práctica es muy útil: ayuda a la memoria, graba profundamente las ideas y, gracias a la lectura, se consigue una impresión más profunda en la mente del lector. Incluso esta opción consigue apaciguar las penalidades del estudio. El placer de dejar por escrito los pensamientos que inspira un buen libro o las observaciones que suscita, compensa la aplicación que demanda la lectura. Un trabajo descansa sobre el otro. *Amant alterna camena*<sup>103</sup>. Esta variedad garantiza el agotamiento o el disgusto. Todo fructifica y nada se pierde<sup>104</sup>.

Otro buen método consiste en releer a menudo escritos excelentes en lugar de trabajar con otros que no valen la pena. Lo que no se ha percibido en una primera lectura se descubre en una segunda. Además, el carácter distintivo de las mejores obras es una suerte de fecundidad luminosa que parece reproducirse sin cesar y que ofrece al espíritu contemplativo y penetrante principios inagotables e ideas siempre nuevas. Uno no se cansa nunca de lo que es bello porque siempre podemos encontrar placer. Así, una lectura exquisita e instructiva nunca puede repetirse demasiado. Cuando volvemos sobre la obra con frecuencia somos más conscientes de su valor<sup>105</sup>.

Nada puede compararse a las bondades de leer de vez en cuando con un amigo diestro y juicioso. Ayuda a explicar el sentido de los fragmentos complejos, observar los pasajes más bellos y sentir la delicadeza de la obra. Te hace percibir todo lo que no habías encontrado en ella. Además

103. Virgilio, *Bucólicas*, libr. III, v. 59.

104. *Alit lectio ingenium et studio fatigatum, non sine studio tamen, reficit. Nec scribere tantum, nec tantum legere debemus. Altera res constrictabit vires, et exhauriet (de stilo dico), altera solvet ac diluet. Invicem hoc et illo commanandum est et alterum altero temperandum, ut quidquid lectione collectum est stilus redigat in corpus*, Séneca, *Epístulae morales ad Lucilium*, libr. XI, 84, 1-2.

105 (Nota del autor) δις και τρις τα καλά. *Lectio prima placet, necnon repetita placebit*, Willen Saldem, *De libris varioque eorum usu et abusu libri duo*. La misma cita e idea la repite Nicolas Jamin en su *Verdadero antídoto contra los malos libros* y *Non ita difficilis supererit questio, qui legendi sint, (auctores) ego optimos quidem et statim et semper*, Quintiliano, *De institutione oratoria*, libr. II, cap. 6.



de esto, sería recomendable darle cuenta de las lecturas que nos ocupan y comunicarle nuestras opiniones para descubrir su parecer.

Como resultado de este intercambio, nace la estima mutua, se estrechan los lazos de una amistad sólida y se fusiona la satisfacción secreta de saber que uno estudia y aprende. En efecto, ¿leeríamos mucho si solo leyéramos para nosotros? Para ser honestos, yo me recreo en la lectura de obras de Demóstenes, Virgilio y de la Bruyère, pero experimento un nuevo placer al conversar con alguien experto en las maravillas que me han cautivado en sus textos y en las observaciones que yo haya hecho de ellas.

El hombre de letras no está dispensado de contribuir al bien de la sociedad, al menos no más que el resto. Su conocimiento no es nada si no lo transmite<sup>106</sup>. Pero cumplir esta obligación resulta sencillo y honorable. Es también el privilegio del estudio y una recompensa por el trabajo realizado. Es, sobre todo, el medio de multiplicar los resultados beneficiosos de la lectura: hacerla en ocasiones en común con otra persona y departir a continuación sobre los temas más interesantes que plantea mediante una conversación cercana. Un diálogo de este tipo es con frecuencia tan instructivo como el estudio en solitario y puede que más propicio para perfeccionar el gusto y rectificar el juicio.

A esto hay que sumar que la lectura en voz alta imprime una huella más marcada en la mente que la que deja el silencio del retiro. El sonido y las inflexiones de la voz provocan movimientos y sensaciones que conducen con mayor facilidad a conseguir lo que se busca en la obra que se lee y le otorga cierta vida. Estos rasgos que hechizan, que afectan a aquel que lee, atraviesan con velocidad el alma del que escucha y el fruto de la instrucción se multiplica a medida que el conocimiento redobla sus efectos.

Este hábito permite al mismo tiempo ejercitarse en el arte de leer correctamente. Se trata de un talento ingenioso que embellece todo lo que toca, que consigue que las cosas más pequeñas tengan valor y que las más destacadas muestren su auténtico lustre y su excelencia. Es un talento poco frecuente que la naturaleza niega a menudo a los hombres a los que ha colmado de los dones del ingenio y la ciencia. Es un talento que algunos llevan a un nivel tan alto de perfección que es necesario

106. (Nota del autor) *Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc, sciat alter*, Aulo Persio Flaco, *Sátiras*, 1, v. 27.

ponerse en guardia contra la seducción de su voz y no juzgar el mérito de una obra por la expresividad que el lector hábil le otorgue.

Pero ya sea que leamos para los demás o que lo hagamos en soledad, que conversemos con alguien más o que meditemos sobre lo que hemos leído, es necesario abandonar cualquier idea preconcebida o crítica que nos impida avanzar hacia el auténtico objetivo del estudio para que estas prácticas sean útiles. Evitemos imitar a aquellos que solo se resuelven con empeño con las palabras de su maestro, que se dejan seducir por nombres relevantes, que no quieren escuchar la verdad más que cuando proviene de determinados doctores que estiman o que se posicionan en favor de unos pocos y recelan del resto.

Guardémonos también del desprecio estoico que envenena todo lo mejor, de esa delicadeza del gusto tan desmesurada que nos condiciona tanto en nuestras decisiones, que nos ralentiza cuando debemos aprobar algo, que nos lleva a criticar con facilidad a los autores, que nos predispone a compensar equitativamente sus defectos con sus perfecciones. En efecto, ¡cuántos lectores a los que el prejuicio seduce, a los que la extrañeza domina y a los que ciega la ignorancia, jueces incompetentes que siempre están dispuestos a opinar sin conocimiento de causa! ¡Cuántos hay que son tan fríos, despectivos e indolentes que nada les altera, tan variables que nada les define, tan irracionales, puntillosos e injustos que nada les puede satisfacer!

No obstante, cuando reflexionamos sobre ello, no podríamos negar la existencia de los límites del buen gusto y del juicio delicado, que los verdaderos concedores son los más indulgentes y que acostumbrarse de este modo a ser demasiado especulativo y difícil de contentar es perderse una parte de los placeres, empobrecerse rodeado de riqueza y negarse a conseguir oro porque lo cubren algunos granos de arena.

Reconozcamos asimismo que resulta más sencillo censurar lo que hacen los demás que hacerlo mejor uno mismo. El talento de la crítica, incluso la más fundada, es muy inferior al de inventar y producir. El que hunde sin piedad textos notables quedaría demasiado expuesto si tuviera que revelar sus pensamientos de forma regular.

Además ¿quién no tiene defectos? Aquel que menos tiene, comenta un poeta filósofo, es el más consumado de todos<sup>107</sup>. Entonces ¿de dónde

107. (Nota del autor) *Eheu! Quam temere in nosmet legem sancimus iniquam! Nam vitii sine*

procede la demanda de cualidades en sus textos que no tienen ellos mismos? ¿Dónde podemos encontrar una obra absolutamente perfecta? Aunque debemos preferir las mejores, a menudo nos vemos obligados a leer las más mediocres para extraer lo bueno que puedan contener. Son muy pocas, incluso entre las peor valoradas, las que no contienen algo útil o curioso<sup>108</sup>.

Usemos los libros como se establecen las relaciones entre personas y saquémosles el mejor partido. Habría que renunciar a la sociedad si solo quisiéramos encontrar amigos fieles y ciudadanos intachables. El talento se confunde, al igual que las virtudes, entre las imperfecciones y las debilidades. El arte del saber consiste en extraer el bien del mal. El hombre de letras actúa de este modo cuando se enfrenta a una lectura. Entre las plantas saludables nacen también algunas venenosas. Los sabios naturalistas saben distinguirlas<sup>109</sup>.

Cuando solo leemos para divertirnos hay que elegir, ya que los libros malos de este género no solo son malos, son peligrosos. Pero para la instrucción y el estudio no debemos desdeñar el uso de ciertos libros poco valorados por las gentes de gusto cuando en ellos descubrimos nuevas perspectivas y principios iluminadores. Quizá pequen de un mal estilo o el orden y la pulcritud queden ausentes, o bien la lectura sea desalentadora y fastidiosa, pero una verdad sólida o una anécdota interesante serían muy bien recibidos. Es una conquista digna del ánimo y del celo de los amantes de la ciencia.

Alguien le preguntaba a Virgilio por qué leía con tanta atención las obras de Ennio: «intento –respondía– sacar el oro de entre el estiércol»<sup>110</sup>. La cultura del saber se puede comparar siempre con la de la tierra. Hay que desbrozar, arrancar los espinos y trabajar mucho para recoger los frutos<sup>111</sup>. Pero

---

*nascitur; optimus ille est, qui minimis urgetur*, Horacio, libr. I, sátiras 3, vv. 67-69 y *Pro optimo est minime malus*, Séneca, *De tranquillitate animi*, cap. 7.

108. (Nota del autor) *Plinius major dicebat nullum esse librum qui non in aliqua parte prodeffect. Verum dixit de his qui norunt ex quibuscumque libris, si quid inest frugiserum, excerpere. Sed sunt qui in libro quantumvis bono, nihil venantur, nisi quod reprehendant*, Erasmo, *Apophthegmata*, libr. VIII.

109. (Nota del autor) *Ut inter salutare herbas nascuntur et venena, ita ex auctoribus, quae recte dixerunt, sunt excerpenda*, Erasmo, *Apophthegmata*, libr. VIII.

110. (Nota del autor) *Virgilius Ennii opera diligenter et sapius evolvens, ac rogatus quid ageret: Aurum, inquit, lego ex stercore*, Sabellicus, libr. II, cap. 7.

111. (Nota del autor) *Certemus, spinas animove ego fortius, an tu/ Evellas agro, et melior sit Horatius, an res*, Horacio, libr. I, epíst. 14, vv. 4-5. (Nota de la editora) Horacio y Boileau



no desfallezcamos. Trabajemos con esfuerzo y sembremos con prudencia. Se acerca el tiempo de una cosecha valiosa y abundante capaz de superar nuestras esperanzas.

Es una mina cuya explotación conlleva mucho trabajo, pero que produce un bien rico y seguro. Los libros son las fuentes en las que excavar. Ya sea porque el literato quiera perfeccionar su estilo o porque busque instruirse en lo profundo de las cosas, la lectura le proporciona los medios necesarios. Si el talento de escribir bien es un don de la naturaleza, también necesita que le cultiven con cuidado. El arte del bien decir solo se llega a perfeccionar recurriendo a preceptos y a ejemplos.

Vivir en las grandes ciudades o en la corte y frecuentar el mundo civilizado facilitan la tarea. Sin embargo, no todos los hombres de letras pueden gozar de esta ventaja. Unos se encuentran confinados en provincias, otros residen en el campo, algunas veces viven en el extranjero, donde el gusto y las buenas costumbres son desconocidas. No tienen otro medio para formarse o mantenerse que una lectura bien seleccionada. Los libros escritos con buen juicio son sus modelos. Con ayuda de la reflexión y del estudio procuran imitarlos.

Cicerón establecía a este respecto la siguiente comparación:

La lectura –decía– produce en mi mente el mismo efecto que el sol sobre los objetos que aclara con su luz. Cuando he leído las obras de buenos escritores siento que mi discurso se templaba al fuego de su elocuencia y que se armoniza con su estilo<sup>112</sup>.

El orador romano con todos sus talentos no rechaza recurrir a ejemplos y nos facilita uno digno de emular.

Si desde la pureza y la elegancia de la dicción el literato pasa a los fundamentos de las cosas para penetrar en ellas, es necesario que recurra a los libros. De este modo, estudia los diferentes tratados y consulta a los comentaristas. Por este tipo de confrontación, los compara entre sí,

---

asimilaron su trabajo al de los jardineros. Este último escribe en la Epístola XI «A mi jardinero»: «Oh, que de mi espíritu triste y desolado, / como el campo que tan bien has trabajado, / no pudiera arrancar las hierbas, las espinas, / y los defectos sin nombre arrancar de raíz», vv. 7-10.

112. (Nota del autor) *Fatebor, aliquid tamen, ut, cum in sole ambulem, etiam aliam ob causam ambulem, fieri natura tamen, ut colorer; sic cum istos libros ad Misenum studiosius legerim, sentio orationem meam illorum cantu quasi colorari*, Cicerón, *De oratore*, libr. II, n.º 60.

combina sus diversos saberes y explica los aspectos de uno con las observaciones del otro. Lee y relea los textos de filósofos, historiadores, polígrafos y los de los buenos críticos. Armado con las riquezas de la erudición, se encuentra en disposición de adquirir nuevos conocimientos, de razonar y escribir sobre cualquier materia objeto de sus investigaciones. Basarse en el testimonio de autores célebres para llegar a descubrir la verdad no puede considerarse plagio. ¿Qué mejor opción que dirigirse a los maestros sublimes, reformar sus ideas y consolidar su conocimiento mediante la revisión reflexiva de obras magníficas?

¿Dónde se puede localizar un genio tan fecundo y original que pueda conseguir todo por sí mismo y no tenga que recurrir nunca al talento ajeno? ¿Qué hombre lo sabe todo y no ha olvidado nada nunca? Estoy mucho menos dispuesto a admirar que a sospechar de la mediocridad y la presunción de aquel que se vanaglorie de estar dotado del talento de componer y escribir sin haber leído nada. Es prácticamente imposible publicar, sin este auxilio, una obra de algún mérito y de cierta envergadura. La aridez, un gusto inusual, lo paradójico y la confusión serán sin duda sus características más destacadas.

Un escritor sensato y que aspire a realizar un buen trabajo escucha el consejo de todos aquellos que han escrito antes que él en el mismo género. Recurre a los autores antiguos y a los modernos, de cuyas ideas nacen las suyas propias. Se corrige cuando observa los errores de los demás. Asimismo, un sinfín de detalles lo empujan a precisar la ayuda de otros. Ya sea para aclarar un asunto científico, para resolver un problema, para constatar un hecho histórico o para constatar un dato o una cita, no escatima trabajo ni atención para descubrir el objeto de su curiosidad.

Como no se fía demasiado de las declaraciones inexactas e insuficientes que recogen los extractos y los diccionarios, se remonta a las fuentes que le indican hasta conseguir en los textos mismos las verdades de las que desea instruirse. Quiere conseguir la información de primera mano. Cueste lo que cueste, se adentra en los secretos de los sabios antiguos y consulta con curiosidad a los autores originales.

Esta investigación es muy dura, aunque necesaria. Es la labor de la abeja diligente que hace la miel con los mejores néctares<sup>113</sup>. Solo se aprende a

113. (Nota del autor) Séneca: *Apes e variis floribus varios colligunt succos. Sed eos suo spiritu mutant ac digerunt. Sic evolventi sunt auctores omnes, sed quos legeris, in tuos usus transformandi*

fuerza de buscar con tesón. El éxito solo se alcanza con constancia. Esta laboriosa tarea permite erigir los diversos edificios de la erudición. El ensamblaje de los materiales es tan difícil que resulta espinoso.

Si el hombre de letras se propone abordar un tema, después de diseñar el plan, intenta hacerse con una provisión literaria conveniente para su empresa mediante extractos, apuntes y compilaciones. Se aplica a continuación para disponer las partes seleccionadas, combinarlas y unir las entre ellas. Al final acaba componiendo un todo sólido y homogéneo gracias a la unión de las diferentes materias. Es una suerte trabajo de refundición por la que la obra de otros se convierte en la suya propia<sup>114</sup>. Esta nueva producción es el resultado de una lectura inmensa.

Aquí observamos el uso provechoso de haber elegido con discernimiento los libros, de haberlos leído con atención y haber meditado sobre ellos. Ese es su destino y la utilidad que le podemos dar para instruirnos, para estudiar e incluso para simplemente divertirnos. Fomentan el hábito de pensar, la ocupación más noble e importante de todas para el hombre. Hacen las delicias de los lectores asiduos y aplicados y disipan el aburrimiento de las gentes ociosas.

A la vista de tan diversas ventajas, apresurémonos a visitar las bibliotecas. En ellas nos formamos en compañía de los grandes del Parnaso. No dejamos de obtener lo que les preguntamos. Parece que se encuentren afectados por nuestro celo y siempre están dispuestos a coronar nuestra emulación con sus favores. Nunca nos alejamos de ellos sin que nos hayan hecho partícipes de sus riquezas. No hay nada que perder, sino todo por ganar a su amparo. Su favor no es engañoso ni pasajero. Nunca mueren totalmente<sup>115</sup> y su gloria no se desvanece como la del resto de hombres. El recuerdo de su persona y la huella completa de su alma nos quedan en sus escritos. Evoquemos con confianza sus manes célebres<sup>116</sup>. Invitémoslos a que nos comuniquen algún destello de ese bello fuego que les da vida aún.

---

*sunt*. Nueva cita incorporada por Jamin en su *Traité de la lecture chrétienne*.

114. (Nota del autor) *Ut e diversis numeris constat unus summam illorum in se complectens, sic e diversis conflatur erudition, jam tua, non aliorum*, Séneca.

115. (Nota del autor) Horacio afirmaba de manera profética sobre sí mismo, y con razón, lo que se puede aplicar a la memoria de aquellos que han destacado por sus escritos: «*Exegi monumentum aere perennius / [...] Non omnis moriar: multaque pars mei / vitabit Libitinam, usque ego postera / crescam laude recens*», *Odas*, libr. III, 30, vv. 1, 6-8.

116. «Dioses infernales o almas de los difuntos, considerados benévolos, a los que



Autores ilustres que honráis a Roma y a Grecia, escritores célebres que habéis contribuido al esplendor del reino de Luis el Grande, hacednos dignos de aprender a pensar y hablar correctamente. Teólogos excelsos, mostradnos nuestras obligaciones con el Ser supremo y con los hombres con los que vivimos. Moralistas doctos y prudentes, mostradnos nuestros deberes para con nosotros mismos. Filósofos laboriosos, iniciadnos en los misterios de la naturaleza y elevad nuestro espíritu hacia la contemplación de sus maravillas. Oradores elocuentes y poetas sublimes, alentadnos el corazón y definid nuestro gusto. Historiadores graves y juiciosos, abridnos los archivos de la antigüedad, descubridnos para el bien de nuestra instrucción qué sucesión de eventos han dado lugar a las virtudes, las pasiones y los errores humanos. Príncipes de la literatura, maestros de la erudición en todos los géneros, finalizad sobre nosotros vuestra obra. Inspiradnos los medios para imitar con fidelidad los modelos que habéis trazado, así como para estudiar con sensatez los libros excelentes que nos habéis legado. Serán monumentos inmortales de vuestra generosidad y vuestro saber.

No hay ninguna duda: estos libros son oráculos de la ciencia y la verdad cuyas respuestas hay que respetar y recibir como lecciones propicias para perfeccionar la razón, el genio, el gusto y las costumbres. Estos libros son el testamento de los sabios y eruditos que han querido transmitir a la posteridad sus máximas y sus opiniones. En efecto, hombres admirables, cuyo celo, mérito y talentos constituirán por siempre la gloria del espíritu humano, han legado a los lectores estudiosos los frutos de su trabajo y de sus desvelos, en una palabra, todo su saber y sus descubrimientos.

¡Dichoso aquel llamado a una herencia tan honorable y con un valor que supera cualquier otro bien! ¡Más dichoso incluso el que la recibe, la conserva y le da un buen uso! Seremos ricos siempre que tengamos a nuestro alcance los medios para adquirir el conocimiento y la virtud.

Sí, cuando reuní en mi casa una cantidad suficiente de los mejores libros creía estar viendo el Areópago. Mi hogar se había convertido en el santuario de las musas. El espíritu de las luces la habitó y la honró con su presencia. *Mens addita videtur meis adibus*<sup>117</sup>. Desde este refugio respetable y tan bien abastecido me propuse desafiar el hastío y su postración, la

---

rendían culto los antiguos romanos» (DRAE).

117. (Nota del autor) Cicerón, *Epistula ad Atticum*, libr. IV, epíst. 8.

ociosidad y sus riesgos, la fortuna y sus contratiempos, las dolorosas penas y todo su amargor<sup>118</sup>.

Desde entonces desprecio las riquezas y los lujos ostentosos que les siguen. Rechazo los honores y el brillo fastuoso que los rodea. Renuncio incluso a los placeres que seducen y a cualquier pompa mágica que los disfrace o los varíe. No, no existe felicidad comparable a la mía ni conozco ninguna otra tan auténtica como la que yo disfruto.

¡Oh, lectura, alimento de nuestra alma, testigo de nuestra vida, espejo fiel en el que el hombre aprende a conocerse a sí mismo, objeto verdaderamente digno de su curiosidad y su estudio! Lectura, presente del cielo, placer puro, delicioso, tranquilo y duradero. Goce de todas las edades, de todos los estados, placer accesible, siempre dispuesto y siempre nuevo, que nos acompaña allá donde vayamos y del que nunca nos arrepentimos. ¡Lectura, escuela de la sabiduría, fuente fecunda de doctrina! Tú enriqueces nuestra memoria, embelleces nuestra imaginación y rectificas nuestro gusto. Eres tú la que nos transmites los preceptos del buen gusto, la que haces germinar los dones de la naturaleza y la que revelas todos los secretos del arte. Nos mantienes en la más amable de las compañías, haces soportable la soledad más oscura y la cautividad más triste. Calmas nuestros pesares y nuestras dificultades.

¡Oh, qué placentero es entregarse a una labor tan agradable, legítima y útil! ¿Quién no se daría cuenta de todos estos valiosos beneficios? Intentemos conseguirlos todos. Habituémonos desde una edad temprana a estimar el valor de la lectura, a amarla, disfrutarla y conseguir que prospere en nosotros. Dedicuémosle nuestro recreo. Entendamos que el estado del hombre ocioso y sin estudio supone una privación de la vida y una especie de sepultura. *Otium sine litteris mors est, et hominis vivi sepultura*<sup>119</sup>. No coartemos nuestro interés a una especulación vana y estéril. Que la teoría de la ciencia nos conduzca a la práctica de la virtud. No ambicionemos instruirnos y saber más que para poder actuar y obrar correctamente, que los diálogos con los muertos nos enseñen a conversar con los vivos, que

118. (Nota del autor) *Et gaudium mihi et solatium in litteris: nihilque tam latius: nihil tam triste quod non per has sit minus triste. Itaque ad unicum doloris levamentum, studia confugio, quæ præstant, ut adversa magis intelligam, sed patientius seram [...] Porro ut ex studiis gaudium, sic studia hilaritate proveniunt*, Plinio el Joven, *Epistularum Libri Decem*, libr. VIII, epist. 19.

119. (Nota del autor) Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, 82.

el buen uso de los libros justifique la elección que hayamos hecho y que la firme doctrina que consigamos de ellos sea la base de nuestras máximas, el principio de nuestras acciones y la norma de nuestros deberes, de nuestras costumbres y de nuestra conducta.



APÉNDICES DE D'ALEMBERT,  
VOLTAIRE Y ROUSSEAU



---

D'ALEMBERT  
BIBLIOMANÍA<sup>120</sup>  
(1752)

Pasión desmedida por los libros y su acumulación.

**D**ESCARTES DECÍA QUE LA LECTURA ES UNA CONVERSACIÓN QUE MANTENEMOS con las grandes figuras de los siglos pasados, pero una conversación selecta mediante la que nos descubren únicamente lo mejor de sus pensamientos. Esto puede resultar cierto para los grandes hombres, pero como estos no abundan nos estaríamos equivocando si aplicásemos este principio a cualquier tipo de libro y a toda clase de lecturas. Tanta gente mediocre e incluso tantos tontos han escrito que, en general, cabría entender una gran colección de libros del género que sea como una mera recopilación de memorias al servicio de la historia de la ceguera y de la locura de los hombres, por lo que se podría incluir en todas las grandes bibliotecas la siguiente inscripción filosófica: «sanatorios del espíritu humano».

De esto se deduce que cuando el amor por los libros no está regido por la filosofía y por una mente ilustrada se convierte en una de las pasiones más ridículas. Sería casi como la locura de un hombre que acumulase cinco o seis diamantes bajo una pila de piedras.

El amor por los libros solo es meritorio en dos casos. El primero, cuando se sabe estimar su valor y los leemos con la mirada de un filósofo, para aprovechar todo lo bueno que contienen y reírnos de todo lo malo

120. Publicado en la *Encyclopédie Méthodique*, Paris: 1752, p. 228.



que expongan. El segundo caso se da cuando se poseen tanto para los demás como para uno mismo y se comparten con gusto y sin medida. En ambas situaciones podríamos pensar en Falconet como modelo para todos aquellos que cuentan con bibliotecas o las tendrán en un futuro<sup>121</sup>.

Escuché decir a una de las más hermosas mentes de este siglo que había conseguido hacerse, por una vía bastante singular, con una biblioteca selecta y bien surtida, y que, sin embargo, no ocupaba mucho espacio. Si compraba, por ejemplo, una obra con doce volúmenes, de los que solo valía la pena leer seis páginas, se quedaba con estas páginas y arrojaba el resto al fuego. Esta forma de crear una biblioteca cuenta con mi absoluta aprobación.

La pasión por tener libros a veces conduce al extremo de una avaricia sórdida. Conocí a un loco que había desarrollado una pasión exagerada por los libros de astronomía, a pesar de no saber nada de esta disciplina. Compraba estos libros a un precio exorbitado y los guardaba convenientemente en un cofre sin siquiera verlos. No se los habría prestado ni dejado ver a Halley o a Monnier si los hubieran necesitado. Había otro que mantenía la encuadernación de sus libros perfectamente y, por miedo a estropearlos, tomaba prestados los de los demás cuando los necesitaba, aunque los tuviera en su colección. En la puerta de su biblioteca se podía leer *«ite ad vendentes»*, por lo que no prestaba libros a nadie.

En general, la bibliomanía, salvo ciertas excepciones, es como el amor por los cuadros, las curiosidades o las casas: los que tienen todo esto casi no lo disfrutan. Así, un filósofo que entrase en una biblioteca podría decir de casi cualquier libro que viera lo que un filósofo ya dijese al penetrar en una casa demasiado decorada: *«quam multis non indigeo»*, ¡cuántas cosas que no necesito!

121. Alude a Camille Falconet que publicó el catálogo de su extensa biblioteca bajo el título *Catalogue de la Bibliothèque de feu M. Falconet, Medecin Consultant du Roi, et Doyen des Médecins de la Faculté de Paris*, Paris: Barrois, 1763, 2 vols.

---

ROUSSEAU  
DE LA LECTURA<sup>122</sup>  
(1764)

**L**EER POCO Y MEDITAR MUCHO SOBRE LAS LECTURAS O, LO QUE ES LO mismo, dialogar bastante de lo leído con los amigos es el mejor método para asimilarlo todo. Considero que, una vez que has abierto la mente a través de la costumbre de reflexionar, siempre es mejor encontrar por uno mismo las cosas que encontraríamos en los libros. Este es el auténtico secreto para retenerlas en la mente y hacerlas nuestras, en lugar de aceptarlas tal y como se entregan, casi siempre de una forma que no se corresponde con nosotros.

Sin embargo, a mucha gente este sistema les resultaría muy perjudicial y necesitan leer mucho y meditarlo poco, porque con una mala cabeza no retienen nada tan mediocre como lo que producen ellos mismos.

En el ámbito de la moral, no existe ninguna lectura en el mundo que sea útil para nadie. En primer lugar, porque la multiplicidad de libros nuevos que cuentan uno tras otro pros y contras destruye el efecto de uno por el otro y consigue que ninguno sea legítimo. Los libros seleccionados que releemos tampoco surten efecto: si fundamentan los principios del mundo, son superfluos y si los combaten, son inútiles. Todos aquellos que los leen están atados a los defectos de la sociedad mediante cadenas que no pueden romper. El hombre del mundo que desea trasegar su alma un instante para restablecerla en el orden moral, al encontrar por todas

122. Publicado en Rousseau, Jean-Jacques, *Esprit, maximes, et principes*, Neuchatel: Libraires Associés, 1764, pp. 337-343.

partes una resistencia invencible, se ve forzado a conservar o recuperar su posición inicial. Pronto quedará desalentado por este esfuerzo en vano, no volverá a intentarlo y se habituará a mirar la moral de los libros como cháchara entre gente ociosa. Cuanto más nos alejamos del comercio, de las grandes ciudades y de las sociedades bulliciosas, más se reducen los obstáculos. Existe un punto en el que estos obstáculos dejan de ser imbatibles y los libros pueden ser de alguna utilidad. Cuando vivimos aislados, como no nos apresuramos en las lecturas para hacer ostentación de ellas, las cambiamos menos, reflexionamos más sobre ellas y, como no encuentran un contrapeso demasiado grande en el exterior, causan más efecto en el interior.

Para valorar la utilidad de las lecturas hay que establecer las disposiciones que imprimen en el alma. ¿Qué tipo de bondades puede tener un libro que no lleva a sus lectores al bien?

El exceso de libros acaba con el conocimiento. Al considerar que sabemos lo que hemos leído, nos creemos exentos de aprenderlo. Demasiada lectura solo sirve para generar ignorantes presuntuosos. A lo largo de los siglos de la literatura, no ha habido ninguno en el que se haya leído tanto como en este, y ninguno en el que hayamos sido menos sabios. En ningún país de Europa se han imprimido tantas historias, relaciones y viajes como en Francia, y ninguno de ellos conoce menos el ingenio y las costumbres de las otras naciones que nosotros. Tantos libros nos llevan a olvidar el libro del mundo, y si aún continuamos leyéndolo, a cada uno le basta con su página. Dejemos la acumulación de libros de la que nos jactamos a aquellos que con ello se contentan. Es buena, como la obra de Ramón Llull, para aprender a parlotear sobre lo que no se sabe. Es buena para conseguir que platonos de quince años filosofen en círculos, y también para instruir a una compañía en las costumbres de Egipto y las Indias, así como en la fe de Paul Lucas o de Tavernier.

Nuestros escritos se resienten de nuestras frívolas ocupaciones: divertidos, si queremos, pero pequeños y fríos como nuestras impresiones. Su mayor mérito reside en un análisis simple sobre bagatelas que realizamos sin esfuerzo. Este montón de obras efímeras que nacen cada día con el único objetivo de entretener a las mujeres, sin fuerza ni profundidad, pasan directamente del tocador al mostrador.

Es la vía para reescribir sin cesar lo mismo y hacer que sea nuevo cada vez. Se me citarán dos o tres que son la excepción, pero yo recurriré a



cien mil que confirman la regla. Por este motivo, la mayoría de las obras de nuestra época pasarán con ella, y la posteridad creerá que hicimos muy pocos libros en este mismo siglo en el que tanto sabemos.

En general, cualquiera que otorgue más valor a las cosas que a las palabras preferirá los libros de la antigüedad por encima de los nuestros, solo porque siendo los primeros, aquellos se encuentran más cerca de la naturaleza y su ingenio les es más propio. Todo cuanto hayan podido decir Antoine Houdar de la Motte o el abad Jean Terrasson<sup>123</sup> no supone un verdadero progreso para la razón de la especie humana, ya que todo lo que ganamos por una parte se pierde por otra; además, el talento parte siempre del mismo punto, y con el tiempo que dedicamos a saber lo que otros han pensado, perdido por no dedicarlo a aprender a pensar por nosotros mismos, conseguimos más claridad y menos fortaleza de mente. Ejercitamos nuestro talento, como hacemos con los brazos, mediante el uso de herramientas, y no por sí mismo. Cuanto más ingeniosas sean estas herramientas más toscos y torpes serán nuestros órganos, y a fuerza de reunir máquinas alrededor dejamos de encontrar algo en nosotros mismos.

Todo aquel que quiera paz no debería recurrir a los libros, pues son el camino para no acabar nada. Los libros son una fuente de disputas inagotable. Revisemos la historia de los pueblos: los que no tenían ningún libro no peleaban.

¿De qué sirven una biblioteca o una galería, incluso considerando que nos guste la lectura y que entendamos de pintura? Sabemos que tales colecciones no están nunca completas y que la imperfección que causa lo que falta atormenta más que no tener nada. En estos casos la abundancia trae la miseria. No hay un solo coleccionista que no lo haya experimentado. Cuando se es consciente de ello no hay que mostrar las compilaciones; no se debe exhibir el estudio privado cuando no se sabe cómo darle un buen uso.

Se dice que el califa Ómar, al consultarle sobre lo que se debería hacer con la biblioteca de Alejandría, respondió con estas palabras: «Si los libros de esta biblioteca contienen cosas que se oponen al Corán, son malos y hay que quemarlos. Si solo contienen las doctrinas del Corán, quemadlos también: son innecesarios». Nuestros sabios consideran este

123. Tanto Houdar de La Motte (1672-1731) como Jean Terrason (1670-1750) sobresalieron en su tiempo por su importancia como eruditos e historiadores de la literatura.

razonamiento el culmen de la absurdez. No obstante, imaginad a Gregorio Magno en el lugar de Ómar y el Evangelio en vez del Corán: se habría quemado igualmente la biblioteca. Y puede que este hecho hubiera sido el más hermoso de la vida de este ilustre pontífice.

---

VOLTAIRE  
LIBERTAD DE IMPRENTA<sup>124</sup>  
(1764)

¿QUÉ DAÑO PUEDE CAUSARLE A RUSIA LA PREDICCIÓN DE JEAN-JACQUES<sup>125</sup>? Ninguno; y se le permitirá explicarla en un sentido místico, típico o alegórico, según la costumbre. Las naciones que destruirán a los rusos serán las Bellas Letras, las Matemáticas, el espíritu de la sociedad y la cortesía, que degradan al hombre y pervierten su naturaleza.

Se imprimieron entre cinco y seis mil folletos en Holanda contra Luis XIV, y ninguno hizo que perdiera las batallas de Blenheim y de Ramillies o el asedio de Turín.

Por norma general, servirse tanto de la pluma como de la lengua es un derecho natural, con los riesgos, peligros y fortunas que ello conlleva. Recuerdo muchos libros que han aburrido a sus lectores, pero no conozco ninguno que haya causado un mal real. Algunos teólogos, o aspirantes a políticos, lo proclaman: «La religión quedará destruida y el gobierno acabado si se imprimen determinadas verdades o ciertas paradojas. No

124. Este artículo se incluyó en el *Dictionnaire philosophique* que Voltaire publicó en 1764.

125. (*Nota del autor*) Rousseau predijo la próxima destrucción del imperio de Rusia. Su razonamiento de base se fundamentaba en que Pedro I de Rusia trató de difundir las artes y las ciencias en su imperio. Pero para desdicha del profeta, las artes y las ciencias únicamente prosperaron en la nueva capital, donde prácticamente solo las cultivan manos extranjeras. No obstante, dichos avances, aunque circunscritos a la capital, han contribuido al crecimiento del poder de Rusia y nunca se ha visto menos expuesta a los acontecimientos que pueden destruir un gran imperio que desde que Rousseau lo profetizó.



oséis pensar nunca si no habéis pedido permiso con antelación a un monje o a un funcionario. Atenta contra las buenas costumbres que el hombre piense por sí mismo. Homero, Platón, Cicerón, Virgilio, Plinio u Horacio nunca han publicado nada sin que lo aprobaran antes los doctores de la Sorbona y la Santa Inquisición.

«Observad la terrible decadencia en la que la libertad de prensa ha sumido a Inglaterra y Holanda. Es cierto que abarcan el comercio del mundo entero, y que Inglaterra resulta siempre victoriosa en tierra y mar, pero se trata de una grandeza y una riqueza falsas. Caminan con paso firme hacia la ruina. Un pueblo ilustrado no puede subsistir».

No se puede razonar de manera más justa, estimados amigos, pero veamos, por favor, qué estado se ha perdido por un libro. El más peligroso y perjudicial de todos es el de Spinoza. Este autor no solo ataca el Nuevo Testamento en calidad de judío, sino que también destruye el antiguo como sabio. Su sistema de ateísmo es mil veces más coherente y está mejor razonado que los de Estratón<sup>126</sup> y Epicuro. Debemos recurrir a una profunda sagacidad para desarmar los argumentos que emplea para intentar demostrar que una sustancia no puede formar otra.

Odio igual que vosotros su libro, que quizá entienda mejor que vosotros, y al que habéis dado una respuesta errónea. ¿Acaso habéis visto que este libro haya cambiado la apariencia del mundo? ¿Existe algún predicador que haya perdido un florín de su pensión por la difusión de las obras de Spinoza? ¿Algún obispo ha visto disminuir sus rentas? Todo lo contrario, sus ingresos se han multiplicado desde entonces. El mayor de los males se reduce a un pequeño número de lectores pacíficos que han analizado los argumentos de Spinoza en sus despachos y han escrito a favor o en contra de obras muy poco conocidas.

Vosotros mismos habéis sido muy poco consecuentes por haber impreso, *ad usum Delphini*, el ateísmo de Lucrecio (como ya se os ha reprochado), y no ocurrió ningún problema ni ningún escándalo, así que dejemos vivir en paz a Spinoza en Holanda como ya dejaron descansar a Lucrecio en Roma.

126. Estratón de Lámpsaco de fue un filósofo griego peripatético, que vivió de 340 a. C. a 268 a. C. Se dedicó al estudio de las ciencias naturales. Aquí se le cita porque negó la necesidad de un dios para crear el universo y defender la idea de que solo era necesaria la fuerza inconsciente de la naturaleza.

Pero si se publica algún libro nuevo con ideas que entren en conflicto con las vuestras (suponiendo que las tengáis) o cuyo autor sea de un partido contrario al vuestro o, lo que es peor, que no comulgue con ninguno, os ponéis en alerta. Supone un ruido, un escándalo y un alboroto general en vuestra pequeña porción de tierra. Menudo hombre abominable que ha imprimido que si no tuviéramos manos no podríamos hacer ni medias ni zapatos, ¡qué blasfemia! Las santurronas gritan, los doctores sibilinos se congregan, las alarmas se disparan de un colegio a otro, de casa en casa, grupos enteros en movimiento. ¿Y por qué? Por cinco o seis páginas que se olvidarán al cabo de los tres meses. Si un libro no os gusta, no lo toméis; si os aburre, no lo leáis.

Me señaláis que los libros de Lutero y de Calvino han destruido la religión romana en media Europa. ¿Por qué no decís también que los libros del patriarca Focio han acabado con esta misma religión romana en Asia, África, Grecia y Rusia?<sup>127</sup>

Cometéis un gran error si consideráis que ciertos libros os han hundido. El imperio ruso tiene dos mil leguas de extensión y no hay en todo este territorio seis hombres que hayan tratado la controversia entre la iglesia griega y la latina. Si el fraile Lutero, el canónigo Calvino o el párroco Zuinglio<sup>128</sup> se hubiesen conformado con escribir, Roma seguiría subyugando aún todos los estados que perdió; pero estas figuras y sus seguidores iban de ciudad en ciudad, de puerta en puerta, amotinaban a las mujeres y recibían el apoyo de príncipes. La Furia que azuzaba a Amata y a la que azotaba como una pezuña, como explica Virgilio, no resultaba más turbulenta. Tened en cuenta que un capuchino entusiasta, conspirador, ignorante, dúctil, vehemente, emisario de alguien ambicioso e intrigante, que reza, confiesa y comulga conmocionará a toda una provincia más de lo que cien autores conseguirán iluminarla. No fue el Corán el que dio fama a Mahoma, sino Mahoma el que consiguió el éxito del Corán.

Roma no sucumbió ante los libros; fue derrotada por haber llevado a Europa a que se subleva contra sus botines y por vender públicamente

127. Focio (ca. 820-893), conocido como San Focio o Focio el Grande, fue patriarca de Constantinopla, escritor bizantino, y santo de la Iglesia ortodoxa. Fue una figura influyente en la evangelización de los eslavos y también en el llamado «Cisma de Focio».

128. Ulrico Zuinglio (1484-1531) fue el líder de la Reforma Protestante suiza y el fundador de la Iglesia Reformada Suiza. Tras el estudio de las Escrituras, llegó a similares conclusiones que Lutero.

las indulgencias; por haber insultado a los hombres, por haber querido gobernarlos como si fueran animales domésticos, por haber abusado de su poder hasta tal extremo que sorprende que haya conservado algún pueblo. Enrique VIII, Isabel de Inglaterra, el Duque de Sajonia, el landgraviato de Hesse, los príncipes de Orange, los Condé y los Coligny se encargaron de ello, los libros no. Las trompetas no ganaron nunca batallas ni derribaron más murallas que las de Jericó.

Teméis a los libros como algunas aldeas temieron a los violines. Dejad que se lea y que se baile. Ninguno de estos entretenimientos causará nunca daño al mundo.



---

VOLTAIRE  
LIBROS<sup>129</sup>  
(1764)

SECCIÓN I

**D**ESPRECIÁIS LOS LIBROS, VOSOTROS QUE HABÉIS PASADO TODA LA VIDA inmersos entre las vanidades de la ambición y en la búsqueda del placer y la ociosidad, pero tened presente que todo el universo conocido está únicamente gobernado por ellos, excepto las naciones salvajes. Toda África hasta Etiopía y Nigritia siguen el libro del Corán, tras haberse doblgado al libro del Evangelio. China se rige mediante el libro moral de Confucio, una gran parte de la India por los Vedas y Persia siguió durante siglos las obras de uno de los Zoroastros. Si tenéis un juicio, vuestro bien, vuestro honor y vuestra vida misma dependerá de la interpretación de un libro que no habéis leído jamás.

*Robert le diable*, *Les quatre fils de Aymon* y *L'histoire des imaginations extravagantes de Monsieur Oufle* también son libros, pero estos son como los hombres: solo unos cuantos alcanzan notoriedad, mientras que el resto se confunde en la multitud<sup>130</sup>.

129. Artículo publicado en el *Dictionnaire philosophique*.

130. *La vie du terrible Robert le diable* se publicó en 1496. *Les quatre fils de Aymon* es una conocida canción de gesta, mientras que *L'histoire des imaginations extravagantes de Monsieur Oufle*, relativa a los daños que causan la lectura de libros extravagantes (magia y supercherías fundamentalmente) se publicó en París: Gosselin, 1710.

¿Quién dirige al género humano en los países civilizados? Aquellos que saben leer y escribir. Vosotros no conocéis a Hipócrates, a Boerhaave ni a Sydenham, pero ponéis vuestro cuerpo en las manos de otros que sí los han leído<sup>131</sup>. Abandonáis vuestra alma a los que cobran por leer la Biblia, a pesar de que no lleguen a cincuenta en total los que la han leído completa atentamente.

Los libros gobiernan hasta tal punto el mundo que los que mandan hoy en la ciudad de los escipiones y los catones han querido que los libros sobre los que se fundamenta su ley sean solo para ellos; son su cetro. Han aplicado un crimen de lesa majestad a todos aquellos súbditos que los hayan tocado sin un permiso expreso. En otros países se ha prohibido pensar por escrito sin una patente real.

Existen naciones en las que las reflexiones se consideran puramente como un objeto de compraventa. Los mecanismos de la razón humana solo se consideran aquí a dos sueldos la hoja. Si por casualidad el librero quiere un privilegio para su mercancía, ya venda a Rabelais o a los Padres de la Iglesia, el magistrado lo dará sin atender a lo que contienen los libros.

En otro país, la libertad para explicarse a través de los libros es una de las prerrogativas más sagradas. Se imprime todo lo que se desea bajo pena de aburrir o de ser castigado si se abusa en demasía del derecho natural de cada uno.

Antes de la admirable invención de la imprenta, los libros eran poco comunes y más caros que las piedras preciosas. No había casi ningún libro en nuestras naciones bárbaras hasta Carlomagno, y desde él hasta el rey Carlos V de Francia, conocido como el Sabio, y después de este hasta Francisco I de Francia, hubo una carencia extrema.

Solamente los árabes tuvieron libros desde el siglo VIII de nuestra era hasta el XIII.

China contaba con muchísimos cuando nosotros no sabíamos ni leer ni escribir.

Los copistas estaban muy solicitados en el imperio romano desde los tiempos de los Escipiones hasta las invasiones bárbaras.

131. Herman Boerhaave fue un reputado físico y Sydenham alcanzó su fama como médico.

Los griegos se dedicaron particularmente a transcribir durante la época de Amintas, Filipo y Alejandro y continuaron con su labor sobre todo en Alejandría.

Se trata de una tarea bastante ingrata. Los comerciantes pagaban siempre muy mal a los autores y copistas. Se necesitaban dos años de trabajo constante para que un copista transcribiera correctamente la Biblia sobre pergamino. ¡Cuánto tiempo y esfuerzo invertido para copiar sin errores en griego y latín las obras de Orígenes, de Clemente de Alejandría y de todo el resto de autores denominados «padres»!

Hieronymus, o san Jerónimo, tal y como lo conocemos, explica en una de sus cartas satíricas contra Rufino<sup>132</sup>, que se arruinó comprando las obras de Orígenes, contra el que escribía con tanta amargura y tanta furia. «Sí —decía—, he leído a Orígenes; si es un crimen reconozco que soy culpable, y además he agotado mis recursos comprando sus obras en Alejandría»<sup>133</sup>.

Las sociedades cristianas tuvieron, durante los primeros tres siglos de historia, cincuenta y cuatro evangelios, de los cuales solo se conocieron dos o tres copias entre los romanos de la antigua religión hasta la época de Diocleciano.

Para los cristianos, mostrar los evangelios a los gentiles suponía un delito imperdonable. Ni siquiera se los prestaban a los catecúmenos.

Cuando Luciano cuenta en su *Filopatro*, insultando a nuestra religión, que prácticamente desconocía, «que un grupo de mendigos le condujo a un cuarto piso, donde se invocaba al padre por el hijo, y donde se presagiaban desgracias al emperador y al imperio», no dice que se le mostrara libro alguno. Ningún historiador ni autor romano habla de los Evangelios.

Cuando un cristiano tristemente temerario e indigno de la santa religión destrozó y pisoteó en público un edicto del emperador Diocleciano y trajo las persecuciones que antecedieron a una mayor tolerancia, los cristianos fueron obligados a entregar los Evangelios y demás escrituras a los magistrados, algo inédito hasta entonces. Aquellos que entregaron sus libros por temor al encarcelamiento o incluso a la muerte fueron

132. Carta de san Jerónimo a Pamaquio.

133. El alejandrino Orígenes (185-254) es considerado uno de los teólogos más eminentes de la antigüedad cristiana.



considerados como apóstatas sacrílegos por el resto de cristianos. Se les dio el sobrenombre de *traditores*, de donde viene la palabra «traidores». Muchos obispos consideraron que era necesario rebautizarlos a todos, lo que causó un cisma descomunal.

Los poemas de Homero fueron durante mucho tiempo tan poco conocidos que Pisítrato fue el primero que los ordenó y que hizo que se transcribieran en Atenas aproximadamente 500 años antes de nuestra era.

Puede que hoy en día no haya ni una docena de copias de los *Vedas* y del *Avesta* en todo Oriente. No habríais encontrado un solo libro en toda Rusia en 1700, excepto los misales y alguna Biblia perteneciente a papas ebrios de aguardiente.

En la actualidad nos quejamos del exceso, pero no les corresponde a los lectores el quejarse. El remedio es sencillo, ya que nada les obliga a leer. Tampoco es tarea de los autores. Los que forman parte de la multitud no deben gritar que se les aprieta. ¡Qué poca gente lee a pesar de la enorme cantidad de libros que hay! Y si leyéramos con atención, ¿observaríamos las lamentables tonterías a las que el vulgo se continúa entregando cada día?

La multiplicación de los libros, a pesar de la ley sobre no reproducir nada sin necesidad, se debe a que con unos libros se hacen otros; con varios volúmenes ya impresos creamos una nueva historia de Francia o de España sin añadir ninguna novedad. Todos los diccionarios están elaborados a partir de otros diccionarios; casi todos los libros nuevos de geografía no son más que repeticiones de libros de geografía. La Suma Teológica de santo Tomás ha desencadenado 2.000 grandes volúmenes de Teología. Y los mismos gusanos que carcomieron a la madre carcomerán igualmente a los descendientes.

Aquel que escriba en este oficio por placer  
la tinta, e incluso el papel, puede perder.

---

## SECCIÓN II

**E**N OCASIONES RESULTA BASTANTE PELIGROSO ELABORAR UN LIBRO. Silhouète había imprimido uno sobre la armonía entre la religión y la política antes de que pudiera siquiera intuir que un día llegaría a ser controlador general de finanzas. Su suegro, el médico Astruc, había entregado al público las fuentes de las que el autor del Pentateuco había podido hacerse con todas las cosas asombrosas que habían ocurrido mucho tiempo antes<sup>134</sup>.

El mismo día en que Silhouète comenzó a trabajar, algún buen amigo buscó ejemplares de los libros de suegro y yerno para llevarlos ante el parlamento y que fueran condenados al fuego según la costumbre. No obstante, ambos compraron todos los ejemplares que existían en el reino, por lo que en la actualidad resulta complicado encontrarlos.

Prácticamente no hay libros sobre Filosofía o Teología en los que no se puedan encontrar herejías o impiedades, a poco que se lea entre líneas. Teodoro de Mopsuestia osó definir el *Cantar de los Cantares* como una recopilación de inmoralidades; Grocio las analiza y le inspiran aversión, mientras que Chatillon la considera una obra escandalosa<sup>135</sup>.

134. Silhouète tradujo la obra de Warburton *Alliance of Church and State* y su suegro, el físico Astuce en sus *Memorias* se centraba en las diversas fuentes de las que se había nutrido el Pentateuco.

135. Teodoro de Mopsuestia (c. 350-428) fue uno de los teólogos más conocidos de la escuela de Antioquía. Hugo Grocio (1583-1645) participó en los debates religiosos de la Universidad de Leiden y acabó siendo encarcelado por los calvinistas monárquicos y Sebastián Castellion (1515-1563) no consideraba canónico el Cantar de los Cantares.

Parece que un día el doctor Tamponet<sup>136</sup> dijo a otros médicos que encontraría toda una suerte de herejías en el padrenuestro si no se conociera de qué boca había salido tal oración, y si fuera un jesuita el que la imprimió por primera vez.

Así procedería yo:

«Padre nuestro que estás en los cielos»: Proposición en la que se percibe la herejía, ya que Dios está en todas partes. Incluso podemos encontrar en este enunciado el germen del socinianismo, porque no se menciona en absoluto a la Trinidad<sup>137</sup>.

«Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»: Proposición en la que se vuelve a percibir la herejía, puesto que se dice hasta la saciedad en las Sagradas Escrituras que Dios reinará eternamente. Además, resulta temerario pedir que se cumpla su voluntad, porque no se hace nada ni se puede hacer si no es por la voluntad de Dios.

«Danos hoy nuestro pan de cada día (nuestro pan sustancial, nuestro buen pan, nuestro pan nutritivo)»: Proposición totalmente contraria a lo que el propio Jesucristo pronunció<sup>138</sup>: «No se inquieten entonces, diciendo: «¿Qué comeremos, qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Son los paganos los que van detrás de estas cosas. El Padre que está en el cielo sabe bien que ustedes las necesitan. Busquen primero el reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura».

«Perdona nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores»: Proposición temeraria que compara al hombre con Dios, que destruye la predestinación gratuita y que refleja que Dios está obligado a actuar con nosotros tal y como nosotros actuamos con los demás. Por otra parte, ¿quién le ha dicho al autor que nosotros perdonamos a nuestros deudores? Nunca les hemos perdonado ni un céntimo. No hay un solo convento en Europa que haya perdonado un sueldo a sus arrendatarios. Atreverse a decir lo contrario en una herejía categórica.

«No nos dejes caer en la tentación»: Proposición escandalosa y una herejía manifiesta, considerando que solo el diablo nos tienta y que está

136. Sieur Tamponet, doctor de la Sorbona y traductor *Les questions de Zapata*.

137. El socinianismo es una doctrina cristiana, considerada herética, difundida por el italiano Fausto Socino, aunque al parecer se inspiró en las ideas formuladas por su tío Lelio Socino. La doctrina sociniana es antitrinitaria.

138. San Mateo 6:31-33.



expresamente dicho en la carta a Santiago: «Nadie, al ser tentado, diga que Dios lo tienta: Dios no puede ser tentado por el mal, ni tienta a nadie» (*Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat*)<sup>139</sup>.

Como veis, tal y como señala el doctor Tamponet, no hay nada que sea tan respetable como para no poder darle un mal sentido. ¿Qué será de un libro expuesto a la censura humana si se puede arremeter incluso contra el padrenuestro al interpretar diabólicamente cualquier palabra divina que lo integra? A mí me aterra hacer un libro. Gracias a Dios, nunca he imprimido uno, ni siquiera he hecho que se representara ninguna de mis obras de teatro, como han hecho los hermanos La Rue, Du Cerceau y Folard<sup>140</sup>. Resulta demasiado peligroso.

Un clérigo por quince sueldos, sin temerle a nada,  
puede ir de público y tender a Atila una emboscada;  
y, si el Huno no consigue convencerlo del todo,  
tildar los versos de Corneille como visigodos.

Si imprimís algo, un parroquiano os acusará de herejía, un sirviente os denunciará, un hombre que no sabe leer os condenará, el público se reirá de vosotros, vuestro librero os abandonará y el tabernero nunca os volverá a fiar vino. Siempre añadido a mi padrenuestro: «Dios mío, líbrame del coraje para hacer libros».

Vosotros que, como yo, escribís negro sobre blanco y emborronáis el papel, recordad estos versos que leí hace tiempo y que hubieran debido corregirnos:

Fue cáñamo este amasijo en su comienzo,  
convertido por tejedores en lienzo;  
con afán prensaron hasta hacer jirones;  
en el papel, se plasmaron mil visiones  
de necios que sin ningún sentido actuaron.  
Después al viento sus cenizas quemaron.  
El aire arrastra el humo, igual que la gloria;  
hete aquí nuestras obras y su historia.

139. San Mateo 1:13.

140. Jean-Antoine du Cerceau (1670-1730) fue un jesuita francés, autor de obras dramáticas, como también era jesuita y dramaturgo François-Melchior de Folard (1683-1739).

Todo se ha esfumado, y nos hace sentir  
un vacío que nos debe consumir.

---

### SECCIÓN III

**L**OS LIBROS SE REPRODUCEN EN LA ACTUALIDAD HASTA TAL PUNTO QUE no solo es imposible leerlos todos, sino que no podemos ni siquiera saber la cantidad exacta ni los títulos. Afortunadamente, no estamos obligados a leer todo lo que se imprime, y el plan de Caramuel de escribir cien volúmenes in folio y utilizar el poder espiritual y temporal de los príncipes para que los súbditos tuvieran que leerlo no ha conseguido ejecutarse. Ringelberg albergaba también el deseo de componer unos mil volúmenes diferentes, pero incluso, aunque hubiera vivido lo suficiente para publicarlos, no se habría aproximado a Hermes Trismegisto, quien, según Jámblico, escribió 36.525 libros<sup>141</sup>. De ser cierto, los antiguos no tenían menos razón que los contemporáneos cuando se quejaban por la multitud de libros.

De manera habitual convenimos en que basta con un pequeño número de libros bien seleccionados. Algunos proponen que nos limitemos a la Biblia o a los textos sagrados, al igual que hacen los turcos con el Corán. No obstante, existe una gran diferencia entre los sentimientos de respeto que los musulmanes profesan al Corán y los de los cristianos por las Sagradas Escrituras. No sabríamos superar la veneración que demuestran los primeros cuando hablan del Corán. En su opinión, es el milagro más

141. Joachim Sterck van Ringelbergh, latinizado como Joachimus Fortius Ringelbergius (1499-1531?) fue un humanista flamenco que utilizó el término *cyclopaedia* cuya obra *Lucubrationes vel potius absolutissima xylograedia*..., publicada en 1538, es considerada un precedente de las modernas enciclopedias. A Hermes Trismegisto se le atribuyen numerosos textos de la literatura hermética y fue conocido como el modelo de sabio por el filósofo griego Jámblico de Calcis.



grande, y ni todos los hombres reunidos podrían hacer nada que pudiera acercársele. Esto es admirable, dado que el autor no había estudiado nada ni leído ningún libro. El Corán solo vale 60.000 milagros, aproximadamente el número de versículos que contiene. La resurrección de un muerto no conseguiría demostrar la autenticidad de una religión por encima del Corán. Es tan perfecto que se debe entender como una obra no creada.

Para ser sinceros, los cristianos afirman que las Sagradas Escrituras fueron inspiradas por el Espíritu Santo, pero más allá de que los cardenales Cayetano y Belarmino<sup>142</sup> reconozcan que se han colado algunos errores por la negligencia o ignorancia de los librereros y rabinos que han añadido la puntuación, una gran parte de los fieles la consideran una obra peligrosa. Es lo que la quinta regla del Índice expresa, o la Congregación del Índice, encargada en Roma de examinar los libros que se deben prohibir. Esta regla reza como sigue a continuación:

Por experiencia sabemos con certeza que si la Biblia traducida en lengua vulgar se facilitara a todo el mundo la temeridad de los hombres causaría más mal que bien, por ello queremos que quede al juicio del obispo o del inquisidor, quienes, con el parecer del párroco o del confesor, podrán conceder el permiso para leer la Biblia traducida por autores católicos en lengua vulgar a todos los que consideren que dicha lectura no les causará ningún mal. Necesitarán el permiso por escrito y no se les absolverá hasta que hayan devuelto la Biblia de nuevo al ordinario; y en cuanto a los librereros que vendan biblias en lengua vulgar a cuantos no tengan permiso por escrito, o se la faciliten mediante cualquier otro medio, perderán la ganancia de sus libros, que el obispo destinará a tareas piadosas, y recibirán otros castigos arbitrarios; aquellos ordenados tampoco podrán leer ni comprar estos libros si no cuentan con la autorización de sus superiores.

El cardenal Duperron<sup>143</sup> afirmaba también que la Sagrada Escritura era una espada de doble filo que podría atravesar a los incautos que la sostuvieran y que para evitar todo esto era mejor que el pueblo llano la

142. Tomas Cayetano (1469-1534) es conocido como el cardenal Cayetano y fue comentarista de Tomás de Aquino. El cardenal e inquisidor durante la época de la contrarreforma Roberto Belarmino (1542-1621) sobresale por sus *Comentarios a los Salmos*.

143. Jacques-Davy Duperron (1556-1618) fue ordenado cardenal en 1604 y arzobispo de Sens en 1606.

escuchara directamente en la iglesia, con las soluciones e interpretaciones de aquellos pasajes que parecen contener absurdos y contradicciones, antes de que los leyeran por sí mismos sin la asistencia de ninguna propuesta de interpretación. Realizaba a continuación una larga enumeración de todos estos sinsentidos con tan poca moderación que el ministro Jurieu no dudó en asegurar que no recordaba haber leído nunca nada tan increíble y escandaloso de un autor cristiano.

Jurieu, que atacaba con dureza al cardenal Duperron, sufrió recriminaciones semejantes por parte de los católicos<sup>144</sup>:

Vi a este ministro –dijo Papin hablando de él<sup>145</sup>–, que enseñaba al público que todos los signos de las Sagradas Escrituras, sobre los que estos supuestos reformadores habían basado el convencimiento de su divinidad, no le parecían suficientes. Yo no pretendo –decía Jurieu– reducir la fuerza y la luz de los signos de las Sagradas Escrituras, pero me aventuro a aseverar que no hay ni uno que los profanos puedan evitar. No hay uno que supere una sola prueba y al que no se pueda responder con alguna cosa, ni en conjunto, aunque tengan más fuerza que de manera individual para realizar una manifestación moral, es decir, una prueba capaz de aseverar una certeza que aleje cualquier duda. Reconozco que no encuentro nada más contrario a la razón que decir que estos signos, por ellos mismos, son capaces de producir tal convencimiento.

Por tanto, no sorprende que los judíos y los primeros cristianos que, como se aprecia en los Hechos de los Apóstoles<sup>146</sup>, se limitaban en sus reuniones a leer la Biblia, se dividieran en diferentes sectas, como ya hemos comentado en el capítulo de Herejía. En lo sucesivo se sustituyó esta lectura por otras muchas obras apócrifas, o al menos la de los extractos que se hicieron a estos últimos escritos. El autor de la sinopsis de las Escrituras, que se cuenta entre las obras de san Atanasio<sup>147</sup>, reconoce expresamente que en los libros apócrifos aparecen cosas muy auténticas e inspiradas por Dios, que se seleccionaron y extractaron para que los fieles las leyeran.

144. Pierre Jurieu (1637-1713) defendió la Reforma protestante contra los ataques católicos.

145. (Nota del autor) Crítica de Arnaud al *Traité de la nature et de la grâce* de 1680, p. 12.

146. *Hechos de los apóstoles*, 15:21.

147. *Interpretación de los Salmos*, II, p. 134.





---

VOLTAIRE  
DEL TERRIBLE PELIGRO DE LA LECTURA <sup>148</sup>  
(1765)

**Y**O, JOUSSOUF-CHÉRIBI, MUFTÍ DEL SANTO IMPERIO OTOMANO POR LA gracia de Dios, luz de las luces, elegido entre los elegidos, imparto adocenamiento y bendiciones a cuantos fieles lean la presente.

Así es como Saïd-Effendi, embajador depuesto de la Sublime Puerta en un pequeño estado llamado Frankrom<sup>149</sup>, situado entre España e Italia, nos ha informado de los perniciosos usos de la imprenta<sup>150</sup>. Tras consultar

148. (*Nota de Beuchot*) Este opúsculo se encuentra en la página 159 del tomo III de *Nouveaux Mélanges*, publicado en 1765. La fecha de la hégira elegida por Voltaire en su texto corresponde al 23 de julio de 1730. El autor era consciente de ello, ya que en su obra *Histoire de Charles XII* (véase el tomo XVI, p. 286). Voltaire señala que el año 1124 de la hégira corresponde a 1712.

La edición del texto realizada por Beuchot puede verse en *Œuvres de Voltaire avec préfaces, advertissements, notes, etc.*, Paris: Lefèvre, 1831, T. XLII, pp. 115-118.

149. (*Nota de Beuchot*) Esta voz, formada por dos palabras del alemán, se refiere de manera aproximada a la región de Francia cercana al golfo conocido antiguamente como Gallicus sinus, donde la dominación romana se hacía más presente. Pero aquí se toma la parte por el todo y quizá se deba leer, en lugar de *Frankrom*, la palabra inglesa *Frenchdom*, que significa «reino de Francia». Así lo expresa M. Clogenson, comentador de las *Œuvres de Voltaire*, Paris: Delangle, 1829.

150. (*Nota de Beuchot*) Ya se imprimía en Constantinopla desde finales del siglo XV. Toderini cita, en palabras de Wolf, el libro de *Leçon des enfants, ou lexique hébraïque*, impreso en esta ciudad en 1488. Pero la imprenta turca solo data de 1726. Su implantación se le debe a Saïd-Effendi, quien, en 1721, había acompañado en calidad de secretario de embajada a Mehemet-Effendi, su padre y embajador, a la corte de Francia, donde más tarde ejerció como embajador en 1741. Cuando Voltaire escribió esta obra la imprenta

a nuestros venerables hermanos los cadíes e imanes de la ciudad imperial de Estambul, y sobre todo a los faquires, conocidos por su celo contra el saber, tanto a Mahoma como a mí mismo nos parece oportuno condenar, prohibir y anatematizar tal invento infernal de la imprenta por las causas que se exponen a continuación:

1. Esta facilidad para comunicar ideas tiende de forma manifiesta a disipar la ignorancia, custodia y salvaguardia de los estados civilizados.
2. Es de temer que, entre las obras traídas de Occidente, se encuentren algunas sobre agricultura y los medios para perfeccionar las artes mecánicas, cuyas labores podrían a la larga, Dios lo remedie, despertar el ingenio de nuestros agricultores y manufactureros, estimular la industria, incrementar su riqueza e inspirarles en algún momento cierta elevación del alma y algo de amor por el bien público, sentimientos totalmente opuestos al buen juicio.
3. Podríamos llegar incluso a contar con libros de historia despojados de milagros sobrenaturales que mantienen a la nación en un feliz estado de estupidez. Cometeríamos en estos libros la imprudencia de impartir justicia sobre las acciones buenas y malas, y de recomendar la imparcialidad y el amor por la patria, algo a todas luces contrario a los derechos de nuestra nación.
4. Con el paso del tiempo podría ocurrir que algunos filósofos miserables, con el pretexto engañoso, pero sancionable, de ilustrar a los hombres y hacerlos mejores, nos enseñaran virtudes peligrosas que el pueblo no debe conocer jamás.
5. Incluso podrían conseguir, aumentando el respeto que tienen hacia Dios e imprimiendo escandalosamente que lo llena todo con su presencia, que el número de peregrinos a la Meca cayese, para gran detrimento de la salvación de sus almas.
6. A fuerza de leer autores occidentales que han tratado enfermedades contagiosas y los métodos para prevenirlas, llegaríamos sin duda a ser tan desdichados que evitaríamos la peste, lo que supondría un atentado tremendo contra las órdenes de la Providencia.

---

turca había sido completamente arrasada ocho años antes en Constantinopla, y hasta 1784 no se reemplazó.

Por estos y otros motivos, por la educación de los fieles y por el bien de sus almas, les prohibimos leer nunca ningún libro, bajo pena de condena eterna. Y temiendo que la tentación diabólica los lleve a instruirse, prohibimos que los padres y las madres enseñen a leer a sus hijos. Y, para prevenir cualquier contravención a esta disposición, prohibimos expresamente pensar, bajo las mismas penas. Se exhorta a los auténticos creyentes a denunciar ante nuestro provisorato a cualquiera que emita cuatro frases coherentes y coordinadas de las que se pueda inferir un sentido claro y nítido. Se ordena que en cualquier conversación que se desarrolle se empleen términos que no signifiquen nada, según la antigua costumbre de la Sublime Puerta.

Y, para evitar que pueda introducirse alguna idea de contrabando en la sacra ciudad imperial, citamos especialmente al primer médico de su alteza<sup>151</sup>, nacido en una ciénaga del Occidente septentrional. Este médico, tras haber matado a otras cuatro personas augustas<sup>152</sup> de la familia otomana, es el más interesado en que se evite la entrada de conocimiento en el país. Por la presente, le otorgamos el poder para incautarse de cualquier idea

151. En el volumen 46 de las *Œuvres complètes de Voltaire*, impresas por la Sociedad Literario-Tipográfica en 1784, se recoge la siguiente nota que también recoge Beuchot: «Van Swieten, primer médico de la reina emperatriz, quiso introducirse en la medicina del alma y consiguió el trabajo con el que impedir que libros franceses de calidad penetraran en Viena. Nadie podía prever entonces que veinte años más tarde esta ciudad se convertiría en un ejemplo para toda la Europa católica de tolerancia, de libertad de prensa, de la lucha contra los abusos de la autoridad eclesiástica e incluso de la reforma del clero.

Las obras de Voltaire se convirtieron en el objetivo principal de la severidad de Van Swieten, quien detestaba la inoculación incluso más que la filosofía. Sin embargo, como varios miembros de la familia imperial murieron de viruela bajo sus cuidados, no pudo evitar que se introdujera esta práctica en el palacio de Viena ante sus ojos, junto con otros avances que produjeron una revolución asombrosa». Van Swieten nació en Leyde el 7 de mayo de 1700 y falleció el 18 de junio de 1772. Voltaire le dedicó algunos versos poco aduladores en 1771 en su *Épître au roi de Danemark*, tomo X. El soberano al que alaban los editores de Kehl en su nota es José II del Sacro Imperio Romano Germánico.

152. (*Nota de Beuchot*) Estas cuatro personas augustas son: Carlos José de Austria, hijo del emperador Francisco I del Sacro Imperio Romano Germánico, nacido en 1745 y fallecido el 18 de enero de 1761; María Juana de Austria, nacida en 1750 y fallecida el 23 de diciembre de 1762; María Cristina de Habsburgo, nacida y fallecida el 22 de noviembre de 1763; e Isabel de Borbón-Parma, esposa del príncipe imperial, José II del Sacro Imperio Romano Germánico, fallecida por viruela el 27 de noviembre de 1763.



que se presentase por escrito o de palabra ante las puertas de la ciudad, así como para apresar dicha idea y que se le pueda infligir el castigo que consideremos oportuno.

En nuestro palacio de la estupidez, el día 7 de la luna de Muharem en el año 1143 de la hégira<sup>153</sup>.

153. (*Nota de Beauvois*) Correspondiente al 23 de julio de 1730.









Ediciones Universidad  
**Salamanca**